



FLACSO
ARGENTINA

Maestría en Ciencia Política y Sociología

Prácticas de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado de mujeres campesinas mediadas por la construcción del habitus de género entre la dominación masculina y la participación en organizaciones de mujeres campesinas: Asociación de Mujeres Rurales Emprendedoras de Quipile -ASOQUIPILEÑAS-, un estudio de caso (Quipile, Departamento de Cundinamarca, Colombia, 2020)

Tesista: Karenn Viviana Guzmán Orjuela

Director/a de Tesis: Dr. Esteban Maioli

Tesis para optar por el grado académico de

Magíster en Ciencia Política y Sociología

Fecha: (20/11/2020)

“La vida pese a todo resiste en los bordes, y es allí donde las mujeres doblan sus fuerzas sobre sí mismas, se ponen a prueba, se transforman y construyen alternativas de salida, no como una fuerza ejercida contra otros, sino como una fuerza desplegada para regenerar y para transformar con la ética del cuidado; así, sus acciones se traducen como un hecho de resistencia y creatividad”
(López, 2004, citada por Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013)

Tabla de contenido

RESUMEN	4
INTRODUCCIÓN	5
Planteamiento del problema	5
Objetivos de investigación	8
Dimensionalización de las variables.....	9
Antecedentes investigativos.....	11
Estrategia metodológica.....	21
Estudio de caso	21
Descripción del contexto	24
Método etnográfico.....	28
Métodos biográficos.....	31
Encuestas de uso de tiempo: diarios de actividades	37
CAPITULO I	39
Del conflicto objetivo del campo de las relaciones de género a la experiencia de las mujeres: construcción y transformación del habitus de género de las mujeres adscritas a la Asociación de Mujeres Rurales Emprendedoras de Quipile ASOQUIPILEÑAS	39
<i>La familia como contexto de socialización del género</i>	40
<i>ASOQUIPILEÑAS: la transformación del habitus de género en mujeres campesinas</i>	46
CAPITULO II	59
Prácticas de trabajo doméstico y del cuidado no remunerado en mujeres campesinas asociadas	59
<i>Trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en mujeres campesinas, una perspectiva biográfica</i>	61
<i>Encuestas de uso de tiempo, una mirada a las actuales prácticas de TDCNR de las mujeres campesinas.</i>	71
<i>Abordaje del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en los procesos organizativos de ASOQUIPILEÑAS</i>	78
<i>Implicaciones de la participación organizativa en el desarrollo del TDCNR de las mujeres campesinas.</i> ..	81
CONCLUSIONES	83
BIBLIOGRAFÍA	94
ANEXOS	99
Anexo 1. Relatos de vida.....	99
Anexo 2. Actividades asociadas al TDCNR según la ENUT.....	123

RESUMEN

Frente a las limitaciones del imperante abordaje cuantitativo que la economía del cuidado ha hecho del trabajo doméstico y del cuidado no remunerado (TDCNR) en Colombia, el constructivismo estructuralista de Bourdieu y sus presupuestos teóricos e investigativos sobre las categorías *habitus* y *prácticas* posibilitaron posicionar como objetivo principal de esta investigación describir las prácticas de TDCNR de mujeres campesinas como ámbito de conflicto entre la dominación masculina -representada por la jefatura masculina en las familias- y la participación en la Asociación de Mujeres Rurales Emprendedoras de Quipile -ASOQUIPILEÑAS-. En este estudio de caso, los métodos biográficos, los etnográficos y encuestas de uso del tiempo permitieron identificar que, ante la continuidad de los roles de género androcéntricos, la división sexual del trabajo tradicional en las familias y el carácter permanente del TDCNR en la vida de las mujeres, la organización es un contexto que da lugar a la paulatina transformación de las relaciones familiares, la flexibilización de los roles de género y la transición hacia una redistribución de las prácticas de TDCNR, si bien parcial o bajo condicionantes particulares. Estos procesos estuvieron relacionados con un mayor involucramiento y frecuencia de la participación en los espacios organizativos de las asociadas de mayor antigüedad, fundadoras y/o lideresas, teniendo en cuenta que no hay un *habitus* de género grupal asimilado por todas las integrantes de ASOQUIPILEÑAS e implicando apropiaciones diferenciales del capital simbólico.

INTRODUCCIÓN

Planteamiento del problema

El debate académico y político en torno al trabajo doméstico y del cuidado no remunerado sólo ha sido posible recientemente en Colombia gracias al panorama más claro proporcionado por la publicación de la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo 2012-2013 elaborada por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (2014). Desde esta primera medición se determinó que la brecha de género es más amplia en el contexto rural respecto del urbano, tanto en el porcentaje de participación de las mujeres como en la cantidad de tiempo dedicada por ellas al trabajo doméstico y del cuidado no remunerado (Osorio y Tangarife, 2015; Hincapié y Parra, 2015; Duque, 2015).

Como se da cuenta en la sección de antecedentes investigativos, la mayoría de los estudios en torno al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado continúan acercándose a la perspectiva de la economía del cuidado, cuyo objetivo en principio es el diagnóstico y medición cuantitativa del cuidado (Esquivel, 2013). Adicionalmente, en Colombia, como también en otros contextos latinoamericanos, se ha buscado calcular su valor económico respecto del trabajo asalariado (Véase Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014; Osorio y Tangarife, 2015; Duque, 2015; Moreno, 2017); prueba de ello es la gran diversidad de instrumentos desarrollados con estos fines. Sin embargo, los enfoques usuales de la economía del cuidado, a pesar de su compromiso crítico, no han superado la estigmatización del uso del tiempo y la focalización en el trabajo individual, partiendo siempre de la naturalización del trabajo asalariado (Galindo, 2017), legitimando de una u otra manera la separación entre los ámbitos público y privado que la teoría económica ortodoxa institucionalizó (Quiroga, 2009). Las experiencias de los diferentes países latinoamericanos demuestran la necesidad de otros acercamientos metodológicos, teóricos y políticos para fortalecer *reconocimiento* del trabajo doméstico y del cuidado no remunerado, asumiendo que este es el proceso primario y elemental para la estructuración de un cambio en la distribución del cuidado en una sociedad (Esquivel, 2015).

Frente a estas limitaciones, desde del constructivismo estructuralista, Bourdieu (2000) ha concebido que el espacio social está conformado por múltiples campos especializados,

constituidos a partir de históricos procesos de autonomización de conjuntos de prácticas. En cada uno de dichos campos existen luchas permanentes orientadas por capitales específicos entre quienes dominan y quienes disputan la dominación del campo, dando cuenta simultáneamente de los factores estructurales e históricos, así como de las disposiciones y prácticas de los sujetos. De esta manera, el género ha sido conceptualizado por Bourdieu (2000) como una posición ocupada dentro de una estructura de relaciones de fuerza y no como un atributo de los individuos. Esta estructura fue definida históricamente y objetivada en instituciones y esquemas mentales y corporales que contribuyen a su diferencia justificada en la biología y llevada a la sexualidad socialmente construida. La posición de los agentes, compartida con una clase en tanto se vivencian grupalmente condiciones materiales de existencia similares que determinan las posibilidades de acción, depende del volumen del capital simbólico apropiado, que determina a su vez acciones materiales y procesos de otros campos. Hablamos por tanto de una dominación simbólica hacia las mujeres por el mayor reconocimiento social otorgado a los hombres y su posibilidad de definir e imponer estilos de vida, asegurando la perpetuación del orden social establecido (Bourdieu, 2000).

La estructura objetiva de las relaciones de género está íntimamente vinculada a las prácticas de género de los agentes en tanto que las posiciones particulares del campo son interiorizadas a través de los procesos de socialización - mediados por instituciones como la familia, las escuelas, el Estado y diversos grupos de pertenencia-, dando coherencia a las acciones realizadas (Bourdieu, 2000). De esta manera, los agentes son condicionados de manera no consciente desde experiencias prácticas tempranas (Bourdieu, 2007).

Por otro lado, las asociaciones de mujeres campesinas han logrado consolidarse como una subversión herética que pretende cambiar la estructura de las relaciones de género tradicionales (Villareal, 2004; Tafur, 2015). Como clase movilizada que defiende una identidad colectiva no reconocida por la clase social dominante -masculinidad hegemónica-, estas colectividades formulan discursivamente un programa alternativo del género y construyen relaciones grupales en torno al reconocimiento con dicho discurso emergente. Su disputa librada por la apropiación del capital simbólico tiene como lugar de batalla esencial los contextos de interacción interpersonales, dado que es en las relaciones humanas más inmediatas donde el androcentrismo encuentra también el sustento de su perpetuación: “la

dominación no puede ejercerse sino bajo su forma elemental, es decir de persona a persona” (Bourdieu, 2007, p. 203).

Si bien en el encuentro entre el habitus de una mujer campesina -preponderantemente androcéntrico- y los sentidos objetivados de la colectividad de la organización -herética-, las dos partes pueden ser revisadas y transformadas en la reactivación de las mismas, las prácticas que los agentes realizan en la intersección de su participación en los diferentes espacios de socialización responden a posibles coacciones del contexto relacional, accediendo generalmente a los juicios y preferencias de los esquemas dominantes de interacción. Todo parece indicar que, aunque un agente desarrolle nuevas pretensiones y aspiraciones a ocupar una posición diferente en el campo social por su participación en la promoción de un discurso herético, las diferencias objetivadas imponen límites reales, marcando un desfase entre el valor que el sujeto se reconoce y el que de manera tácita le es asignado socialmente (Bourdieu, 2007). Así las cosas, ¿cómo comprender la posibilidad de un cambio en el campo del género cuando la posición herética de la organización de mujeres campesinas puede llegar a verse desbordada por las herramientas de la dominación masculina para su perpetuación?

La presente investigación lleva esta discusión a la observación de las prácticas de trabajo doméstico y del cuidado no remunerado de mujeres campesinas como ámbito distinguido de las relaciones de género, especialmente relevante dentro de las necesidades y problemáticas políticas, económicas y sociales y el plan acciones para hacer frente al patriarcado de los movimientos de mujeres y movimientos feministas contemporáneos. La investigación entiende por *trabajo doméstico y del cuidado no remunerado* a las actividades en torno al bienestar de las personas realizadas al interior del hogar y/o la comunidad, sin que económica y culturalmente sean comprendidas como merecedoras de un salario -al estar fuera del espacio mercantil y originarse en obligaciones sociales o contractuales, como el matrimonio y la convivencia-, a pesar de implicar costos en tiempo y energía. Incluye este trabajo el cuidado directo de las personas para la satisfacción de necesidades físicas, emocionales y cognitivas, pero también el indirecto y previo al primero, a partir de acciones para el mantenimiento del hogar y la comunidad (Esquivel, 2013; Esquivel, 2015).

Así pues, las mujeres campesinas desarrollan en términos generales todas aquellas prácticas del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado contempladas tanto en la Ley 1413 de

2010¹ como en el desarrollo teórico e investigativo de Esquivel (2013; 2015), DANE (2018b), Osorio y Tangarife (2015) y Moreno (2017): la preparación de alimentos; la organización, distribución y supervisión de tareas domésticas; la limpieza y mantenimiento del vestuario, vivienda y enseres; el cuidado, formación e instrucción de los niños y niñas; el cuidado de ancianos y enfermos; la realización de compras, pagos o trámites; reparaciones al interior del hogar y servicios a la comunidad y ayudas no pagadas a otros hogares

Ante la ausencia de procesos investigativos que busquen comprender al trabajo doméstico y del cuidado no remunerado como un ámbito en el que se desarrollan prácticas desde la disputa por la configuración del campo del género, es tal vez la acentuación de la dominación masculina en la ruralidad la posibilidad de observar de manera más clara el juego de poder que tendría lugar si quienes han sido tradicionalmente dominadas se atreven a proscibirse como herejes. Son pues sus prácticas en torno al trabajo doméstico y del cuidado no remunerado las que darán cuenta de cómo en su participación en la familia y en organizaciones -como instituciones que socializan estructuras relacionales de género contradictorias, de acuerdo a lo esperado- es posible o no una transformación del campo de género.

Objetivos de investigación

Teniendo en cuenta el anterior desarrollo, se plantea como objetivo general del proceso investigativo describir las prácticas de trabajo doméstico y del cuidado no remunerado de mujeres campesinas como ámbito de conflicto entre la dominación masculina y la participación en la Asociación de Mujeres Rurales Emprendedoras de Quipile - ASOQUIPILEÑAS- (Quipile, Departamento de Cundinamarca, Colombia, 2020). El desarrollo de este contempla a su vez responder a los siguientes objetivos específicos: describir biográficamente las prácticas de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado de las mujeres campesinas; caracterizar el proceso de socialización de la estructura de las

¹ Esta Ley regula en Colombia la inclusión de la economía del cuidado en el sistema de cuentas nacionales con el objeto de medir la contribución de la mujer al desarrollo económico y social del país y como herramienta fundamental para la definición e implementación de políticas públicas.

relaciones de género en el contexto familiar de las mujeres campesinas y caracterizar el proceso de socialización de la estructura de las relaciones de género en la organización en la que las mujeres campesinas participan.

El desarrollo teórico e investigativo próximo al problema de investigación planteado permite comprender como una de las hipótesis principales que las prácticas realizadas dentro del hogar en torno al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado discreparán del habitus de grupo que propende por la equidad en las relaciones de género, pero se evidenciarán conflictos y tensiones explícitos entre el habitus de grupo y el de la dominación masculina, dados los procesos de identidad reflexiva y prácticas sociales que superan el sentido común de las mujeres campesinas. Se reconoce que también es factible que no se presente dichas tensiones en tanto que el contexto familiar puede llegar a censurar en el sentido práctico las alternativas que no corresponden al habitus de la dominación masculina. Aún más, es posible que en la misma participación de las mujeres campesinas en las organizaciones feministas no se haya dado lugar a la transformación del habitus de género y las prácticas del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado de las mujeres no propenden por la equidad.

Dimensionalización de las variables

Habitus de género

Conjunto de prácticas que refieren una distinción de género basada en la diferenciación biológica o sexual (Bourdieu, 2000), en este caso desarrolladas por las mujeres campesinas. Siendo el género un proceso relacional, esta investigación busca hacer una reconstrucción de los procesos de incorporación de las prácticas de género en dos contextos relacionales particulares (familia y organización), implicando con ello situarlas biográfica y contextualmente respecto a las prácticas de las personas que hacen parte de dichos sistemas humanos. En este seguimiento histórico, el desarrollo teórico e investigativo de Bourdieu (2000; 2007) permite considerar que las prácticas de género serán parte del habitus de género cuando: se identifique continuidad y regularidad en las mismas; sea observado el rechazo de prácticas asociadas a otras posiciones del campo respecto de la preponderante (por ejemplo,

la participación de género equitativa en la crianza de los hijos e hijas cuando el habitus de género es organizado por la visión androcéntrica); se identifique la recuperación narrativa de las prácticas y su justificación desde el sentido común o su naturalización. Por otra parte, es posible identificar la construcción del habitus de género desde su carácter estructurante, implicando con ello la exploración de la posición particular del campo de género socializada por las mujeres (particularmente en el cuidado de niños y niñas, ya sea como madres, hermanas, u en otros vínculos posibles).

Entendiendo que el género es un proceso social transversal a otros campos, para reconocer este habitus será necesario ampliar la exploración de la socialización realizada por la familia y las organizaciones a las prácticas de género que refieren la posición de las mujeres en otros ámbitos, como el laboral, el afectivo, o la participación política y cultural, si bien el centro de atención lo ocupan las prácticas de trabajo doméstico y del cuidado no remunerado.

Prácticas de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado

Actividades realizadas por las mujeres en torno al bienestar de las personas de su hogar y/o comunidad y por las cuales no son recompensadas económicamente (Esquivel, 2013; 2015), algunas de las cuales son: la preparación de alimentos; la organización, distribución y supervisión de tareas domésticas; la limpieza y mantenimiento del vestuario, vivienda y enseres; el cuidado, formación e instrucción de los niños y niñas; el cuidado de ancianos y enfermos; la realización de compras, pagos o trámites; reparaciones al interior del hogar y servicios a la comunidad y ayudas no pagadas a otros hogares (Esquivel, 2013; 2015; DANE, 2018b; Osorio y Tangarife, 2015; Moreno, 2017). De esta manera, estas prácticas incluyen el cuidado directo de las personas para la satisfacción de necesidades físicas, emocionales y cognitivas, pero también el indirecto y previo al primero, a partir de acciones para el mantenimiento del hogar y la comunidad (Esquivel, 2013; 2015). Además de la identificación de estas actividades desarrolladas por las mujeres, su caracterización implicará el reconocimiento del tiempo empleado en las mismas, su mantenimiento en la historia de vida y la naturalización de su justificación. Describirlas como ámbito de conflicto entre la dominación masculina y la participación en ASOQUIPILEÑAS requerirá caracterizar su continuidad, transformación y/o conflicto con las posiciones socializadas por estos dos contextos.

Antecedentes investigativos

La revisión de antecedentes investigativos permitió identificar que el estudio del TDCNR en Colombia ha sido posible con mayor profundidad desde el desarrollo de la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo, que ha contado con dos aplicaciones (2012-2013 y 2016-2017). Tomando como insumo la ENUT se desarrollaron diversos estudios cuantitativos que contemplaron múltiples variables y analizaron el uso del tiempo de poblaciones específicas, permitiendo identificar la continuidad de algunas tendencias. Si bien estos estudios brindan un panorama general de la distribución del TDCNR en la población rural colombiana, investigaciones mixtas o cualitativas nacionales y de otros países latinoamericanos permiten profundizar aún más en las particularidades que representa este trabajo para las mujeres campesinas. El segundo segmento de este apartado presenta los estudios revisados que abordan la interacción del habitus de género de las mujeres y su participación en las organizaciones de mujeres. Estos permiten identificar la limitada profundización en las implicaciones que para los contextos familiares trae la ruptura con la organización campesina tradicionalmente masculina que supone las metas de equidad desarrolladas por las organizaciones de mujeres campesinas en Colombia. Tan sólo una investigación retoma la disputa planteada, aunque no profundiza en la relación de la misma con el TDCNR.

Distribución del TDCNR en la población rural colombiana

Para el 2017 la Cuenta Satélite de Economía del Cuidado (CSEC) determinó a partir de varias mediciones que el *trabajo doméstico y de cuidado no remunerado* fue desarrollado en un total de 36.508.827 miles de horas, donde las mujeres ejecutaron el 78% de estas. Su valor económico fue para ese año de 185.722 miles de millones de pesos, siendo en todos los casos mayor a otras actividades económicas relevantes como el comercio y el transporte, alcanzando el 20% del PIB de Colombia (DANE, 2018a).

Dentro de las investigaciones cercanas a la economía del cuidado basadas en la ENUT 2012-2013, Duque (2015) identificó que en los hogares colombianos las tres variables más relevantes que afectan la cantidad de tiempo que estos disponen al TDCNR son el número de adultos en el hogar (un adulto eleva en promedio 3 horas 26 minutos -particularmente, mientras que un adulto autónomo demanda más cuidado indirecto, un adulto mayor aumenta

la necesidad de cuidado directo-), la edad de la persona más joven en el hogar (un año adicional en edad de la persona más joven disminuye 7 minutos en promedio el TDCNR) y el número de niños/as menores de 5 años (cada uno de ellos/as aumenta en promedio 3 horas y 1 minuto del trabajo de cuidado).

Por su parte, la investigación de Florez, Nava y Pacheco (2015) presentó un análisis del trabajo remunerado y no remunerado según el ciclo de vida familiar de los colombianos, concluyendo que las cargas de TDCNR de las mujeres aumentan de acuerdo a la etapa del ciclo de vida familiar, confirmando su carácter permanente en la vida de las mujeres (Carrasco, 2001, citado por Florez, Nava y Pacheco, 2015). Desagregando sus componentes, identifican que el trabajo de cuidado tiene una mayor demanda en el inicio de la familia y la expansión de la misma -estas se caracterizan por la presencia de menores de edad, siendo el tamaño medio de la familia mayor-, aunque en esta última es también en la que se presenta mayor carga de TDCNR.

Acotando el contexto geográfico, Moreno (2017) abordó la división social y sexual del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado y uso del tiempo de las mujeres en Bogotá. Señala que la entrada de las mujeres al mercado laboral no ha afectado la *división sexual* androcéntrica del trabajo doméstico en los hogares, teniendo una carga global de trabajo una hora mayor que la de los hombres (103 minutos más en TDCNR y 46 minutos menos en trabajo remunerado) (tendencia corroborada por Monroy y Olarte, 2015). Por su parte, las mujeres que no tienen empleo y realizan TDCNR duplican a los hombres en la misma condición con un 67% de participación y un tiempo diario promedio de 4 horas y 36 minutos. A su vez, el 33% de las mujeres que reportaron realizar TDCNR de manera exclusiva dedican en promedio al día seis horas y seis minutos.

Respecto a la *división social* del TDCNR, Moreno (2017) señala que la condición de estudiante disminuye la carga de este, dada la valoración positiva de la educación como factor de movilidad social; son otras mujeres de la familia sobre quienes recaen las demandas de este trabajo. El análisis generacional da cuenta de que las mujeres adultas y adultas mayores son las principales responsables del TDCNR (conjuntamente realizan el 78% de este trabajo

realizado por mujeres en Bogotá)². Por su parte, el *nivel educativo* (resultado corroborado por Monroy y Olarte, 2015), *los ingresos económicos y la formalización del trabajo* tienen una relación inversa con la dedicación de tiempo al TDCNR. Contrariamente, la enfermedad no es una condición que inhabilite a las mujeres para realizar este trabajo, aunque no les posibilita asumir actividades remuneradas. Respecto al estado civil, las mujeres que viven en pareja con una persona no dependiente son quienes más tiempo dedican a las actividades domésticas y de cuidado (dos horas más respecto a las que no tienen pareja). Esta sobrecarga de trabajo es similar a la que experimentan las mujeres en cuyas familias hay niños/as menores de 5 años.

Las investigaciones revisadas guardan un consenso en torno a que los roles tradicionales de género son más visibles y la brecha de género en torno al TDCNR es más amplia en el contexto rural respecto del urbano, tanto en el porcentaje de participación como en la cantidad de tiempo dedicada por las mujeres al TDCNR (Osorio y Tangarife, 2015; Hincapié y Parra, 2015; Duque, 2015). Las mujeres campesinas, que para 2013 representaron el 21.7% del 50.6% del total de mujeres colombianas, participaron en labores de cuidado en un 93% frente al 60% de los hombres, correspondientes a 5 horas y 44 minutos más que ellos.

La poca autonomía económica de las mujeres campesinas (4.9% fue la tasa de ocupación de las mujeres rurales frente al 73.3% de los hombres en el 2013, destinando ellas 4 horas y 11 minutos menos que los hombres al trabajo remunerado. Se estimó que para ese año el 42.4% de las mujeres rurales latinoamericanas no tuvieron ingresos propios), la ausencia de redes de apoyo (institucionales y comunitarias) para conciliar la vida familiar y las actividades en el mercado laboral y la menor accesibilidad a servicios formales de cuidado y salud para niños/as son situados por Osorio y Tangarife (2015) como los factores determinantes de la brecha de género en torno al TDCNR en el contexto rural. Duque (2015) señala que el 32,5% de los 8.352 hogares rurales encuestados fueron pobres (cifra aproximadamente 10% superior a la pobreza registrada en los hogares urbanos), identificando en estos un mayor tiempo destinado al TDCNR (24 minutos más en promedio

² Osorio y Tangarife (2015) confirman esta tendencia a nivel nacional: en el rango de 35 a 64 años las mujeres desarrollaron actividades de cuidado en un 94.6% respecto al 63.6% reportado por los hombres. Sin embargo, las mujeres entre 25 y 44 años tuvieron mayor carga frente a los demás grupos etarios.

diario), tendiendo a tener además de un menor ingreso per cápita, más niños/as pequeños y más adultos.

Hincapié y Parra (2015) señalan que, respecto a la etapa del ciclo de vida de las mujeres campesinas colombianas, quienes desarrollan este trabajo tienden a ser menores de 18 años (26%) o adultas entre 31 y 60 años (36%), aunque las que tienen entre 18 y 30 años dedican una mayor cantidad de tiempo. Las autoras reconocen que el 67,15% de las mujeres campesinas que realizan este trabajo pertenecen a hogares de 4 personas o más (cifra superior al promedio nacional para el 2012), lo cual representa una mayor carga de obligaciones. Teniendo una menor proporción de jefatura de hogar respecto a las mujeres urbanas, el 62% de las mujeres rurales ocupan el rol de esposas o compañeras, dedicando casi el doble de horas promedio a este trabajo que las mujeres sin este tipo de relación.

Marcando una continuidad con los resultados de la primera encuesta, la ENUT 2016-2017 (DANE, 2018b) determinó que las mujeres campesinas realizaron en un 92,5% el TDCNR, mientras que los hombres lo hicieron en un 60,5%; siendo inversa la proporción en el contexto del trabajo remunerado: mientras que ellas son asalariadas en un 37,1%, los hombres lo son en un 65,5%. En términos de promedios diarios, en el año 2017 las mujeres campesinas gastaron 7 horas y 52 minutos en actividades de trabajo no remunerado al interior del hogar y 4 horas y 50 minutos en actividades laborales remuneradas, mientras que la medición de los hombres fue de 3 horas y 6 minutos en el primer caso y 8 horas y 25 minutos en el segundo. En síntesis, la carga global de trabajo de las mujeres campesinas fue 1 hora y 11 minutos en promedio mayor que la de los hombres campesinos, dedicando cerca de un tercio más de tiempo al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado y menos de la mitad al trabajo asalariado respecto a los hombres.

Tanto los estudios cuantitativos como los cualitativos coinciden en señalar que otra de las principales diferencias entre el TDCNR desarrollado por las mujeres de la ciudad y las del campo se relaciona con el trabajo productivo no remunerado (Hincapié y Parra, 2015; Bonilla, 2010; Almeida, 2017; Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014): al desarrollarse en un único espacio social, dentro de la economía familiar campesina el trabajo de las mujeres se enfrenta a la vinculación de las actividades de producción para el mercado y de bienes para el mantenimiento de la familia (León, 1980,

citado por Hincapié y Parra, 2015; Sampedro, 1966, citado por Bonilla, 2010), siendo asumidos como parte del TDCNR o una ayuda a sus parejas (Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014). Ejemplo de ello es el cuidado de animales y la producción de leche y de alimentos que se hace simultáneamente para la familia y para el mercado. Desarrollado en promedio por 2,58% de mujeres urbanas y un 21,43% de mujeres rurales en Colombia, de acuerdo a Hincapié y Parra (2015), se estima que en un contexto cercano a nuestra zona demográfica de interés (Vereda Santa Bárbara de Bogotá) este tipo de trabajo puede llegar a ocupar cerca de dos horas y media en promedio al día del tiempo de las mujeres (Bonilla, 2010). Almeida (2017) destaca que un factor que impacta en la no monetización del trabajo productivo y su fusión con el doméstico y no remunerado son las relaciones de reciprocidad construidas entre cada familia y su comunidad y familia extensa a partir de intercambios, favores y prestaciones. De esta manera, el trabajo de cuidado de las mujeres y su red de apoyo logra suplir el déficit de recursos monetarios, de acceso a la tierra y de presencia estatal. Así pues, la mujer rural tiene un lugar protagónico en la tensión permanente que se despliega entre la agricultura familiar y la comercial, siendo en ocasiones simultáneas en tiempos y espacios.

Las investigaciones cualitativas aportan profundidad diacrónica al reconocer, por ejemplo, la relevancia de los procesos de socialización desde la infancia que denotan la acentuación de los roles de género androcéntricos en la ruralidad (Bonilla, 2010; Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014), siendo usual la documentación de situaciones de violencia de género, aun cuando el rol de la figura masculina patriarcal es ejercido por el padre o hermanos de la mujer y no por su esposo (frente a lo cual la socialización de roles de género alternativos en la crianza de los hijos/as se configura como una motivación relevante en la vida de las mujeres). A lo largo del ciclo vital de las mujeres rurales, la conformación de una relación de pareja (Bonilla, 2010), la ausencia de servicios públicos básicos (Hincapié y Parra, 2015), la precarización de la ruralidad y la escasa tecnología en los hogares campesinos implican mayores dificultades para el desarrollo del TDCNR y se configuran como los principales motivos para el incremento del tiempo dedicado a este (Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014). El TDCNR implicó a su vez la disminución de las posibilidades de estudiar, trabajar de forma remunerada, heredar propiedades, transitar libremente, cuidar su salud y disponer

de tiempo para el ocio y el descanso (Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014). En ese sentido, Almeida (2017) reconoce en su trabajo con mujeres rurales de la provincia de Manabí, cantón Bolívar, Ecuador, que El TDCNR representa para ellas tanto aspectos positivos relacionados con la maternidad y el afecto, como sentimientos de “obligatoriedad, culpa, falta de reconocimiento e inequidad” (p.168); pese a ello, las mujeres participantes de este estudio no identificaron esta situación como un problema a resolver.

Organizaciones de mujeres campesinas en Colombia y género

En términos amplios, el Primer Informe Sombra Específico de Mujeres Rurales y Campesinas en Colombia (Comité de la Convención para la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer – CEDAW, 2019), construido por más de 60 organizaciones de mujeres campesinas de toda Colombia, permite identificar que sus acciones han girado principalmente en torno a la defensa de los recursos naturales, su desarrollo económico, la eliminación de todas las formas de violencia contra las mujeres y niñas rurales³ y la reivindicación de sus derechos como víctimas históricas del conflicto armado (principalmente frente al desplazamiento forzado, la restitución de tierras, la exigencia de justicia ante delitos sexuales y el control de la implementación de los Acuerdos de Paz firmados con las FARC-EP desde el enfoque de género). Por su parte, Villareal (2004) confirma el ámbito socioeconómico o productivo como uno de los principales abordajes de estos procesos organizativos, pero añade objetivos centrados en el bienestar o de orden reproductivo y los de orden sociopolítico, destacando que las identidades múltiples de las mujeres campesinas, asociadas a su característica pluriactividad (productoras agropecuarias, asalariadas y cuidadoras), convergen y se abordan simultáneamente en los procesos asociativos, complejizándolos.

Se ha documentado que la implantación de monocultivos con agrotóxicos, la contaminación de las aguas, la imposición del consumo de productos comestibles ultra procesados, la privatización de las semillas y la explotación minero energética a lo largo de todo el territorio

³ Para el año 2016, el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2017) reportó 138 mujeres asesinadas y 2.161 víctimas de violencia intrafamiliar en el área rural.

nacional afecta principalmente a las mujeres y niñas campesinas, su derecho a la alimentación, sus círculos económicos y costumbres ancestrales. En los territorios donde hay una mayor explotación indiscriminada de recursos naturales, la desaparición de los medios de subsistencia físicos y culturales de las mujeres campesinas las hace más susceptibles a la dependencia económica, la explotación sexual, la servidumbre y la trata de personas (Comité de la Convención para la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer – CEDAW, 2019). Frente a estos factores de vulnerabilidad, el reconocimiento de la resistencia colectiva de las mujeres campesinas a través de su participación en organizaciones ha permitido identificar que la producción agroecológica y la tenencia y uso de las tierras puede llegar a ser un componente relevante en la transformación de su identidad de género en tanto que esta se traduce en una mayor autonomía económica e independencia desde el autoconsumo y la venta local de sus productos, siendo comprendidas por ellas mismas como actividades de incidencia política (Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013; Tafur, 2015; Villareal, 2004). En ese sentido, como objetivo estratégico, el abordaje de las transformaciones y reivindicaciones concernientes al género están en constante diálogo con las necesidades prácticas de las mujeres, reconociendo la doble función del movimiento de mujeres campesinas en Colombia (Villareal, 2004; Tafur, 2015). Sin embargo, Tafur (2015) advierte que reconocer la trayectoria organizacional permite ver que las necesidades básicas priman ante los intereses estratégicos y estos últimos sólo pasan a tener un pleno protagonismo ante el fortalecimiento paulatino de una organización; así mismo, se repliegan ante factores contextuales como el conflicto armado, donde nuevamente las necesidades de supervivencia son la principal preocupación de las organizaciones.

Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas (2013) y Tafur (2015) identificaron que la producción agroecológica que tienen como bandera muchas organizaciones de mujeres campesinas en Colombia frecuentemente termina por feminizarse e infravalorarse al vincularse a las actividades de cuidado realizadas tradicionalmente por las mujeres, despolitizando su potencial transformador de las relaciones inequitativas de género y su intencionalidad protectora de la agro diversidad; el medio ambiente se configura como depositario del cuidado de las mujeres campesinas. Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas (2013) concluyen que el impacto en lo ecológico y lo económico no necesariamente es conducente a prácticas más igualitarias del género ni a una mayor participación política de las mujeres, aun cuando

sean percibidas por ellas como fortalecedores de su autonomía. Por el contrario, en la medida en que hay más trabajo y más responsabilidades para ellas, se acentúan las desigualdades de género, lo que impacta de forma negativa sus cuerpos y sus territorios (Krishna, 2012, citada por Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013).

Ahora bien, profundizando en el posicionamiento en el campo del género que las mujeres campesinas pueden adoptar al participar en una organización, Tafur (2015) identifica que la adopción y los cuestionamientos en torno al mismo pueden llegar a ser contruidos por la interacción con agentes externos. La adopción del enfoque de género, por ejemplo, puede llegar a ser una respuesta obligada y ceñida al discurso internacional, cuya apropiación estratégica posibilita el acceso al apoyo logístico, político y económico de sectores públicos y privados, abordándose de manera superficial y no como una necesidad o un interés claro, sin correspondientes acciones que lo materialicen. Por otro lado, alianzas con cooperantes de desarrollo también pueden debilitar la incidencia política de las organizaciones, demandando el tránsito a discursos “más light y de derechos humanos” (p.73).

Frente a la victimización de las mujeres campesinas en el marco del conflicto armado colombiano, se documenta la reafirmación de roles de género hegemónicos en estos contextos, aumentando las tareas de cuidado de las mujeres -principalmente por la crisis asistencial comunitaria que tienden a soportar en mayor medida y la jefatura de hogar que entran a asumir ante la ausencia de los hombres- y constituyendo la figura de guerrero para los hombres, acentuando concepciones masculinizadas del mundo y la política (Enloe, 2000, citada por Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013). Las investigaciones desarrolladas por Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas (2013), Villareal (2004) y Tafur (2015) guardan una cercanía contextual con la presente en tanto que los territorios fueron receptores de enfrentamientos de grupos armados ilegales entre finales de la década de 1990 y principios de la década del 2000, si bien las organizaciones abordadas en estos tres estudios cuentan con una historicidad cercana a las tres décadas. Para las investigadoras, las mujeres campesinas organizadas se enfrentaron en sus hogares constantemente al rechazo o desaprobación a su participación social y política, que va desde la verbalización de los mismos hasta la negación de su desplazamiento, la limitación de recursos económicos, la imposición del distanciamiento de sus redes de apoyo y otras situaciones de violencia de

género. Villareal (2004) y García (2016) señalan que en algunos casos para las mujeres dirigentes su liderazgo ha implicado rupturas con sus parejas, nuevas uniones y la reconstrucción de sus vidas dada una aceptación no pasiva frente al desajuste y conflictos devenidos por su participación en las organizaciones. En sus comunidades, sus liderazgos fueron frecuentemente infravalorados o relegados a funciones como secretarías o tesorerías (Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013; Villareal, 2004; Tafur, 2015).

Otra estrategia empleada por mujeres organizadas corresponde a la continuidad de los roles tradicionales de género y la externalización selectiva de contenidos de género herejes, tanto en la familia como en relaciones laborales o amistades, lo cual da lugar a la compartimentación de su identidad en la que se activan diferentes posiciones de acuerdo al contexto (Roccas y Brewer, 2002, citados por García, 2016), lo que puede llegar a responder instrumentalmente a la necesidad de autoprotección y evitación de violencias de género.

Para Villareal (2004), la legitimidad⁴ de los procesos organizativos de las mujeres campesinas está condicionada: “cuando las actividades de las mujeres apoyan las condiciones de la familia mediante proyectos económicos, o el crecimiento y consolidación de la organización, se considera lícita la asociación y el trabajo en grupos es aplaudido. Mas cuando se intenta una acción autónoma hay un cambio de actitud. Se intenta crear dudas sobre la legitimidad de la organización femenina, buscando imposibilitar una identidad colectiva y desvalorizar sus acciones” (p.488-489). Los rumores (Medrano y Villar, 1988) o tildar a los procesos organizativos de “feministas”⁵, “carentes de apoyo” o “propiciadores de divisiones en la familia campesina”⁶ (Villareal, 2004) han sido procesos descalificativos cuya función es ejercer un control social y deslegitimar la acción colectiva de las mujeres campesinas colombianas, cuando esta se configura como trasgresora cultural.

⁴ En el caso de ANMUCIC, Villareal (2004) soporta que el principal factor de legitimidad para esta organización fue su expansión. A través de esta la organización se consolidó como un elemento que confiere prestigio y poder a las mujeres que participan en ella, fortaleciendo la identidad colectiva y el valor propio de cada mujer.

⁵ Organizaciones campesinas mixtas llegaron a considerar a finales del siglo pasado y comienzos de la década del 2000 a las exigencias de los feminismos como un reclamo burgués al que había que oponerse pues podía propender a la fragmentación de las clases dominadas (Villareal, 2004).

⁶ Dado el cuestionamiento a la obediencia de las mujeres a sus maridos, sentencia promulgada fuertemente por el cristianismo y asentada en las culturas campesinas colombianas (Villareal, 2004).

Sin embargo, y en menor medida, estudios como los de la FAO (1991, citado por Villareal, 2004) dan cuenta de un tránsito y no una condicionalidad: allí donde inicialmente la participación de las mujeres en organizaciones campesinas fue subversiva y conflictiva, es posible observar la paulatina transformación de sus relaciones familiares, dando cuenta de ello el reconocimiento de su superación, la valoración de sus procesos de educación y capacitación, la participación tendiente a la equidad en las tareas domésticas y la apertura a apoyar su organización colectiva.

Adicionalmente, la evidencia empírica señala la imposibilidad de la generalización: la homogeneidad de las identidades de las integrantes, que involucra la movilización de ideales, sentimientos subjetivos hacia los proyectos e intereses económicos de las integrantes, depende del grado de significación de las interacciones entre los miembros y la antigüedad y roles ocupados dentro de la organización. A su vez, la disminución de la heterogeneidad de las identidades de los miembros puede llegar a ser relevante como incentivo para la acción y recurso para la toma de decisiones (Villareal, 2004). Son las líderes, coordinadoras o personas con mayor antigüedad quienes son más afines a las reglas identitarias y emocionales definidas discursivamente como características de las organizaciones (Blanco, 2004), si bien hay una tendencia de todas las integrantes a un proceso de complejización de su identidad, caracterizada por el tránsito al “ser para sí”, una mayor tolerancia a la ambigüedad, baja necesidad de cierre y de certidumbre y el recurrente reconocimiento de múltiples membrecías (García, 2016).

Asumiendo que las metas de equidad implican una ruptura con la organización campesina tradicionalmente masculina, un posicionamiento de género hereje por parte de las integrantes de organizaciones de mujeres campesinas puede implicar una disputa permanente entre los roles de género erigidos tradicionalmente y reforzados por la guerra en contextos familiares y comunitarios y los cambios culturales, que pueden estar sustentados en discursos feministas apropiados estratégicamente (Villareal, 2004; Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013; Tafur, 2015). Ninguna de estas investigaciones profundiza en la disputa planteada, la presenta

explícitamente o la identifica como un problema social relevante. Tampoco se aborda la relación de la misma con el TDCNR⁷.

Medrano y Villar (1988) retoman el concepto de socialización secundaria para dar significado a los cambios de actitudes de las mujeres participantes en los grupos productivos en contraste con la socialización primaria del género constituida en la familia. Si bien la perspectiva teórica y disciplinar -antropológica- difiere de la apropiada por esta investigación, resalta la conclusión de que los procesos organizativos no llegan a posibilitar el replanteamiento y las responsabilidades según el género respecto al trabajo doméstico reproductivo y productivo asumido por las mujeres campesinas; la división sexual del trabajo no llega a ser cuestionada y tan sólo se incrementó la participación y eficiencia del trabajo tradicionalmente desarrollado por las mujeres, aunque desde el desarrollo de actividades grupales. Señalan que los cambios culturales son más factibles desde una perspectiva intergeneracional que en las parejas de las mujeres. Es importante reconocer que este estudio es relevante como antecedente investigativo dada la similitud territorial -área andina colombiana- y la posibilidad de contrastar los resultados investigativos desde su temporalidad -guardando treinta años de diferencia-.

Estrategia metodológica

Estudio de caso

Dentro de la recolección de información, los estudios de caso acotan la unidad muestral (Yacuzzi, 2005), definiendo el proceso investigativo por el interés en un caso individual y no tanto por los métodos empleados (Stake, 1998). En esta investigación, la unidad muestral se delimitó a las mujeres campesinas participes de la Asociación de Mujeres Rurales Emprendedoras de Quipile cuyas familias poseían un jefe de hogar masculino, en tanto que

⁷ Si bien en efecto en los estudios revisados no se abordan las prácticas TDCNR de las mujeres campesinas en relación con sus procesos organizativos, Villareal (2004) documenta exigencias de ANMUCIC relacionadas con el mismo a entidades estatales, centradas concretamente en la ejecución de programas de vivienda rural y la implementación y mejora de programas de atención y nutrición de niños y niñas cuyas madres trabajan en el sitio vivienda -nótese la aceptación de esta última demanda de la pluriactividad de las mujeres campesinas dentro del hogar-.

el objetivo de la investigación señala la descripción de sus prácticas de TDCNR desde su interacción con las estructuras de género socializadas por estos dos sistemas humanos (organización y familia). Vale la pena señalar que la selección de este caso tuvo lugar en la pertinencia de las características de la unidad muestral en mención respecto a la propuesta investigativa y las variables contempladas. Aunado a lo anterior, la accesibilidad a la organización y la apertura y disponibilidad de tiempo de las mujeres para participar en el proceso investigativo fueron consideraciones pragmáticas relevantes en la selección del caso, aún más cuando, como se verá, los métodos seleccionados implicaron una extensa convivencia con ellas y sus familias. En ese sentido, es este estudio de caso representativo, pero no excepcional, y por tanto el planteamiento del problema susceptible a ser replicado en otros contextos organizacionales y comunidades rurales (Yin, s.f, citado por Reyes y Hernández, 2008). Así mismo, como se verá en la última sección del Capítulo I, las características del proceso organizativo de ASOQUIPILEÑAS en relación a las variables planteadas permiten asumir la posibilidad de comprenderlo a futuro como un estudio de caso extendido (Gluckman, 1975, citado por Rosato y Boivin, 2013), donde la observación longitudinal daría cuenta de una comprensión dinámica del proceso social investigado desde sus factibles conflictos, cambios y fluidez.

Como lo documenta Durán (2012), el estudio de caso posibilita en esta investigación el abordaje del “cómo” descriptivo de estas prácticas e interacciones, reconociéndolas como un fenómeno no susceptible a ser manipulado por la investigadora y requiriendo la revisión y el reconocimiento de las condiciones contextuales. Otra de las características de los estudios de caso es el empleo de múltiples fuentes de datos y métodos (triangulación) (Yacuzzi, 2005; Durán, 2012), que responde a la profundidad pretendida en las comprensiones construidas, proporcionando rigor, extensión, complejidad y riqueza a los datos recolectados (Durán, 2012). Frente a dicha triangulación, el diseño metodológico de la presente investigación contempla una perspectiva mixta. Por un lado, reconocer la socialización de la estructura de las relaciones de género en el contexto familiar implica un abordaje diacrónico de la experiencia de las mujeres campesinas. Por otro lado, acentuar la pertenencia de las mujeres campesinas a una organización y la posibilidad de que su participación en esta haya dado lugar a la transformación del habitus de género, implica la necesidad de profundizar en la historia, las características y las interacciones propias que tienen lugar en dicha organización.

En ese sentido, los métodos biográficos y etnográficos convergen para proporcionar una lectura descriptiva y cualitativa del problema de investigación planteado. Por otra parte, un acercamiento cuantitativo a las prácticas de TDCNR desde la estadística descriptiva posibilita aún más el abordaje intensivo de las categorías de análisis planteadas (habitus de género y prácticas de TDCNR), describiendo amplia, detallada y profundamente el objeto de investigación (Gilgun, 1994, citado por Muñiz, 2010; Durán, 2012) en su contexto propio (Durán, 2012). La Tabla 1 presenta el entramado metodológico de la presente investigación.

Tabla 1				
<i>Planteamiento metodológico de la investigación</i>				
Método	Técnica	Fuente	Tipo de análisis	Resultados
Etnográfico	Observación participante	Asamblea General 2020 ASOQUIPILEÑAS Diario de campo investigadora	Análisis de contenido	Síntesis de hallazgos por categoría
	Revisión documental	Documentos institucionales ASOQUIPILEÑAS		
	Entrevistas a profundidad	Presidenta Junta Directiva ASOQUIPILEÑAS Secretaria Junta Directiva ASOQUIPILEÑAS		
Biográfico	Entrevistas a profundidad	Ocho mujeres integrantes de ASOQUIPILEÑAS con jefatura familiar masculina	Técnica biografías interpretativas	Relatos de vida e inferencias de la matriz de análisis
	Fotopalabra	Material audiovisual de las ocho mujeres		
Encuestas de uso del tiempo	Diario de actividades	Ocho mujeres integrantes de ASOQUIPILEÑAS con jefatura familiar masculina	Estadístico descriptivo	Descripción cuantitativa de las prácticas de TDCNR actuales

Fuente: Elaboración propia.

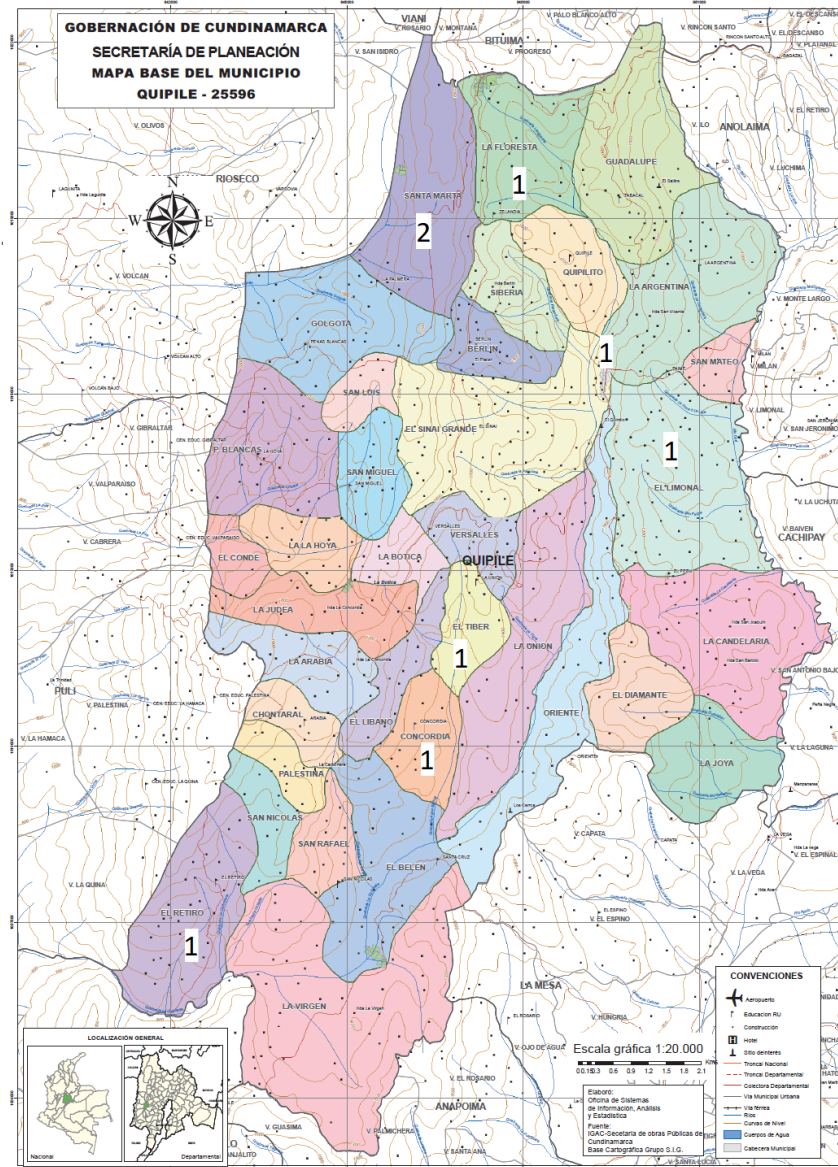
Descripción del contexto

Quipile, el “Cielo del Tequendama”

El municipio de Quipile, que contó para 2018 con una población total de 6.111 habitantes y 2.419 hogares (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 2018c), está ubicado al sur-occidente del Departamento de Cundinamarca, sobre la Cordillera Oriental, a 88 kilómetros de Bogotá, la Capital de la república de Colombia. Se encuentra también dentro de la provincia del Tequendama bajo una ubicación privilegiada que le ha otorgado tradicionalmente el calificativo de “Cielo del Tequendama”.

Este municipio cuenta con 34 veredas, de las cuales 7 corresponden al lugar de residencia de las ocho mujeres participantes de los métodos biográficos y los diarios de actividades, como el mapa presentado en la Figura 1. lo ejemplifica. La extensión de Quipile es de 12.760 Ha, la mayoría de ellas rurales; tan solo 0.35 km² corresponden a sus centros urbanos (cabecera municipal y cuatro inspecciones: La Botica, La Sierra, La Virgen y Santa Marta). Los 12.725 Km² que componen el área rural son empleadas en su mayoría para las actividades agrícolas y pecuarias, dado que tan sólo el 7,7% de los mismos preservan bosques naturales solos y bosques nativos con presencia de cultivos, siendo documentados procesos de tala selectiva de maderables, escasa reforestación artificial y raleo y quema de ecosistemas, problemática ambiental que como se verá cobra una especial importancia para las acciones colectivas de las mujeres que integran ASOQUIPILEÑAS. Sin embargo, en este municipio rural no se desarrollan actividades agroindustriales, siendo los cultivos tradicionales de café, caña y plátano las principales plantaciones en torno a las cuales gira la economía local, que ha encontrado dificultades para acceder a la comercialización regional y nacional a costos competitivos, dadas las inadecuadas estructuras viales y de transporte. Como lo manifestaron las integrantes de la asociación, este factor, además de afectar los procesos de comercialización, dificulta la movilización de los pobladores para otro tipo de actividades sociales, políticas y recreativas, siendo tan sólo 4 de los 274.60 kilómetros que componen la estructura vial del área rural pavimentados (Alcaldía municipal de Quipile, julio de 2020).

Figura 1. Mapa de Quipile y lugar de residencia de las ocho mujeres campesinas participantes de los métodos biográficos y los diarios de actividades.



Fuente: Alcaldía Municipal de Quipile (junio de 2020)

Frente al reconocimiento histórico del municipio, aunque no se encuentran datos exactos de su fundación, esta se ha datado de 1825, otorgándose a José María Lozano. Sin embargo, emergen como primeros asentamientos la comunidad indígena panche, que originalmente otorgó al territorio el nombre de Quipile en honor al cacique local; este término referenciaba “fuerte y superior lugar”. Como otros hitos históricos resaltan diferentes periodos de violencia en donde la población civil fue la principal afectada. Por un lado, entre los años

1940 y 1945 la lucha por la hegemonía política entre los partidos conservador y liberal llevaron al desplazamiento de los pobladores del único centro urbano existente, implicando la necesaria fundación de las inspecciones mencionadas (Alcaldía municipal de Quipile, julio de 2020). Por otro lado, se han documentado las cuatro tomas que el Frente 42 de las FARC, también conocido como Manuel Cepeda Vargas, realizó en el municipio, eventos que le dieron el estatus coloquial de “zona roja” durante la década de 1990, si bien la presencia del grupo armado ilegal en el territorio data desde la década de 1980. Entre 1995 y 2003 fue Quipile el municipio de Cundinamarca con mayor cantidad de tomas armadas, dado el interés del grupo guerrillero de instaurar acciones de avanzada hacia la Bogotá. El Frente ejerció control sobre los poderes político (alcaldes, concejales y jueces), económico (Caja Agraria y Banco Cafetero) y la fuerza pública (Policía Nacional) hasta la militarización por parte del ejército nacional en el último año mencionado, a partir de la cual a Quipile pudieron retornar familias que habían sido desplazadas. Reclutamiento de menores, extorsiones, hostigamientos, asesinatos y desplazamientos masivos fueron los actos de violencia cometidos hacia la población civil (Rutas del Conflicto, 2019).

Asociación de Mujeres Rurales y emprendedoras de Quipile

ASOQUIPILEÑAS es la primera asociación de mujeres de Quipile, fundada en abril 2016 como parte de un proceso de reorganización de una asociación de productores/as agrícolas del municipio. Actualmente hacen parte de ella veinte mujeres campesinas del Quipile, ocho de las cuales corresponden a fundadoras (Natagaima, R. comunicación personal, 19 de marzo de 2020). Manteniendo un enfoque económico y productivo del sector agrícola, destacan como productos comercializados por las asociadas café orgánico, mango, huevos, orellanas, mora, arroz, granadillas y champiñones, alimentos procesados (achiras, arepas, envueltos y tamales), artesanías (bolsos en zuncho y plástico, decoración en fomy y accesorios para el hogar en plástico reciclado) y cosméticos a base de Aloe Vera Orgánica. Dentro de los servicios brindados por los emprendimientos se identifican la confección de prendas de vestir, la divulgación de modelos de turismo sostenibles en la región y atención psicológica (Asociación de Mujeres Rurales y Emprendedoras de Quipile, 2020, diapositivas 27-46). Sin embargo, además de este primer componente, ASOQUIPILEÑAS ha incluido dentro de sus líneas de acción el desarrollo integral de las mujeres campesinas del municipio y el cuidado

y manejo sostenible de los recursos ambientales de la región (Natagaima, R. comunicación personal, 19 de marzo de 2020; Martínez, comunicación personal, 28 de mayo de 2020).

Dada su figura legalmente adscrita, la estructura organizativa de la asociación cuenta con una junta directiva (presidenta, vicepresidenta, tesorera, secretaria y vocal) renovada cada cuatro años y una asamblea general anual; esta última es la figura colectiva que, de acuerdo a los estatutos propios, tiene mayor potestad para la toma de decisiones, estando compuesta por todas y cada una de las asociadas. A su vez, procesos específicos son desarrollados por los comités (derechos humanos, ambiental, emprendimientos, ética y conciliación y bienestar) (Asociación de Mujeres Rurales y Emprendedoras de Quipile, 2016).

Figura 2. Nuevo logo de ASOQUIPILEÑAS aprobado en la Asamblea General de 2020



Fuente: Asociación de Mujeres Rurales y Emprendedoras de Quipile (2020, diapositiva 1).

En términos generales, a lo largo de su historia y en correspondencia con sus tres líneas de acción, en ASOQUIPILEÑAS se han fortalecido los proyectos de emprendimiento personales y familiares de las mujeres asociadas a través de la gestión de recursos con sectores públicos y privados y la participación en ruedas de negocios, mercados campesinos y eventos de divulgación; se han fortalecido las habilidades de liderazgo y participación social y políticas de las asociadas; se ha representado a las mujeres campesinas del municipio ante organizaciones como la Federación Departamental de Mujeres Campesinas de Cundinamarca -FEDEMUCC-, participando en proyectos sociales con apoyo logístico y económico internacional -OXFAM Canadá-; se ha realizado incidencia en las políticas públicas locales y departamentales con enfoque de género y ambientales y se han fortalecido alianzas y sistemas de apoyo con otras organizaciones de mujeres campesinas de la región

(Natagaima, R. comunicación personal, 19 de marzo de 2020; Martínez, comunicación personal, 28 de mayo de 2020).

Método etnográfico

El método etnográfico suele ser sinónimo de “trabajo de campo” y técnicas no directivas - fundamentalmente, observación participante y entrevistas no estructuradas o semiestructuradas-, donde la prolongada residencia del/la investigador/a es comprendida como necesaria para que en su posición de sujeto cognoscente recorra un arduo camino del desconocimiento al re-conocimiento de la cotidianidad y experiencia de vida de los actores sociales. Así pues, la etnografía como método necesariamente trae aparejada una forma particular de concebir y construir conocimiento que dota de centralidad a la perspectiva de los sujetos sociales. Ahora bien, la descripción a partir de la cual se construye dicho conocimiento es tan sólo posible desde un proceso de articulación de los marcos de interpretación que los actores sociales emplean para dar sentido a sus propias prácticas y la elaboración teórica del/la investigador/a (Guber, 2001).

El trabajo de campo que tuvo lugar en esta investigación contempló la estancia en el municipio de Quipile durante el mes de marzo del año 2020, tiempo en el que se desarrolló de manera más álgida el acercamiento etnográfico⁸ a través de las *técnicas de observación participante* -desplegada en encuentros colectivos de la asociación y espacios cotidianos compartidos en las viviendas de las mujeres que la integran- y *entrevistas a profundidad y semiestructuradas*⁹ a la secretaria y la presidenta de la junta directiva de la organización. La *revisión de documentos institucionales* -estatutos de la organización y presentaciones- fue un insumo adicional que permitió la profundización en el problema de investigación. Las múltiples y diversas perspectivas recuperadas en torno al mismo, mirada plural que caracteriza a la etnografía, convergieron en un análisis de contenido basado en las categorías transversales planteadas (habitus de género y prácticas de TDCNR).

⁸ Después de ese mes las comunicaciones telefónicas y por mensajes de texto con las mujeres de la asociación, principalmente con sus lideresas, han sido frecuentes hasta la fecha de culminación del presente texto.

⁹ Técnica también implementada dentro de los métodos biográficos y descrita con precisión en dicho apartado.

El *análisis de contenido* es una técnica de análisis de los datos cualitativos que parte de la sistematización -establecimiento de pautas ordenadas que abarcan el total del contenido observado o registrado (Andréu, 1998, citado por Andréu, 2000)- y la objetividad -las reglas a partir de las cuales se desarrolla son explícitas, haciéndolo factible de replicar (Krippendorff, 1990, citado por Andréu, 2000)-. Su propósito central es la construcción de inferencias, es decir la identificación de la comunicación simbólica o el mensaje que traen implícita o explícitamente los datos recolectados.

La elaboración de las inferencias producto de los datos etnográficos recolectados, presentadas en los capítulos I y II, requirió el despliegue de un procedimiento: transcritos y ordenados, los datos brutos pasaron a ser unidades de registro - comprendidas como segmentos específicos de contenido caracterizados por su correspondencia con las categorías particulares propuestas dentro del proceso investigativo (Hostil 1969, citado por Andréu, 2000)- a través de su codificación y ubicación en categorías. Es importante reconocer que este análisis de contenido permitió que el proceso de interpretación de la información sistematizada se realizara a partir del marco de interpretación propio de las mujeres campesinas a través de subcategorías emergentes¹⁰. Su posicionamiento ante la dominación masculina, las relaciones entre las mujeres asociadas, las líneas de acción de la asociación, epifanías dentro de la experiencia asociativa, la participación política y social de las mujeres asociadas, la estructura organizativa de la asociación y los encuentros colectivos se configuran como centrales para la comprensión del género cómo experiencia colectiva e individual. El abordaje del TDCNR en los procesos organizativos y la afectación en las prácticas de TDCNR de las mujeres asociadas por su participación en la asociación son las subcategorías necesarias para comprender las prácticas de TDCNR de las mujeres a la luz de su experiencia organizativa.

Codificadas y categorizadas las unidades de registro, se procedió a realizar un proceso inferencial preliminar para el conjunto de unidades de registro referenciadas por cada actor social dentro de cada subcategoría. Posteriormente fue realizado un proceso interpretativo

¹⁰ Además de ser significativas para las mujeres participantes, su establecimiento se determinó por su mutua exclusión, su carácter exhaustivo y la claridad en sus criterios de inclusión de las unidades de registro, siguiendo las recomendaciones de Andréu (2000).

general para cada una de estas, confrontando las diversas perspectivas y experiencias aportadas por las mujeres -desde sus diferentes cargos y roles- y los documentos revisados.

Por otro lado, si bien es ya la adopción del método etnográfico un acto de enunciación política y ética desde la visibilización de la voz propia de las mujeres y el reconocimiento de la autonomía de su devenir, abrir la puerta a la polifonía de perspectivas implica también la necesaria objetivación de la experiencia de la investigadora, un acto de duplicación de la conciencia en palabras de Bourdieu (2003), que requiere que además de la introducción de las observaciones del diario de campo en el análisis de contenido, sea promovido un proceso en el que mi rol como sujeta de conocimiento sea también materia de análisis. En ese sentido, conjugar las reflexiones en torno a mi posición como mujer perteneciente a una cultura y sociedades concretas, mi papel como investigadora social y la experiencia de las mujeres en la construcción de la presente investigación (Guber, 2001) me llevan a identificar que mi adscripción a una organización de mujeres campesinas -ASOMUVILLA- y mi pertenencia a una municipalidad del mismo departamento del cual hace parte Quipile -Villapinzón-, fueron tanto los criterios para posicionarme como agente externa y diferente a las participantes -asumiendo que solo en la alteridad y la distancia es posible la transformación y la acción creadora que implica la construcción de conocimiento (Byung, 2017)-, como herramientas de vinculación que facilitaron el desarrollo del proceso investigativo, marcando estos elementos puntos de encuentro que me llevaron a ser reconocida en diversas ocasiones por las mujeres campesinas como *compañera*, marcando una necesaria relación de paridad.

Ahora bien, la objetivación de mi experiencia investigativa también me lleva a reconocer que en el camino del desconocimiento al re-conocimiento de la cotidianidad de las mujeres y su experiencia organizativa se configuró una transformación metodológica del estudio. Inicialmente el estudio tenía un enfoque netamente biográfico: describir la interacción de una mujer con su familia y la organización de pertenencia para profundizar en su habitus de género y sus prácticas de TDCNR me posibilitaba ser flexible respecto a este segundo contexto de interacción, no siendo parte de los criterios de la muestra poblacional planteada. Sin embargo, el dialogo abierto, informal y cotidiano con las mujeres durante mi estancia en Quipile rápidamente se convirtió en una herramienta no sólo para reafirmar los objetivos planteados, sino para comprender que su consecución requería de la profundización en la

historicidad y las dinámicas propias de la asociación a la que las mujeres estaban adscritas; la pertenencia a esta se convirtió pues en central. Desde tal centralidad el *caso de estudio*, como marco investigativo general, permitió reconocer a profundidad y desde una perspectiva polifónica el objeto de estudio planteado. En ese sentido, ante un planteamiento metodológico inicial limitado para los objetivos propuestos, el enfoque etnográfico adoptado enriqueció y transformó el proceso investigativo desde sus cimientos, fortaleciendo particularmente las herramientas para describir la posibilidad de una construcción colectiva del habitus de género, pensada como contrahegemónica a la dominación masculina propia de los contextos familiares.

Métodos biográficos

Los métodos biográficos son reconocidos como la estrategia metodológica que conjuga fuentes orales con fuentes documentales personales con el propósito de captar los mecanismos que subyacen a los procesos que utilizan los individuos para dar sentido a sus prácticas (Sanz, 2005). Posibilitan la observación de la conjunción entre la individualidad y su lugar en la red de relaciones interpersonales y sociales, en tanto que las historias de vida suponen el proceso de apropiación de las estructuras sociales a través de las prácticas (Scribano, 2007).

Dentro de las historias de vida, que comprenden la edición del relato biográfico por parte del investigador en coautoría con él o la participante (Pujadas, 2000; Mallimaci y Giménez Béliveau, 2006), el relato de vida único aborda procesos, fenómenos o experiencias particulares dentro la trayectoria de vida de un único participante, en consonancia con los objetivos del proceso investigativo y en reconocimiento de momentos narrativos particulares (Scribano, 2007; Sanz, 2005).

Ahora bien, frente a la demanda de Bourdieu (1989) de contrastación y contextualización de la narración biográfica, los métodos biográficos abordados en esta investigación encuentran validez y objetividad respecto a los objetivos investigativos a la luz de su convergencia con los resultados brindados a partir del método etnográfico y los diarios de actividades, si bien

proporcionan la profundización diacrónica en el contexto familiar de cada mujer integrante de la asociación y las prácticas de TDCNR desarrolladas a lo largo de su trayectoria vital.

Antes de profundizar en las técnicas de recolección de datos y la estrategia de análisis de los mismos, se presentan los criterios delimitados para la conformación de la *muestra intencional, selectiva o de juicio* adoptada dentro de este método, que corresponde a la también empleada en los diarios de actividades, reconociendo que dicho tipo de muestra está dada de acuerdo a las posibilidades de ofrecer información profunda y detallada en torno a los objetivos del proceso investigativo, no siendo su interés fundamental la medición sino la comprensión de los fenómenos sociales en su complejidad (Martínez-Salgado, 2012). Los criterios establecidos fueron: a) independientemente de la estructura familiar, en las familias de las participantes se debió reconocer la figura de un jefe de familia masculino que posibilitara identificar la adscripción al modelo de relaciones de género androcéntrico dentro de este sistema humano¹¹; b) la participación en ASOQUIPILEÑAS debió ser igual o superior a un año. La fecha de ingreso se estableció a partir de los mecanismos de afiliación formal dispuestos por la organización, es decir, a partir del diligenciamiento del formulario y el pago de los derechos de admisión-; c) la participación de las mujeres en la organización debió ser activa y comprometida, valorando el ejercicio efectivo de un rol relevante ocupado -por ejemplo, el hacer parte de la junta directiva o comités- o su asistencia a los encuentros colectivos realizados.

La cantidad de mujeres participantes se estableció de acuerdo al cumplimiento de los criterios presentados y su voluntariedad. De esta manera, las características sociodemográficas más relevantes de las ocho mujeres campesinas que conformaron la muestra dispuesta para los métodos biográficos y los diarios de actividades fueron: edades entre los 44 y los 56 años; habitabilidad en la mayoría de los casos en la zona rural del municipio -únicamente una de ellas reside en el casco urbano-; tiempo de residencia mínimo de seis años en Quipile, siendo el promedio 22.3 años; estado civil unión libre en la mayoría de los casos -tan sólo en dos casos se declararon casadas, siendo la jefatura de hogar masculina ocupada en todos los casos por el compañero de la mujer-; en ningún caso las mujeres reportaron realizar una ocupación

¹¹ Este criterio da lugar a la elección de casos que ilustran situaciones extremas. De acuerdo a Durán (2012), maximizar las características o diferencias posibilita evidenciar las dimensiones del problema de estudio de manera más clara.

de manera exclusiva, identificándose en todos los casos como “amas de casa” en simultaneidad a otros tipos de trabajo, reportando ser trabajadora doméstica (1 caso), comerciante (2 casos), comerciante y agricultora (1 caso), agricultora (2 casos), administradora, ganadera y agricultora (1 caso) y estudiante, artesana, diseñadora y lideresa (1 caso). En el caso de los jefes de hogar, cuatro participantes declararon que ellos se dedicaban de manera exclusiva a la agricultura, uno a la conducción, uno a la odontología y dos de manera simultánea a la agricultura y la construcción de viviendas. En la mitad de los casos las mujeres expresaron cotizar como independientes al sistema de pensiones y salud, mientras que las restantes no cotizan a pensión y acceden al servicio de salud subsidiado.

Vale señalar de entrada el reconocimiento de la diversidad de experiencias y ritmos de participación de las asociadas. Así, por ejemplo, se constató que, de las ocho participantes de los métodos biográficos, cuatro son fundadoras y tienen cargos relevantes dentro de la asociación y tres ingresaron hace un año; Yenifer tiene una antigüedad de 4 años, no tiene un rol o cargo diferencial en la organización y no fue fundadora de la misma.

Por otro lado, las *técnicas de recolección de datos* empleadas dentro de los métodos biográficos desplegados fueron *entrevistas a profundidad* y *fotopalabra*. En relación a la primera, podría entenderse que las historias de vida son un tipo de entrevistas en profundidad (Scribano, 2007). Las entrevistas con orientación biográfica como técnicas de recolección de datos requieren necesariamente ser entrevistas abiertas, no directivas y no estructuradas, donde un guion flexible le permite al investigador asumir la función de estimulante y orientador del relato biográfico en torno a los objetivos de la investigación, haciendo usualmente uso de documentos personales (Pujadas, 2000). Scribano (2007) destaca su carácter exhaustivo, que implica que los encuentros deben agotar o saturar la posible conversación sobre la temática planteada, obteniendo la mayor cantidad posible de información, lo cual dependerá, según Pujadas (2000), de la profundización en segmentos de relatos inconclusos identificados por el investigador en la revisión de los encuentros que paulatinamente son desarrollados.

Son relevantes en el uso de las entrevistas en profundidad dentro de los métodos biográficos su carácter dialógico -saber cómo escuchar que posiciona al investigador en un espacio de dialogo motivado- y su estructura teórica -un saber qué escuchar en torno a la estructura de

la interacción verbal y las redes teóricas para comprender lo que es dicho más allá del sentido común- (Scribano, 2007).

En relación a la *técnica fotopalabra*, las fotografías hacen parte de los documentos personales como registros no incentivados por el investigador que poseen un valor simbólico o afectivo para los participantes. Dentro de las entrevistas en profundidad, la función de acudir a este tipo de documentación estuvo relacionada con su poder evocador y detonante del proceso de rememoración de las mujeres, situando la historia oral y dando emergencia a experiencias que pueden no hacer parte de su registro más latente (Pujadas, 2000).

Desde los planteamientos metodológicos de Quizos, Velásquez, García y González (2002), la fotopalabra es una técnica que proporciona un espacio para que los sujetos narren desde las fotografías tiempos, espacios, situaciones y vivencias de su vida cotidiana, entendiendo que estas no tienen una significación por sí misma, sino que existe una relación entre dichos objetos con la experiencia de las personas, desde la evocación de recuerdos, momentos y hechos significativos. Plantean como fases de la técnica la descripción, la expresión, la interpretación y la toma de conciencia.

Finalmente, los datos biográficos recolectados fueron analizados a partir del *enfoque de biografías interpretativas* (Mallimaci y Giménez Béliveau, 2006). Este enfoque supone ordenar e interpretar los datos a través de las siguientes etapas: a) transcripción de los encuentros con los participantes; b) construcción de una matriz para la organización e interpretación de los relatos a través de las epifanías¹² identificadas por los participantes, registrando contextos relacionales y sus características y ubicación geográfica y temporal de la epifanía. La Tabla 2 ejemplifica cómo se organizaron los relatos en dicha matriz, posibilitando la elaboración de inferencias para cada una de las categorías o variables centrales de la investigación -habitus de género y prácticas de TDCNR-; c) construcción del relato de vida único para cada mujer participante a partir de las epifanías identificadas. Así pues, tanto los relatos de vida únicos como las inferencias construidas en la matriz de análisis

¹² Las epifanías o turning points en términos de Denzin o los momentos críticos desde la perspectiva de Sautú hacen referencia a los hechos significativos o acontecimientos clave que se encadenan para dar consistencia a un relato de vida. Es necesario profundizar en estos sucesos que para los participantes suelen marcar un antes y un después, registrando los contextos de socialización, históricos, entre otros, que posibiliten relacionar el momento epifánico con la historia social más amplia (Mallimaci y Giménez Béliveau, 2006).

hacen parte de los resultados del método biográfico. Los primeros pueden ser reconocidos en el Capítulo III y las segundas recorren las discusiones con el marco teórico disciplinar e interdisciplinar y los antecedentes investigativos presentadas en los Capítulos I y II.

Vale reconocer que el enfoque de biografías interpretativas resalta que el proceso de interpretación está presente transversalmente en la investigación, siendo en un primer momento las participantes quienes lo desarrollan al situar su propia vida en contexto desde la mediación que la investigadora realiza en las entrevistas a profundidad, reconstruyendo su historia desde el presente. Esta interpretación primaria es complementada por la investigadora en interpretaciones de segundo orden que buscan relacionar el contexto en el que surgieron los eventos y su significado.

Tabla 2. Ejemplificación de análisis de fragmento de relato de vida desde el enfoque de biografías interpretativas

Contexto de socialización	Epifanía	Ubicación geográfica y temporal	Caracterización del contexto de socialización	Relatos de la epifanía relacionados con la categoría Habitus de Género	Inferencias	Relatos de la epifanía relacionados con la categoría Prácticas de TDCNR	Inferencias
Nuevo núcleo familiar	Conformación de pareja y crianza de hijos	Bogotá 1989-2009	Convivencia con esposo, tres hijos y padres de Fernanda. Trabajo remunerado de los dos miembros de la pareja y apoyo diurno en estas jornadas para el cuidado de hijos por parte de madre de Fernanda	GFF3 Yo tuve la oportunidad de conocer gente, de salir, con amigos... y nunca ese irrespeto de que vamos a la cama, que nos vamos a quedar juntos, nada. En ese tiempo también era como diferente... ni las mujeres ni los hombres éramos tan lanzados. Lo único que uno hacía por ahí era cogerse la mano y eso ya era novio. A mí me marcó mucho las enseñanzas de mi mamá [...] A mis hermanos les decía lo mismo...vea, cuidense, no tengan hijos tan temprano, trabajen para ustedes porque cuando ustedes tengan que mantener un hogar, una familia...	Las relaciones sexuales antes del matrimonio son desaprobadas, retomando la socialización de las relaciones entre géneros realizada por su madre. Invitación de ella a aumento de moratoria social para las mujeres desde el acceso al trabajo remunerado y la postergación de embarazos	TFF4 Después a los 6 años los enseñamos a lavar su ropa interior, entonces yo me los llevaba o él cuando se iba a lavar y ponía cada uno una butaquita al pie de él y les enseñábamos, así sus responsabilidades. Si ellos vivían en la casa, ellos tenían que obedecer las órdenes, que arreglar el cuarto, barrer, trapear, alzar la ropa interior... mi esposo les dio un buen ejemplo con eso porque ellos se bañaban y dejaban los interiores en el baño entonces un día él me dijo no, tu no les tienes que recoger los interiores del baño, déjaselos allá, yo les he dicho que ellos tienen que bañarse y lavar sus interiores y colgarlos. Ellos dejaban el montón allá y un fin de semana él dijo voy a lavar el baño yo... mi esposo los torció bien y fue y se los dejó debajo de la almohada de cada uno y cuando fueron...ay esa rebeldía...que quien fue quien me dejó esto aquí mojado y él me dijo no les diga nada, yo les voy a decir...sí van a seguir así cada vez que yo encuentre interiores se los voy a dejar en la cabecera de su cama y santo remedio. Y también se les enseñó que cada uno debía tener su cuarto arreglado y que debían de ayudar. Por ejemplo, mi hijo, él lava, hace aseo, él cocina...que no le gusta cocinar, pero él sabe	Delimitación de tiempos y espacios de juego en casa y comunicación de normas que construyeron hábitos en hijos relacionados con cuidado de espacios y objetos en el hogar de acuerdo a su etapa de desarrollo. Socialización de trabajo doméstico realizada por padre y madre. Reconocimiento de pareja como modelo apropiado para hijos en torno a la participación en el hogar. Corrección de prácticas de hijos por parte de él y defensa explícita del TDCNR como actividad compartida y no exclusiva de Fernanda. Mantenimiento de prácticas de TDCNR de hijos en el tiempo y diferentes contextos de socialización; se mantienen actualmente.

Fuente: Elaboración propia

Encuestas de uso de tiempo: diarios de actividades

Los estudios de uso del tiempo, que habían tenido por objetivo inicial conocer la vida cotidiana de las personas, posibilitaron posteriormente profundizar en las desigualdades del uso y distribución del tiempo entre hombres y mujeres. Desde la crítica feminista y el tiempo como unidad de medida económica, los diferentes instrumentos que han emergido han permitido registrar el tiempo no mercantilizado y no reconocido al estar al margen de las relaciones de producción, haciendo visible las diversas modalidades de trabajo desempeñados (Moreno, 2017). En ese sentido, describir las prácticas de TDCNR a la luz del tiempo empleado para su realización permite a esta investigación, además de precisar y particularizar en los subtipos desarrollados por las mujeres, describir su relación en torno a la realización de otros tipos de trabajo (trabajo remunerado y trabajo productivo no remunerado) y actividades (personales).

En América Latina al menos tres tipos de encuestas de uso de tiempo han sido empleadas: encuestas de tareas, encuestas de actividades y diarios de actividades (Esquivel, 2014, citada por Moreno, 2017). Mientras que las dos primeras parten de la revisión de una lista de actividades preestablecida, el *diario de actividades o diario de tiempo* posibilita que las personas encuestadas, en este caso las mujeres campesinas, sean quienes reporten las actividades que realizan en periodos de tiempo específicos. Como lo documenta Parker y Gandini (2011, citadas por García y Pacheco, 2014) y Aguirre y Ferrari (2014), una de las características más relevantes de los diarios de actividades es la posibilidad de captar prácticas realizadas simultáneamente, distinguiéndolas del tiempo simple (tiempo en el que se realiza una sola actividad), registrando con mayor precisión y claridad la distribución del tiempo de las mujeres.

Los diarios de actividades responden a sesgos técnicos presentes en los listados de actividades, captando prácticas que pueden no haber sido contempladas. Adicionalmente disminuyen los errores de la percepción subjetiva del tiempo que tienden a sobreestimar el tiempo empleado en las prácticas más engorrosas, subestimando las más placenteras (OXFAM México y Centro de Análisis e Investigación Fundar, 2020). Los diarios además

posibilitan registrar los contextos en los que se realiza el TDCNR, describiendo lugares, motivaciones y personas con y para quien están destinados las prácticas de cuidado y las actividades domésticas (Aguirre y Ferrari, 2014).

Existiendo la posibilidad de ser autoadministrado -diligenciados en tiempo real por las participantes, siendo realmente demandantes para ellas-, en esta investigación se empleó la modalidad retrospectiva (Moreno, 2017) o asistida (Aguirre y Ferrari, 2014), implicando que fuese la investigadora la responsable de registrar las diversas prácticas de TDCNR y los tiempos empleados por las ocho mujeres participantes, mismas que hicieron parte de la muestra del método biográfico. A su vez, siguiendo las recomendaciones que brinda la revisión realizada por Aguirre y Ferrari (2014), se tomó como unidad básica de medida 24 horas, registrándolas a partir de intervalos de 15 minutos para un día típico entre semana y un día típico del fin de semana. Por otra parte, si bien el registro de las actividades fue abierto (se tomaron en cuenta las actividades referidas por las participantes), la codificación de las mismas para el análisis de los datos se realizó a partir de la clasificación acogida por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística para el desarrollo de la ENUT 2016-2017 (DANE, 2018b) para las prácticas comprendidas dentro del TDCNR (Ver Anexo 2). Los resultados del análisis estadístico descriptivo de los datos recolectados se presentan en detalle en el Capítulo II.

CAPITULO I

Del conflicto objetivo del campo de las relaciones de género a la experiencia de las mujeres: construcción y transformación del habitus de género de las mujeres adscritas a la Asociación de Mujeres Rurales Emprendedoras de Quipile ASOQUIPILEÑAS

Un campo comprende una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones del espacio social que adopta la estructura de una lucha de competencia por un capital particular, acudiendo a reglas específicas e históricamente construidas que tienden a reproducir un orden social (Bourdieu, 2007). Las relaciones de género definidas como un campo implican la estructura de relaciones objetivas entre la posición dominante del androcentrismo y la herética o pretendiente, históricamente conformada por colectividades de mujeres y movimientos feministas. Estas posiciones son lugares simbólicos que pueden ocupar los agentes o instituciones en torno al particular capital simbólico en disputa. A pesar de ser desconocido como capital -capital negado-, su función es generar legitimidad a los hombres desde su reconocimiento y dignificación. De esta manera, el capital simbólico implica para las mujeres un conjunto de compromisos, deudas y deberes frente a los hombres como poseedores (Bourdieu, 2000).

Esta estructura objetiva está ínfimamente vinculada a las prácticas de género de los agentes en tanto que las posiciones particulares del campo son interiorizadas a través de los procesos de socialización, dando coherencia a las acciones realizadas (Bourdieu, 2000). Los agentes son condicionados de manera no consciente desde experiencias -prácticas- tempranas en relación con las condiciones materiales propias, estableciendo divisiones y jerarquías que asignan preponderantemente a los hombres un mayor reconocimiento (Bourdieu, 2007). Bourdieu (2000) describe ampliamente como esta naturalizada valoración, producto de un proceso histórico, implica además del desarrollo de actividades que tienden a reiterar una diferenciación entre hombres y mujeres en diferentes contextos -laboral, familiar, político-, la adscripción a una manera particular de los agentes de habitar el cuerpo y emplearlo como un vehículo simbólico en las interacciones con los otros.

El presente capítulo hace un recorrido por la biografía de las participantes y los datos recopilados a través de los métodos etnográficos para situar al género como un campo en disputa. Las posiciones en competencia están representadas por la familia y la organización a la que las mujeres campesinas están vinculadas. Cada uno de estos contextos son abordados de manera particular.

La familia como contexto de socialización del género

Se parte del necesario reconocimiento de que la familia, como principal agente socializador, posibilitó desde la primera infancia la constitución de roles de género tradicionales o androcéntricos en las ocho mujeres participantes en las entrevistas realizadas como parte de los métodos biográficos, constatando la latente y visible brecha de género presente en el contexto rural colombiano (Bonilla, 2010; Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014; Osorio y Tangarife, 2015).

En los núcleos familiares de origen de las participantes en la mayoría de los casos la jefatura del hogar fue masculina; tan sólo en tres casos fue asumida por mujeres -una madre y dos abuelas de las participantes-, siendo familias monoparentales dado el abandono paterno del hogar o la precariedad económica del núcleo familiar. La distinción de género basada en la diferenciación biológica o sexual entre los géneros marcó prácticas para los padres de las participantes asociadas al trabajo agrícola asalariado fuera de la parcela, implicando el tradicional rol de proveedor dentro del hogar. Dentro de este su participación usualmente se limitó a actividades asociadas a la fuerza o el trabajo extenuante, como recoger leña, lavar cocheras, alimentar a los animales o realizar el mantenimiento de la infraestructura agrícola; en un caso la ausencia de una figura paterna implicó el pago a hombres para realizarlas. La no participación en las prácticas de cuidado estuvo relacionada con un distanciamiento afectivo de los hombres con sus hijos y parejas. De esta manera, la división interior/exterior de los espacios tuvo una representación en la misma parcela familiar.

En todos los casos las madres y las abuelas -ante la ausencia de las primeras- se constituyeron como el principal modelo de socialización del género para las participantes. Las prácticas socializadas por ellas como modelos implicaron la consolidación del rol de cuidadoras, aunque destaca la paulatina pluriactividad de las mujeres campesinas, la cual tuvo

continuidad en la vida adulta de las participantes, con antelación a la vinculación a ASOQUIPILEÑAS: Rosa, por ejemplo, en condición de embarazo criaba a sus hijos/as -trabajo de cuidado no remunerado- mientras preparaba alimentos para obreros -trabajo productivo no remunerado- y cultivaba al jornal -trabajo productivo agrícola remunerado-, todo ello el mismo espacio. Esto permite ratificar que la pluriactividad es una característica que complejiza los procesos organizativos de las mujeres campesinas (Villareal, 2004), aunque claramente es un proceso previo a los mismos.

Particularmente, la productividad agrícola fue desde la infancia, sin distinción de género, una actividad ejercida por las participantes y sus hermanos/as y connotada como necesaria e importante para el bienestar familiar. Este hallazgo permite identificar que este tipo de producción y la tenencia y uso de la tierra, que favorecen la autonomía de las mujeres y posibilitan la transformación de las prácticas de género (Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013; Tafur, 2015; Villareal, 2004), es también un proceso latente desde la infancia y presente en la socialización de la familia y no constituye un diferencial de la organización de mujeres campesinas.

Sin embargo, frecuentemente el rechazo de la posición hegemónica a este tipo de cambios culturales implicó su reafirmación a través de la violencia de género. En el caso de la actividad agrícola, la madre de Yenifer, por ejemplo, debió realizarla bajo el desconocimiento de su pareja, dada su desaprobación de la autonomía económica de las mujeres. A su vez, en las narraciones de Margarita, Fernanda, Yenifer y Luz se identifica violencia física y psicológica de su padre a su madre y/o hermanos/as, asociada al consumo de alcohol, el cual también estuvo relacionado con sobrecarga de trabajo remunerado y carga global de trabajo para las progenitoras de las participantes. Frente a esto hay por parte de las últimas una desaprobación de dicha violencia como mecanismo para instituir autoridad y rechazo hacia la aceptación pasiva de sus madres de este tipo de relaciones familiares. Tan sólo Yenifer reconoció que la oposición a esta violencia la llevó a tomar medidas policiales y a enfrentarse físicamente a su padre. Esta misma participante narró episodios de acoso sexual por parte de un trabajador de su finca e integrantes masculinos de las FARC, lo cual se relaciona con la reafirmación de los roles de género hegemónicos en contextos donde hace presencia el conflicto armado (Enloe, 2000, citada por Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013).

Aunado a lo anterior, referenció intentos de proxenetismo por parte de su padre, frente al cual su madre manifestó incredulidad y aceptación pasiva, situación que llevó a Yenifer a abandonar el hogar y a realizar un intento de suicidio.

Respecto a las actividades y espacios recreativos, mientras que los niños tuvieron mayor acceso a espacios públicos, las participantes permanecieron mayormente dentro de la casa o en las parcelas, siendo la recreación otro ámbito que soporta la naturalización de los roles de género que adjudican modos de ser y actuar particulares para hombres y mujeres desde la reproducción de relaciones de desigualdad social, donde las mujeres se inscriben al mundo privado y la responsabilidad del trabajo doméstico y el cuidado de las personas dependientes dentro de la división sexual del trabajo (Pombo, 2010; Rodríguez, 2015; Bourdieu, 2000). Margarita relata cómo mientras su hermano aprendió a manejar automóviles, ella tomó clases de modistería y tarjetería.

La desescolarización tuvo relación con el acceso al trabajo remunerado desde muy corta edad, tanto para hombres, como para mujeres, teniendo en cuenta que tan sólo en dos casos la precariedad económica no protagonizó las condiciones de desarrollo de las mujeres y sus familias. En un caso la desescolarización tuvo como principal motivo la decisión del padre de familia de la dedicación total de su hija al TDCNR, hecho que ratifica los hallazgos de Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna (2014) que señalan a este tipo de trabajo como factor de disminución de las probabilidades de continuidad del proceso educativo en las mujeres campesinas. La valoración positiva de la educación como un factor de movilidad social fue construida en la edad adulta, marcando una transformación en la crianza proferida por las mujeres a sus hijos/as, sin distinción de género, hecho que reafirma la posibilidad de que los cambios culturales en torno al mismo sean más factibles desde una perspectiva intergeneracional que en las relaciones de pareja (Medrano y Villar, 1988). Sin embargo, Fernanda y Yenifer dieron continuidad a su formación educativa en su vida adulta, pese a las limitaciones que ello implicó -estudio nocturno, recursos económicos y poca disponibilidad de tiempo-, marcando una experiencia valorada positivamente y generadora de autonomía para ellas.

En los casos en los que la precariedad económica no organizó las prácticas de los/as integrantes de la familia, la educación tomó un rol preponderante en la infancia y

adolescencia de las participantes. El aumento de la moratoria social estuvo relacionado con una flexibilización del androcentrismo involucrado en las normas, espacios de recreación y actividades desarrolladas por los niños y niñas de las familias. Hubo para las participantes acceso al aprendizaje de roles administrativos dentro de los emprendimientos familiares.

En la mayoría de los casos, el primer trabajo remunerado de las mujeres estuvo asociado al trabajo doméstico y de cuidado, particularmente al suministro de alimentos, en condiciones precarias y bajo la feminización de estas actividades informales. Tan sólo en un caso una participante desarrolló un emprendimiento productivo cooperativo avícola con otra mujer a la edad de doce años. En el caso del trabajo doméstico remunerado, tres de las participantes se movilizaron a la capital del país a trabajar internas en hogares con edades de ocho, doce y catorce años. La historia de Lucía nos permite ver como su salario era administrado por familiares, evidenciándose explotación infantil. La carga horaria excesiva (19 horas) sin el consentimiento de ella y bajo engaños y responsabilidades desproporcionadas (cuidado de 6 niños/as de primera infancia durante 8 horas) también permiten dar cuenta de esta situación. La posibilidad de violencia de género en las familias donde laboraron y espacios públicos de la ciudad presenta también un factor relevante para la naturalización de la dominación masculina por parte de las participantes, sin que la misma descarte un rechazo pasivo. En los tres casos, el trabajo doméstico remunerado fue transitorio y no contemplado como parte del proyecto de vida de las participantes.

Los roles androcéntricos implicaron el rechazo de la promiscuidad sexual para las mujeres - no así para los hombres- y la valoración de parejas formales y estables, aunque tan sólo Fernanda y Sara reconocen un proceso de educación sexual por parte de sus madres, valorado positivamente; generalmente, el uso de mitos o engaños fueron empleados para posibilitar el inicio tardío de la vida sexual. Como consecuencias psicológicas destacan la culpabilidad y la angustia vivida por las participantes. Estos contenidos influyeron de manera definitiva en la elección de pareja en la adultez de las participantes, reconociendo frecuentemente la importancia del apego a la familia y la casa como valores propios de las mujeres.

Por otra parte, experiencias como las de Lucía o Yenifer permiten reconocer en la conformación de pareja la solución ante la precariedad económica y la ausencia de redes de apoyo. Para Yenifer, por ejemplo, la percepción de cuidado, respaldo, seguridad y estabilidad

económica, fueron los elementos que primaron para iniciar la convivencia con su primera pareja, todos ellos sobre el vínculo afectivo. Esta situación fue recurrente en la conformación de su segundo matrimonio: “yo dije: de pronto aquí tengo una solución, de no joderme tanto y que alguien me ayude. Yo no me sentía enamorada, era como el apoyo”, implicando posteriores sentimientos de arrepentimiento ante la pérdida de la autonomía y la violencia de género experimentada.

En todas las historias de las mujeres resalta en el inicio del ciclo familiar los roles tradicionales de género (proveedor/cuidadora) instituidos prontamente, aun cuando las mujeres estuvieran empleadas o desarrollaran actividades productivas agropecuarias, asumiendo que la entrada de las mujeres al mercado laboral no afectó la división sexual androcéntrica del trabajo (Moreno, 2017; Monroy y Olarte, 2015). En cinco de los ocho casos se evidenció violencia de género de las parejas hacia las participantes: distanciamiento de la red de apoyo emocional y económico, violencia verbal, física y sexual asociada al consumo de alcohol, administración de recursos económicos propios o la ausencia del aporte de los mismos y celos, fueron sus principales manifestaciones. Frente a estos, las mujeres respondieron en la mayoría de los casos con un rechazo pasivo que pasó por la imposibilidad de expresar a sus parejas de forma asertiva su oposición o su insatisfacción con la continuidad de la relación de pareja, mantenida en tres casos por el bienestar de sus hijos/as y la creencia de que el vínculo afectivo de ellos/as con su padre se vería afectado ante una posible separación, como lo expresa Yenifer: “yo aguanto tantas...tantas humillaciones para que el día de mañana ustedes sean alguien, que ustedes digan mi mamá se sacrificó y nosotros somos alguien, no la defraudamos. Todo por ellos”. En otros casos, el apoyo económico brindado por sus parejas fue el motivo expreso del mantenimiento del vínculo de pareja. En Luz, por ejemplo, la aceptación de la autoridad de su esposo y su desinterés por expresar deseos e inconformidades convive con la exigencia reciente de una retribución mensual por el proyecto productivo en el que ella participa, la cual proyecta invertir en el mejoramiento y adecuación de amoblado para el trabajo doméstico.

Las prácticas de crianza de las mujeres hacia sus hijos marcaron un distanciamiento con las prácticas de género que les fueron socializadas y con las vividas con sus parejas, constatando que la socialización de roles de género alternativos en la crianza de los hijos/as se configura

como una motivación relevante en la vida de las mujeres (Bonilla, 2010; Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014). Lucía, Rosa, Margarita, Fernanda, Sara y Yenifer socializaron a sus hijos/as prácticas de trabajo doméstico desde temprana edad. Rosa posibilitó que sus hijos varones no prestaran el servicio militar obligatorio, oponiéndose a la continuidad de los roles tradicionales. Se identificó la continuidad de estas pautas de crianza por parte de sus hijos/as hacia sus nietas/os.

La crianza de las parejas de las participantes dio continuidad en la mayoría de los casos a prácticas androcéntricas, rechazadas por las participantes: mientras el esposo de Rosa buscó enseñarle a su hijo a beber cerveza desde los doce años, el marido de Lucía compartió con los suyos secretos de infidelidades y fue permisivo frente a la posibilidad de tener varias parejas sexuales sin el consentimiento de las mismas. En experiencias como las de Luz, las estrategias de crianza que difirieron con su esposo fueron motivo de conflictos frecuentes entre la pareja.

Experiencias como las de Sara y Yenifer ilustran que, ante la ausencia de la pareja como proveedor o situaciones económicas precarias, las mujeres campesinas se involucraron en el trabajo productivo agropecuario, movilizand o la emergencia de estrategias como el trueque y el desarrollo de huertas caseras y nuevos roles asociados a actividades físicas intensas a desempeñar -cómo emplear el azadón y el machete- y funciones de administración de trabajadores y manejo de dinero, usualmente desarrolladas por hombres. Sin embargo, estas participantes se enfrentaron a una remuneración inferior sustentada en su género, aun cuando la producción y tiempo de trabajo fueron iguales a los de sus compañeros varones.

Actualmente, la creatividad y la pluriactividad se ponen en juego para que la mayoría de las participantes logren aportar recursos económicos equiparables a los de sus parejas y puedan autodeterminarse como independientes económicamente. Sara, por ejemplo, aunado al TDCNR y al mantenimiento de su tienda, vende gas -trabajo remunerado independiente-, tiene un criadero de pollos -trabajo agrícola remunerado- y vende almuerzos y cenas para trabajadores de la vereda -trabajo doméstico remunerado-. De esta manera, en ningún caso las mujeres reportaron realizar para el momento de las entrevistas una ocupación de manera exclusiva. Si bien todas se identifican cómo “amas de casa”, señalan laborar simultáneamente como trabajadora doméstica (1 caso), comerciante (2 casos), comerciante y agricultora (1

caso), agricultora (2 casos), administradora, ganadera y agricultora (1 caso) y estudiante, artesana, diseñadora y lideresa (1 caso). Los trabajos remunerados son realizados en su mayoría de manera informal, flexibilizando la distribución del tiempo de las mujeres, pero llevando a que tan sólo la mitad de ellas coticen al sistema de pensiones, todas de manera independiente. La flexibilización no logra encubrir la extensa dimensión de la carga global de trabajo de las participantes, generando desgaste emocional y físico. Luz, por ejemplo, expresa afanosamente su deseo de descanso ante jornadas de trabajo de entre 15.5 y 17 horas, sin un día libre a la semana. Adicionalmente, la experiencia de Yenifer nos percata de las condiciones con las que una mujer puede introducirse al sector productivo: naturalizado el permiso de su esposo, ella valoró positivamente en su momento la “oportunidad” dada por él de trabajar y decidir sobre el dinero ganado.

ASOQUIPILEÑAS: la transformación del habitus de género en mujeres campesinas

La estructura de las relaciones de género que un agente interioriza es ante todo duradera, cumpliendo un rol estructurante de las nuevas experiencias e interacciones, las cuales pueden ajustarse al habitus construido -mecanismo autorregulado- o ir a destiempo, implicando su rechazo y reforzamiento del habitus (Bourdieu, 2007). Pese a ello, la configuración de un habitus individual como sistema de disposiciones tiene la posibilidad de actualizarse dentro del ciclo vital de los agentes, contando además con las previsibles transformaciones del campo mismo de las relaciones de género (Bourdieu y Wacquant, 1995, citados por Arango, 2002). En ese sentido, dentro de las organizaciones de mujeres y movimientos feministas como posición herética es factible la conformación de un habitus grupal o de clase del cual los agentes pueden participar, implicando con ello un proceso de socialización de una estructura alternativa de las relaciones de género que pretende posicionarse como la dominante.

El presente apartado profundiza en la interacción del habitus de género de las participantes y los modelos de género socializados por ASOQUIPILEÑAS. El análisis construido para los datos recolectados a través del método etnográfico permitió la profundización en la categoría habitus de género a través del abordaje las siguientes subcategorías emergentes, presentadas

por las fuentes (presidenta y secretaria de la junta directiva, diario de campo de la investigadora, asamblea general del año 2020 y documentos organizacionales) reiterativamente como relevantes para la comprensión del objeto de estudio: posicionamiento ante la dominación masculina; relaciones entre las mujeres asociadas; líneas de acción de la asociación, epifanías dentro de la experiencia asociativa; participación política y social de las mujeres asociadas, estructura organizativa y encuentros colectivos. Aunado a este análisis etnográfico, se identifican lugares de encuentro y divergencia de las diversas perspectivas recuperadas y las narraciones de las participantes de los métodos biográficos.

Como preámbulo, en todos los espacios y documentos organizacionales se ratifican tres líneas de acción: ambiental, productiva y desarrollo integral de las mujeres, coincidiendo con los abordajes de gran parte de las organizaciones de mujeres campesinas en Colombia (CEDAW, 2019; Villareal, 2004). Como lo presentan los estatutos de la asociación, el eje ambiental contempla la conservación de recursos naturales y la implementación de técnicas de agroecología en los proyectos de turismo y producción de alimentos. La línea de acción que abarca el desarrollo integral de las mujeres rurales asume espacios de formación, asesoría, asistencia y acompañamiento con enfoque de género reconociendo el ámbito psicosocial, cultural y de participación. Finalmente, el eje productivo busca facilitar emprendimientos y mejorar la calidad de los productos y la comercialización de los mismos, a través de la gestión de recursos a partir de la participación en convocatorias públicas y privadas y la representación en eventos promocionales, ferias, convenciones, ruedas de negocios y muestras de productos.

En los espacios colectivos y en las entrevistas con las lideresas y asociadas, fue el ámbito productivo el documentado como el de mayor relevancia durante los cuatro años de trayectoria de la organización. Ello está vinculado desde la perspectiva de las participantes al reconocimiento de la precariedad y dependencia económica de las mujeres como un factor que posibilita la emergencia de otros tipos de violencia por parte del jefe de hogar masculino. En ese sentido, la producción agrícola y agroecológica se ha fortalecido desde procesos de formación colectivos y acompañamiento por parte de las lideresas de la organización, herramientas enfocadas en promover la autonomía económica de las asociadas, pues se comprende que esta, como medida para solventar sus necesidades básicas, precede al

desarrollo y fortalecimiento de procesos en ámbitos sociales y relacionales. Este proceso constata los hallazgos de Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas (2013), Tafur (2015) y Villareal (2004), corroborando que, como objetivo estratégico, el abordaje de las transformaciones y reivindicaciones concernientes al género están en constante dialogo con las necesidades prácticas de las mujeres, dando cuenta de la doble función del movimiento de mujeres campesinas en Colombia (Villareal, 2004; Tafur, 2015). A su vez, la convergencia entre lo económico y lo social nuevamente se hace presente en la comprensión de la organización como “entidad gremial” que comprende la producción agrícola y agroecológica privada necesariamente desde los principios de la economía solidaria y la asociatividad (Estatutos de la Asociación de Mujeres Rurales y Emprendedoras de Quipile, 2016).

Sin embargo, la experiencia de Rosa recuerda que el desarrollo económico no necesariamente implica prácticas más igualitarias del género (Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013). Aun cuando su proyecto de producción y comercialización de mora ha fortalecido su autonomía, el mismo ha implicado mayor carga de trabajo, afectaciones a su salud y desinterés y despreocupación por parte de su esposo hacia las necesidades económicas y de cuidado dentro del hogar, acentuando las desigualdades de género (Krishna, 2012, citada por Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013).

Tendiendo claridad en ello, todas y cada una de las veinte mujeres campesinas asociadas cuenta con un emprendimiento propio o familiar. Justamente es el desarrollo de los mismos la principal motivación que las mujeres que ingresaron hace un año tienen para participar en la organización. Sin embargo, sin distinción de la antigüedad, las mujeres que centraron su motivación en dichos proyectos tienden a considerar que participar en la asociación no ha mejorado la calidad de vida de su familia, señalaron no haber recibido ninguna ayuda económica y no observaron grandes avances en los procesos liderados por la asociación, pese a que varios de ellos han sido fortalecidos efectivamente con recursos públicos otorgados por convocatorias gestionadas por la asociación -destacándose el liderazgo de la secretaria de la Junta Directiva-, identificándose que el mejoramiento de las condiciones económicas individuales de las mujeres refuerza la participación de las asociadas en la organización y el bienestar individual posibilitado por las acciones colectivas pareciese ser un indicador de identidad.

Pese a que las líneas de acción ambiental y desarrollo integral de las mujeres no cobran protagonismo para la mayoría de las asociadas, quienes han enfocado sus motivaciones en aspectos afectivos y sociales (como la construcción de vínculos con otras mujeres, el desarrollo de actividades recreativas diferentes al trabajo productivo y doméstico y la construcción de nuevos aprendizajes) valoran positivamente su experiencia dentro de la asociación en tanto que ellas y sus familias han adquirido habilidades relacionales y ambientales relevantes. Margarita, por ejemplo, señala que su participación organizativa le ha posibilitado un mayor reconocimiento de sí misma y su trabajo. Yenifer reconoce a la asociación como fuente de apoyo psicológico, especialmente respecto a su relación de pareja: “psicológicamente la asociación también ha sido muy importante, en el sentido de tener como el llevar el... de ser como más fuerte, en el sentido de ser mujer, como que tiene eso de decir yo soy mujer, yo puedo y, a pesar de que de pronto la persona con la que uno vive le vive diciendo: es que usted no es capaz... en ocasiones le echan flores y en otras lo viven aplastando. Entonces eso ha sido una motivación también”. Los testimonios de estas dos participantes permiten identificar que en el encuentro entre el habitus preponderantemente androcéntrico de las mujeres que ingresan a la organización y los sentidos objetivados de la colectividad de mujeres -herética-, existe una tendencia hacia la concordancia entre los habitus de las agentes movilizadoras (lideresas), materializados en los sentidos transmitidos en los espacios de apoyo y acompañamiento brindados, y las disposiciones de quienes se reconocen en sus prácticas discursivas y no discursivas (Bourdieu, 2007). Ello implica que el ingreso a la organización supone una transformación del habitus individual/androcéntrico hacia el colectivo/herético, sin dejar de lado las posibles coacciones que los juicios y preferencias de los esquemas dominantes de interacción impongan en el contexto familiar. Hay pues una tendencia hacia la complejización de su identidad, caracterizada por el tránsito al “ser para sí” (García, 2016) y una distancia de las prácticas androcéntricas como legítimas y naturales.

Así pues, aunque en el desarrollo organizativo de ASOQUIPILEÑAS han primado las necesidades básicas ante los intereses estratégicos, estos últimos lentamente han tomado protagonismo tanto en la trayectoria de la asociación, como en la experiencia de las mujeres vinculadas a ella, transición documentada frecuentemente en las organizaciones de mujeres campesinas en Colombia (Tafur, 2015) y relevante para identificar los momentos y

mecanismos del abordaje del género en las mismas. Las líneas de acción ambiental y del desarrollo integral de las mujeres han sido abonadas recientemente por las lideresas de la organización, por ejemplo, a partir de la incidencia en organismos públicos municipales a través de la apropiación de cargos de representación asignados a líderes/zas comunitarios/as de Quipile. En particular, el desarrollo integral de las mujeres ha sido liderado por la presidenta de la Junta Directiva, quien ha propiciado espacios de encuentro como el recién inaugurado comité de convivencia, ha fortalecido la incidencia política local y ha propiciado la socialización de los derechos de las mujeres y los valores y prácticas relevantes para las relaciones entre ellas. Ello permite dilucidar que la profundización esta línea de acción en particular tiene un camino próspero a desplegarse, seguramente con grandes impactos en el habitus de género de las asociadas. La revisión de esta trayectoria tendría un carácter invaluable en próximas indagaciones desde un enfoque longitudinal.

Además de las motivaciones relacionadas con las líneas de acción, la antigüedad y los roles desempeñados por las mujeres de la organización están estrechamente vinculadas a experiencias que son denotadas como significativas para ellas (Blanco, 2004), siendo estas variables relevantes para considerar la homogenización de los habitus de género de las participantes. Así, dentro de las fundadoras y lideresas de la asociación se pueden identificar indicios de un sistema subjetivo, pero no individual, de estructuras interiorizadas y compartidas que genera sistemas de acción colectiva alternativa y condicionamientos a los habitus individuales (Bourdieu, 2000; Melucci, 1999, 1976, citado por Torres Carrillo, 2009). Luz y Fernanda, por ejemplo, fundadoras y fiscal e integrante del comité de conciliación, respectivamente, coinciden en que el principal objetivo de la organización es de carácter social y está destinado al bienestar y el “empoderamiento” de la mujer, y que tal puede solo construirse desde el trabajo entre y para las mujeres e involucra su valorización y su transición de la participación exclusiva en el ámbito privado al público y económico.

Asimismo, todas las lideresas y participantes que ocuparon un rol relevante dentro de la organización, coincidieron en señalar que la epifanía más relevante es la fundación de la asociación. Este momento es significativo en diversos sentidos. Como antecedente, las fundadoras participaban en una organización mixta enfocada en la producción y comercialización asociativa del café -ASOPROAGRO-, que se distinguía por ser la primera

organización rural con enfoque de género del municipio. Sin embargo, reconocen que el liderazgo mayormente ejercido por mujeres rurales era en realidad un mecanismo de acceso a los privilegios económicos otorgados por convocatorias públicas. En aquella organización, la actual secretaria de ASOQUIPILEÑAS retoma cómo las mujeres campesinas eran reconocidas bajo un rol secundario y pasivo frente a los intereses y la dominación masculina: “eso es tremendo, eso con las mujeres campesinas te digo que las cosas son tenaces, porque ellas se venden por nada”.

Este tipo de roles continúan siendo ocupados por las participantes en otras organizaciones mixtas en las que participan actualmente, ocupando roles comprendidos como apoyo a cargos principales ejercidos por hombres, como las secretarías o tesorerías. Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas (2013), Villareal (2004) y Tafur (2015) identifican que estos roles son parte de la desaprobación masculina de los liderazgos construidos por las mujeres organizadas. Fernanda relata como líderes masculinos de su vereda desestiman aportes de mujeres o niegan su participación, siendo estas prácticas aceptadas pasivamente por otras mujeres: “Aquí me dicen que participe con la Junta, pero yo lo estoy pensando porque yo en el pasado mandato estuve de vicepresidenta y el presidente no dio opción de que uno haga nada... no me dejó participar y las opiniones que uno dice no las tiene en cuenta. No, que eso no, que eso aquí no sirve, que eso...y no le prestan atención a lo que uno dice y eso es lo único que me incomoda, por eso digo que los hombres aquí son machistas. Yo veo que otras mujeres también han hablado y no les ponen cuidado, en cambio lo que ellos digan si...entonces si uno pone la polémica ellos dicen que uno esa poniendo la polémica para que las cosas no se hagan, entonces yo les digo no, si yo voy a ser un obstáculo, yo les dejo el camino... yo les estaba diciendo que hiciéramos una junta de solo mujeres, pero ellas solo les hacen caso a los hombres, lo que los hombres digan, entonces es difícil”.

Retomando la fundación de la asociación, en ella se distingue un claro componente de género que hace de este un aspecto relevante también para todo el devenir de la asociación: esta epifanía parte de la convergencia de una situación de violencia contra una de sus fundadoras -la actual secretaria general de ASOQUIPILEÑAS- por parte de un integrante de la asociación mixta a la que pertenecían (identificándola en diversas ocasiones como “violencia de género”, si bien no hay ningún componente dentro de las narraciones que permita

identificar que los hechos violentos fueron desarrollados en su contra por su condición de mujer) y la emergencia de la política pública de mujer y género en el departamento (como posibilitadora de mayor acceso a recursos económicos). Así, desde el primer elemento mencionado, las vivencias propias de las mujeres rurales y su interpretación de los hechos, la fundación de la organización marca un posicionamiento hereje ante la dominación masculina que llevó a excluir la participación de los hombres y a consolidar la creencia colectiva de que ellos se apropian del trabajo y el esfuerzo de las mujeres, dando lugar a la necesidad de la construcción de un espacio propio de ellas y para ellas. Resalta también que frente al conflicto entre las fundadoras de ASOQUIPILEÑAS y los integrantes masculinos de ASOPROAGRO y las mujeres que los apoyaron, un conflicto posible de interpretarse como la lucha entre una posición hereje y la dominante masculina, dos mujeres lo relacionaron con las dinámicas polarizantes vivenciadas por la población civil en medio de los actores armados presentes en el municipio; ellas decidieron asumir una posición indeterminada y no participar en ninguna organización ¿Es posible ser un actor externo en este conflicto?

Ahora bien, por ninguna de las participantes fue la organización definida discursivamente como feminista, si bien se reconocen acciones y procesos de identificación que dan cuenta de posiciones contra hegemónicas al patriarcado, cercanas a principios generales frecuentemente asimilados dentro de este movimiento social, mayormente presentes en las lideresas de la organización. En la socialización a sus compañeras, surge el reconociendo de su “miedo” a identificarse como herejes ante sus familias y comunidades; ello ha implicado un abordaje colectivo por parte de las lideresas más flexible, tácito y poco profundo de la posición contrahegemónica en mención.

Además de la fundación de la organización y la constitución de las asambleas generales como territorios contrahegemónicos, otras estrategias que han emergido para plantear posiciones herejes al patriarcado han implicado la socialización de prácticas en torno a la sororidad como valor vinculante entre las mujeres (aludiendo particularmente al fortalecimiento mutuo de la autoestima, el respeto por las decisiones propias, la no justificación de las violencias, el cuidado recíproco, el apoyo a los proyectos económicos de las mujeres pertenecientes a la colectividad y la desnaturalización de posiciones de competencia entre mujeres), la

socialización de herramientas para la identificación de las violencias de género y la promoción e institucionalización del premio a la “Mujer Quipileña” (un rito que pretende generar procesos de reconocimiento de las mujeres desde modelos de género alternativos al dominante, socializando que las mujeres del municipio idealmente deben desarrollar prácticas de cuidado comunitario y procesos sociales que posibiliten la autonomía y bienestar de las mujeres, distanciándose de la definición de la mujer a partir de su estética y su posición económica). Si bien efectivamente son socializados ciertos valores y prácticas para las mujeres del municipio, desde la perspectiva de las participantes esta estrategia no es contradictoria con el reconocimiento de que no hay un ideal unívoco de la mujer campesina que puedan compartir como organización, pues como Margarita lo señala, propenden por la defensa y el respeto de la diversidad entre las mujeres, sus actividades y horarios. Tan sólo la distancia con la femineidad tradicional ha marcado una puntuación relevante, como Fernanda lo señala dentro de su comunidad: “Por acá me dicen que la diferente soy yo”; o Sara dentro de su familia “Conmigo quisieron hacer lo mismo...que usted no sale, que no sé qué, pero yo no me deje”.

Con una comprensión más estructurada del patriarcado, la secretaria general de la junta directiva identifica de manera diferencial que este no abarca únicamente las relaciones de dominación entre hombres y mujeres, sino que comprende un mecanismo de construcción de los vínculos que ha posibilitado la consolidación de estructuras verticales en diversos ámbitos del desarrollo social, político y económico. Frente a la verticalidad de las relaciones, la organización tiene una clara apuesta hereje en torno a fortalecer otras expresiones del vínculo social basadas en la igualdad. La asociatividad se consolida como una relación no competitiva, participativa, pacífica, crítica con los grandes capitales, colectivista y posibilitadora de poder para los/as ciudadanos/as, principalmente para las mujeres campesinas, en relación a la democracia representativa. Frente a la autonomía económica necesaria para las mujeres y los principios de la asociatividad, la organización ha acogido a la economía solidaria como propuesta económica alternativa.

Sin embargo, también en este caso las vivencias personales no son homogéneas pese a la consecución de las estrategias colectivas mencionadas. Experiencias de violencia de género -mencionadas en el primer apartado de este capítulo- se configuran como una condición

privada en la mayoría de las ocasiones, llevando a una disociación entre las vivencias en torno al género compartidas como grupo de mujeres y las propias del contexto familiar, dando cuenta en muchas ocasiones del contraste existente entre lo discursivo y las prácticas y/o entre lo público y lo privado. Este proceso ausenta a las mujeres de la posibilidad de recibir apoyo social. Una de las posibles explicaciones para ello ha sido el posicionamiento del rumor como un hecho social que estigmatiza a las víctimas y las retrotrae de compartir su experiencia colectivamente. Resaltan el vínculo de apoyo a los conflictos familiares de las asociadas por parte de la presidenta; es ella quien de manera permanente tiende a tener contacto con la mayoría de ellas. Con todo, gran parte de las participantes considera necesario que la asociación desarrolle otro tipo de actividades para acompañar localmente la violencia de género que se identifica en el sector rural del municipio a través del rol impuesto de la maternidad, el control de la movilidad física, la violencia física, entre otros.

Como otras características de las relaciones entre las asociadas, se identifica que las interacciones presenciales entre la mayoría de las participantes son realmente escasas dada la ubicación geográfica de sus viviendas y lugares de trabajo -que implican largos recorridos hasta la zona urbana del municipio-, las dificultades en la distribución de la carga global de trabajo que desarrollan de manera cotidiana y las restricciones impuestas por sus parejas, ya que algunos casos estas han impuesto la necesidad de pedir consentimiento para la adscripción a la organización y la asistencia de cada encuentro¹³. Este último factor es corroborado por Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas (2013), Villareal (2004) y Tafur (2015) como una limitante para la participación y organización de las mujeres campesinas. Las redes sociales y la articulación de proyectos en sus contextos locales -que han fortalecido procesos de liderazgo y el tejido social de las comunidades- han sido los recursos colectivos empleados para hacer frente a estas dificultades. En ese sentido, son las asambleas generales anuales y extraordinarias (dos o tres al año) los espacios de mayor relevancia para su interacción presencial, dado que la participación en espacios de capacitación o formación son voluntarios. Ello implica que en muchos casos algunas asociadas no se reconozcan o lo hagan con poca profundidad, aunque la identidad que proporciona la adscripción a la organización

¹³ En la experiencia de Sara, su pareja no expresa explícitamente desaprobación ante su participación en la asociación, aunque constantemente ejerce presión para que ella permanezca dentro de la casa. Frente a esta estrategia que tácitamente dificulta su participación, ella expresa rechazo.

rápidamente posibilita la convergencia de las mujeres en torno a sus proyectos productivos, la participación social y política y la condición de mujer, todas de manera equitativa e incluyente, desde el reconocimiento de las acciones y proyectos desarrollados desde sus propias voces y experiencias, tal como sucedió en la asamblea general del año 2020. Es entre las fundadoras y las asociadas de mayor antigüedad en quienes existen vínculos más significativos, cercanos y prolongados.

Dentro del marco formal que constituyen los estatutos, la concepción de la asociación como “entidad gremial” ha implicado la institución de parámetros claros para el ingreso y la participación de las mujeres. Por un lado, ser parte de la colectividad está sujeto al lugar de residencia, la condición de ciudadanía plena (mayores de edad) y la actividad económica (las mujeres deben ser productoras agropecuarias o artesanas o tener emprendimientos individuales o familiares relacionados con estas áreas y/o con el turismo rural). Por otro lado, la participación en la asociación implica modos de comportamiento que incluyen y excluyen prácticas específicas. Se promueve la apropiación de los acuerdos previamente construidos, el sometimiento a las decisiones tomadas por la mayoría y la capacitación y desarrollo permanentes de proyectos basados en la economía solidaria, la participación social y política y los derechos de las mujeres. Prácticas como la discriminación social, económica, religiosa o política hacia otras compañeras y conceder ventajas o privilegios basadas en la antigüedad o los cargos ejercidos son prohibidas explícitamente. Resalta el condicionamiento de la participación social dentro de la organización por la participación económica dentro de la misma (no es posible opinar y votar sin haber realizado los aportes económicos estipulados colectivamente); situación relacionada con la regulación económica de la organización que puede llegar a entrar en contradicción con las prácticas prohibidas en mención. Finalmente, este marco formal posibilita la mediación de las relaciones de las mujeres desde organismos internos creados para tal fin; la comisión de conciliación, por ejemplo, tiene el objetivo de intervenir en los conflictos emergentes entre las asociadas.

Este tipo de elementos permite identificar la burocratización de la estructura y los procesos organizativos que responden a los objetivos y líneas de acción de la asociación, dada también la promoción del cumplimiento a los acuerdos colectivos pactados, el seguimiento de las normas y control administrativo de los recursos. A pesar de la centralidad de la colectividad

en la toma de decisiones, la estructura general tiende a ser vertical y se adopta un sistema de mayoría relativa (50+1) -nombrada como mayoría absoluta en el documento revisado-, negando la posibilidad del consenso y mecanismos de participación más democráticos y equitativos. La estructura vertical es regulada por un sistema de frenos que inhabilita la centralización del poder en la representante legal a través de limitaciones a sus acciones y la necesaria autorización de la junta directiva para otras tantas. La posibilidad de reelección después de los cuatro años de dirección de la junta directiva -tal como sucedió en las elecciones del año 2020- puede ser un factor de riesgo para la concentración del poder y la no promoción del liderazgo de otras asociadas, quienes, a pesar su participación en la asamblea, generalmente asumen pasivamente el funcionamiento cotidiano de la organización. Finalmente, la inhabilidad de la participación de menores de edad puede ser un factor que imposibilite el relevamiento de las asociadas de la organización en general y de las lideresas de la misma, en particular, desdeñando lecturas inclusivas e innovadoras desde las nacientes necesidades y recursos de las mujeres de la comunidad en la cual está inmersa la asociación; es esta pues una lectura “adultocentrista” de la participación social y política de las mujeres.

Por otro lado, en la relación con actores externos se identifican proyectos concretos que han motivado el desarrollo de espacios de encuentro más frecuentes entre las asociadas. Resalta el Proyecto FDI de FEDEMUCC, en el que alrededor de 7 mujeres de la asociación -en su mayoría fundadoras- y familiares asistieron a espacios de formación mensuales en diferentes municipios de la región. Se abordó el componente ambiental, principalmente, la economía solidaria (se implementó un modelo de moneda social) y la equidad de género en el entorno rural (derechos de las mujeres, Ley de mujer rural y sororidad). El abordaje de este último ámbito fue liderado por profesionales de OXFAM Canadá. Como resultado de este proyecto se reconoce un “empoderamiento” de las mujeres en torno a la protección de recursos naturales de sus comunidades y el fortalecimiento de la organización y la acción colectiva (Natagaima, R. comunicación personal, 19 de marzo de 2020; Martínez, comunicación personal, 28 de mayo de 2020). Así, se visibiliza la importancia de agentes externos respecto a la adopción y construcción de cuestionamientos en torno al género en las organizaciones de mujeres campesinas (Tafur, 2015), si bien no se identifica una adopción estratégica de estos contenidos en las participantes; contrariamente las mujeres han realizado una

apropiación selectiva de los mismos desde sus características, necesidades y recursos particulares.

Si bien resalta la diversidad de actores que componen la red institucional cercana y significativa de la asociación: administración municipal, Ministerio de Tecnologías de la Información, Secretaria Departamental de la mujer, CAR y OXFAM Canadá, denotando que en tan sólo cuatro años ha logrado construir vínculos relevantes con actores regionales e internacionales, FEDEMUCC, como lo expresa Martínez (comunicación personal, 28 de mayo de 2020), ha estado presente desde la fundación de la asociación a través de espacios de formación y promoción del desarrollo integral de las mujeres. Esta organización modeló elementos del habitus de género presentes aun actualmente en las lideresas de la organización. Ejemplo de ello es comprender que el valor propio o autoestima en las mujeres no está asociada a la estética acorde al modelo hegemónico de la belleza femenina, sino a la afectividad hacia sí misma, la vida espiritual y un componente colectivo dado desde la solidaridad entre mujeres.

De esta manera, se identifica una afectación mutua entre las dinámicas internas de la organización y los procesos de participación social y política en los contextos cercanos a la misma. Por un lado, la participación en procesos de formación de habilidades de liderazgo y participación política y social promovidas por instituciones públicas han fortalecido los proyectos y las funciones desempeñadas por las asociadas. Esto ha posibilitado una progresiva mayor y efectiva participación en las políticas públicas locales y regionales. Resaltan la participación en la construcción del plan de desarrollo municipal, el acceso a cargos de representación dispuestos a la ciudadanía y relevantes dentro de entidades públicas (consejera territorial de planeación del área ambiental y consejera territorial de género), la participación en planes de manejo de recursos hídricos de la región, la adscripción y procesos de liderazgo dentro de la Federación Departamental de Mujeres Campesinas de Cundinamarca y el trabajo en red con otras organizaciones de mujeres campesinas de la región; exponiendo en todos los casos no solamente las necesidades y recursos de la asociación, sino representando y visibilización la situación de las mujeres campesinas de Quipile y el departamento.

Por otro lado, la adherencia de las asociadas a partidos y representantes políticos influye en las interacciones internas de la organización -generando cercanía o distanciamiento entre las asociadas- y la relación de la misma con la administración municipal. El apoyo en las pasadas elecciones municipales por parte de la presidenta de la asociación a la actual alcaldesa ha favorecido la participación política y social de las mujeres de la organización, posibilitando la planeación y promoción de espacios de atención y acompañamiento a las mujeres con enfoque de género.

CAPITULO II

Prácticas de trabajo doméstico y del cuidado no remunerado en mujeres campesinas asociadas

Heredamos de la economía y la filosofía feministas y de la investigación en políticas sociales de la década de 1970 el debate sobre el trabajo doméstico, focalizado en la relación entre el capitalismo y la división sexual del trabajo. Durante los últimos 40 años hemos aprendido que la asignación salarial es insuficiente para el proceso de redistribución del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado (Esquivel, 2013; Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014), siendo dicho legado diversificado en una gran variedad de conceptos, cuyos significados y enfoques, lejos de definitivos, dan lugar a nuevos debates teóricos.

Como gran categoría macroeconómica ha emergido el *trabajo reproductivo* (Esquivel, 2015; Galindo, 2017) para resaltar que la reproducción de la sociedad y el mantenimiento de la fuerza laboral existente y futura se basa, pero excede también, el trabajo realizado dentro de los hogares y pone la satisfacción de las necesidades humanas y la sostenibilidad de la vida en condiciones de justicia e igualdad en el centro de la economía como hecho social (Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014; Galindo, 2017). A su vez, dentro del trabajo reproductivo, hace aproximadamente una década que el *cuidado* se ha posicionado dentro de las agendas políticas como una categoría que busca visibilizar un derecho desde la perspectiva de la justicia social (Esquivel, 2015) y una necesidad (Galindo, 2017), no sin enfrentarse al enfoque de la inversión social que lo plantea como un problema de pobreza (Williams, 2010, citado por Esquivel, 2015), en tanto existe una ausencia de recursos monetarios para el acceso a servicios de cuidado externos al hogar.

Desde este enfoque de derechos que propende por una lectura sistémica, el *trabajo doméstico y de cuidado no remunerado* comprende aquellas actividades en torno al bienestar de las personas realizadas al interior del hogar y/o la comunidad, sin que económica y culturalmente sean comprendidas como merecedoras de un salario -al estar fuera del espacio mercantil y originarse en obligaciones sociales o contractuales, como el matrimonio y la convivencia-, a pesar de implicar costos en tiempo y energía. Incluye este trabajo el cuidado directo de las

personas para la satisfacción de necesidades físicas, emocionales y cognitivas, pero también el indirecto y previo al primero, a partir de acciones para el mantenimiento del hogar y la comunidad (Esquivel, 2013; Esquivel, 2015).

Actualmente se ha precisado recurrir a la categoría de *trabajo de cuidado* bajo premisas éticas e ideológicas que pretenden un distanciamiento de la perspectiva de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo y conciben al cuidado como un proceso fundamental para el bienestar y el desarrollo humano, sin opacar las desigualdades de género, etnicidad, etarias, de clase y estatus migratorio que esta actividad implica. Más aún, el retorno a la domesticidad como elemento definitorio en la conceptualización del trabajo de cuidado se argumenta como criterio diferenciador del contexto, en tanto que académica y socialmente se ha visibilizado que el trabajo de cuidado es transversal a muchas labores dentro de la sociedad, dado que tanto en el mercado como en diversas instituciones también se desarrolla (Pombo, 2010).

El presente capítulo aborda diacrónicamente las prácticas de TDCNR desarrolladas por las participantes. Ello implica que además del inicial recuento de su desarrollo desde una perspectiva biográfica, la segunda sección recupere las características actuales de dichas prácticas desde su descripción cuantitativa, haciendo uso de los datos recolectados en las encuestas de tiempo. Cabe señalar que esta caracterización da cuenta de la distribución que las ocho participantes hacen de su tiempo entre los diferentes tipos de trabajo, señalando la cantidad del mismo empleado en las prácticas de TDCNR y su relación con otras variables, no posibilitando describir cuantitativamente la distribución de este trabajo entre los miembros de las familias o actores externos a las mismas (comunidad, Estado y mercado). De esta manera, desde esta perspectiva se verifica tan sólo el primero de los dos dominios de la desigualdad en la distribución del TDCNR (Rodríguez, 2015). En correspondencia con los objetivos investigativos, la tercera y cuarta sección del capítulo exploran el abordaje del TDCNR en los procesos organizativos y las implicaciones que estos también tienen para el desarrollo de las prácticas de TDCNR en los hogares de las participantes.

Bourdieu (2007) entiende por prácticas las acciones basadas en la apropiación de un habitus y el ajuste objetivo a la lógica de un campo determinado. Las prácticas de las mujeres campesinas en torno al trabajo doméstico y del cuidado no remunerado dan cuenta de una

disputa de dos posiciones por la configuración del campo de género que ocurre en las interacciones aparentemente más triviales y cotidianas, entendiendo que el autor sitúa que desde el lado de la dominación masculina el trabajo doméstico ha tenido como finalidad mantener la integridad de la familia y conservar las relaciones de parentesco como producción de capital simbólico, siendo invisibilizado por ser asignado al terreno de la espiritualidad y la moralidad femenina (Bourdieu, 2000). De esta manera, realizadas desde el sentido práctico, las prácticas se adaptan sin cálculo al contexto interaccional inmediato, permitiendo distinguir lo relevante y previendo comportamientos que pueden ser sancionados negativamente por ser incompatibles con las condiciones objetivas a las que un agente se enfrenta (Bourdieu, 2007).

Trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en mujeres campesinas, una perspectiva biográfica

En términos generales, en correspondencia con los roles de género androcéntricos socializados desde la primera infancia por las familias de las participantes, se evidenció en ellas la naturalización del ejercicio de cuidado y el trabajo doméstico prioritariamente brindado por las mujeres; para los hijos varones fue una constante la ausencia de participación en el TDCNR, incluso cuando la minoría de edad respecto de las hermanas dejó de ser una característica relevante. Así, dadas las prácticas socializadas por las madres y abuelas como principales modelos de las participantes, el trabajo doméstico fue desempeñado por las mismas desde temprana edad (entre los ocho y diez años, generalmente), aunque con menor intensidad. Paulatinamente les fueron asignadas más responsabilidades, con mayor complejidad y esfuerzo físico, signando desde la infancia el carácter permanente del TDCNR en la vida de las mujeres (Carrasco, 2001, citado por Florez, Nava y Pacheco, 2015). Rosa, por ejemplo, relata cómo cocinó desde los ocho años y se responsabilizó de lavar la ropa de toda la familia y asear los pisos de la vivienda desde los diez años. Particularmente, el mantenimiento del vestuario y el suministro de alimentos fueron las prácticas apropiadas más prontamente. Resalta que, ante la ausencia temporal de la madre, las participantes frecuentemente asumieron el rol de cuidadora principal en la familia. A sus ocho años Yenifer, por ejemplo, cuidaba a sus hermanos/as menores de cinco años: “yo era como ver a una mamá chiquita”. Algunos significados asociados a las prácticas de TDCNR socializadas

fueron la incondicionalidad de la maternidad¹⁴, la primacía de las necesidades de los miembros de la familia antes de las propias, la responsabilidad, la organización y la disciplina; estos valores ordenan aún hoy el cuidado proferido por las participantes a sus familiares.

En otros casos, las prácticas de TDCNR fueron realizadas en la infancia de las participantes como mecanismo de compensación del cuidado y/o apoyo económico de una persona externa al núcleo familiar. Ante la ausencia de tutores en la experiencia de Lucía, ella realizó este tipo de trabajo selectivamente para responder al apoyo de una mujer que la acogió en su casa, desarrollando únicamente el planchado de la ropa y la limpieza de la cocina. En el caso de Fernanda, dado que la inaccesibilidad al sistema educativo implicó la movilización y distanciamiento de los/as menores de la familia a una escuela lejana al hogar en la cual tuvieron que habitar entre semana, el trabajo doméstico fue también realizado por ella como retribución ante la protección de su maestra y el uso de espacios y servicios de la institución, realizado una doble jornada (académica y TDCNR). En su rol de mujer y hermana mayor, Fernanda también se responsabilizó del cuidado de sus hermanos. De esta manera, pese a que el carácter no remunerado del trabajo doméstico y de cuidado es signado desde cortas edades, es empleado por las participantes como una estrategia para solventar deficiencias económicas y suplir la presencia estatal (Almeida, 2017); representa pues un valor latente, aunque no siempre reconocido desde su acceso al mercado.

El caso de Fernanda también ilustra que ante la simultaneidad de los procesos educativos y el TDCNR, este último fue más relevante para las familias de las participantes. Durante los fines de semana en que retornaba a su casa, ella debía destinar la franja horaria primaria (jornada diurna) al TDCNR y limitados recursos materiales y temporales para el desarrollo de actividades académicas. Así mismo, la desescolarización tuvo como principal motivo la decisión del jefe de hogar -padre de Fernanda- de la dedicación total de su hija al TDCNR y la creencia de la maternidad como destino unívoco para las mujeres, hecho que ratifica los hallazgos de Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna (2014) que señalan a este tipo de trabajo como factor de disminución de las probabilidades de

¹⁴ Dicha incondicionalidad contrasta con la condicionalidad con la que algunas de las parejas de las participantes brindan cuidado y apoyo a sus hijos/as y otros familiares.

continuidad del proceso educativo en las mujeres campesinas. En ese sentido, la relación entre la condición de estudiante y carga de TDCNR (Moreno, 2017) necesariamente tiene que examinarse a la luz de otras variables como el lugar de residencia (ruralidad/urbanidad) y el estrato socioeconómico.

En los tres casos donde las familias de las participantes tuvieron holgura económica, las prácticas mantuvieron la distribución por género nombrada, ya que aunque se pagó a mujeres externas al núcleo familiar por la realización del trabajo doméstico (quienes asistieron a la vivienda por días o vivieron dentro de la misma de manera permanente), la madre/abuela de las participantes fue quien asumió las tareas de cuidado de los hijo/as, desarrollando el seguimiento a los procesos educativos, asistiendo las enfermedades y acompañando los espacios de recreación. En el caso de Beatriz, destaca el imaginario construido de las trabajadoras domésticas desde su infancia: mujeres campesinas que tienen una gran cantidad de hijo/as y que pueden trabajar remuneradamente únicamente por días -dada la carga de TDCNR de sus hogares propios-, siendo más factible contratar sus servicios en contextos cercanos a la ruralidad. Con todo, en estos casos la remuneración de estas actividades implicó un menor involucramiento de las tres participantes durante su infancia en el trabajo doméstico respecto a sus compañeras -continuaron participando en el mantenimiento del vestuario y apoyando el suministro de alimentos - y nulo trabajo de cuidado de sus hermanos/as u otros integrantes de la familia.

La distancia de estas prácticas desde la infancia está asociada a un reconocimiento negativo de las mismas: cuando en su adultez Margarita tuvo la solvencia económica para no trabajar remuneradamente, desaprobó el desarrollo de TDCNR como actividad exclusiva, considerando que promueve la disminución del capital económico propio, no posibilita la movilidad social, produce sensaciones asociadas a la insatisfacción y el estancamiento personal y la pérdida de tiempo. Así, la remuneración del trabajo doméstico se mantiene en dos núcleos familiares, particularmente por días: mujeres campesinas son contratadas para realizar las actividades más exigentes y demandantes, según las participantes (lavado y desinfección de pisos de toda la casa y limpieza de muebles y enseres). Esto permite reconocer que, ante la relación entre la equidad de género y el acceso a recursos económicos, estos últimos liberan tiempo para el abordaje de otras actividades y/o tipos de trabajo desde

la infancia y determinan los significados construidos por las participantes y sus familias en torno al TDCNR. El cuidado se organiza como una experiencia socioeconómicamente estratificada dentro de la organización social del cuidado, en tanto que el grado de libertad para decidir la manera de organizar el cuidado de las personas depende de los recursos económicos disponibles. Si el dinero equivale a tiempo, la ausencia de capital en los hogares empobrecidos implica tanto la imposibilidad de adquirir servicios de cuidado en mercado como la de liberar el tiempo para otras actividades como el trabajo productivo en el mercado, procesos educativos, autocuidado y ocio (Rodríguez, 2015).

Por otro lado, la pluriactividad documentada para las mujeres campesinas en el Capítulo I fue más evidente en el caso de las tres familias monoparentales con jefatura femenina. En el caso de la abuela de Lucía, el TDCNR coexistió en el hogar con el desarrollo del trabajo productivo. Sin embargo, en otros casos, en estas familias el trabajo agrícola productivo implicó frecuentemente la ausencia de la madre/abuela como única cuidadora en la infancia de las participantes, reconociendo las participantes como relevante la ausencia paterna (además del apoyo afectivo, asocian su cuidado al rol de proveedor y liberador del tiempo de las madres para el cuidado de hijos/as). Como parte de la socialización de la pluriactividad, se documenta la simultaneidad del TDCNR, los procesos escolares y el trabajo agrícola no productivo y productivo desde tempranas edades de las participantes. Rosa, por ejemplo, relata haber aprendido a labrar la tierra desde los diez años y comercializar leche de vaca desde esta misma edad, transportándola camino a su escuela durante dos horas por día. Nótese cómo la pluriactividad exige que un espacio o territorio sea empleado de manera compartida para realización de diferentes tipos de trabajo o actividades, señalando que el hogar-parcela no es el único territorio ni el trabajo agrícola productivo y no productivo la única relación relevante para comprender la simultaneidad de las actividades desarrolladas por las mujeres campesinas.

La menor infraestructura de bienes públicos en la ruralidad como factor que incrementa la carga de TDCNR en las mujeres campesinas fue corroborado (Hincapié y Parra, 2015; Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014). En la infancia de las participantes en el sector rural destacaron la ausencia adecuaciones en los hogares (particularmente el cambio de estufas de leña a eléctricas o de gas) y servicios públicos (agua

potable, electricidad y gas) para la realización del TDCNR, implicando afectaciones a la salud (por ejemplo, problemas respiratorios, dermatológicos y estomacales), mayor esfuerzo físico y menor disponibilidad de tiempo para las mujeres de las familias (el desplazamiento para la recolección de agua requirió entre una hora y ochenta minutos diariamente; en otros casos, la ausencia de luz eléctrica implicó que las jornadas diurnas fueran más cortas). Aun en su vida adulta, estas limitaciones constantemente se mantuvieron en las viviendas de las participantes. A estas se sumó la dificultad en la adquisición de electrodomésticos como un factor que disminuye el tiempo y frecuencia de realización de las actividades domésticas. La paulatina introducción de los mismos fue comprendida por las participantes como favorecedor de la calidad de vida de la familia.

Por otro lado, el cuidado desde una perspectiva comunitaria inicio frecuentemente en la juventud de las participantes: en esta etapa del ciclo de vida, Sara, Yenifer y Beatriz iniciaron el cuidado de enfermos y personas en situación de discapacidad y la organización de ritos comunitarios. Yenifer relata como significativa una experiencia en el marco del conflicto armado en la cual debió asistir con primeros auxilios a un civil, víctima de violencia por las FARC, trasladarlo al hospital y contactarlo con sus redes de apoyo. Este trabajo de cuidado comunitario se configura como relevante en un contexto donde la atención a la salud por la comunidad y entidades públicas fue restringida (Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013) y señalada como la manifestación de adherencia a intereses políticos o económicos. Este tipo de cuidado es actualmente socializado por Yenifer a sus hijos/as: ellos/as la acompañan mínimo dos horas a la semana buscando que se apropien del “sentido comunitario”, en palabras de la participante.

Durante la adolescencia y la adultez joven de las participantes, no en todos los casos la llegada de un hijo/a implicó el inicio de la convivencia con sus parejas. Rosa, por ejemplo, después del nacimiento de su primera hija convivió siete años con su familia de origen, asumiendo con exclusividad la responsabilidad del cuidado de la niña y apoyando económicamente a su madre desde el desarrollo de trabajo agrícola productivo. Después del embarazo adolescente de Margarita, también ella y su hija convivieron con la familia de origen. La continuidad del proceso educativo de esta participante exigió que la familia remunerara a una mujer para el cuidado de la niña. En la experiencia de Sara, ante la ausencia

de responsabilidad económica y afectiva por parte del padre de su hija, el TDCNR asumido con exclusividad por ella fue una forma de retribuir la sostenibilidad económica y la protección brindada por su núcleo familiar.

Más adelante, en la conformación de pareja, que como se mencionó en el capítulo pasado implicó la continuidad de los roles de género androcéntricos, las participantes asumieron la responsabilidad de la realización del TDCNR en la mayoría de los casos, aun cuando estuvieron empleadas o desarrollaron actividades productivas agropecuarias, reconociendo que su entrada al mercado laboral no afectó la división sexual androcéntrica del trabajo doméstico en los hogares (Moreno, 2017). Tan sólo en su primer matrimonio, Yenifer observó una tendencia a la equidad en la distribución de este tipo de trabajo: “Yo di con suerte porque no era de esas personas que usted en la casa y yo soy el que aporta”, siendo el tiempo de descanso de su pareja empleado para el trabajo doméstico no remunerado, desarrollando todo tipo de actividades contempladas en la ENUT. En el caso de las participantes cuyas familias remuneraron este trabajo, dicha experiencia no las eximió de comprenderlo como relevante en la conformación de pareja, contrariamente, Beatriz llegó a considerar como un impedimento para su compromiso matrimonial no haber aprendido gran parte de las actividades de trabajo doméstico desarrolladas en un hogar.

Así, en la conformación de pareja, ante el trabajo remunerado o agropecuario de carácter productivo, las madrugadas, noches o fines de semana fueron los espacios destinados a la realización de TDCNR por las mujeres; estos mismos fueron destinados por los jefes de hogar para el descanso. El inicio de la familia y la expansión de la misma fueron los momentos que representaron mayor tiempo empleado en el TDCNR y una carga global superior de trabajo para las participantes, señalando una cercanía con los resultados de Florez, Nava y Pacheco (2015). Esto también soporta que entre los 18 y los 30 años sean las edades en las cuales las mujeres dedican mayor cantidad de tiempo a este tipo de trabajo (Hincapié y Parra, 2015).

Ante la simultaneidad del trabajo productivo y el TDCNR, la escolarización de los hijos/as de las participantes inició más prontamente respecto a lo esperado en su contexto (seis meses y tres años, cuando lo usual era la edad de cinco años). Otra estrategia empleada por Lucía, Luz y Sara para enfrentar la pobreza de tiempo fue el apoyo parcial de otras mujeres (suegras y/o madres) en el cuidado de sus hijos/as o la remuneración a otra mujer externa a la familia

por el desarrollo del mismo (esto en las experiencias de Margarita y Beatriz). En el particular caso de Beatriz, la familia de su esposo tuvo como tradición emplear a mujeres para el trabajo doméstico y de cuidado, haciendo de su apoyo a la crianza de los niños/as de la familia su rol más relevante y teniendo como característica este vínculo su mantenimiento en el tiempo. Las “nanas” de esta familia pertenecieron además a una tradición cultural particular al ser “matronas boyacenses”. “Ceder” una nana parece dotarla de un grado de irremplazabilidad y particularidad respecto a otro tipo de trabajadoras domésticas, posiblemente por su especial rol de cuidado infantil y el fuerte vínculo construido con la familia; sin embargo, parece objetivarlas y restarles autonomía como trabajadoras.

Las tareas de cuidado desarrolladas por los jefes de hogar en esta etapa del ciclo familiar se relacionaron con el cuidado de los niños/as y tuvieron un carácter selectivo: acompañamiento en espacios de juego, asesoramiento en tareas y asistencia a enfermedades fueron las principales prácticas realizadas por ellos, dado que la higiene y el suministro de alimentos a ellos/as continuaron siendo prácticas desarrolladas por las mujeres. Las actividades de trabajo doméstico realizadas por los jefes de hogar estuvieron limitadas a la preparación de alimentos y el lavado de loza. En todos los casos destaca que la única actividad doméstica realizada equitativamente por todos los miembros de la familia fue el lavado de la ropa interior individual. De esta manera, se reconoce el paulatino incremento del compromiso de los hombres con la crianza de los niños y niñas -trabajo de cuidado-, superior al fortalecimiento de su participación en el trabajo doméstico (Wainerman, 2002, citado por Pombo, 2010).

Durante el desarrollo del ciclo de vida familiar, las familias que tuvieron una gran cantidad de hijos/as con edades similares involucraron una mayor cantidad de tiempo destinado por las participantes para el desarrollo de TDCNR. La experiencia de Rosa da cuenta de ello: su sexto embarazo a edad avanzada ha implicado el mantenimiento del trabajo de cuidado hasta la actualidad y la ascendente cantidad de trabajo doméstico con el crecimiento de su núcleo familiar. En estos casos, pero también en los núcleos familiares de menor tamaño, los jardines públicos fueron reconocidos como relevantes por las participantes para la liberación de tiempo. Como lo señala Nancy Fraser (Esquivel, 2015) la redistribución del TDCNR involucra a la sociedad en su totalidad; el que estado provea servicios de cuidado gratuitamente contribuye a redistribuir el cuidado y lo sitúa como una responsabilidad

compartida no solo entre hombres y mujeres dentro de los hogares, sino más allá de los mismos, concibiendo al cuidado como un derecho universal.

Como madres, las participantes propendieron por enseñar a sus hijos/as prácticas de TDCNR y actividades agrícolas desde tempranas edades y con un carácter progresivo -de acuerdo a la complejidad de las mismas-, desligándolas de la distinción basada en la diferencia sexual. Como Bonilla (2010) y Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna (2014) lo documentaron, ante los roles de género androcéntricos en la ruralidad y frecuentes situaciones de violencia de género, la socialización de roles de género alternativos en la crianza de los hijos/as se configura como una motivación relevante en la vida de las mujeres. Particularmente, la preparación de alimentos y la limpieza del hogar fueron socializadas por Rosa a sus hijos/as desde los ocho años, identificando esto como una actuación decisiva para la consecución de la equidad de género. Fue Yenifer quien identificó que la socialización de dicha equidad de manera verbal jugó un rol muy importante en la crianza de sus hijos/as: “Siempre les he dicho: en la casa hay igualdad, todos comemos, todos lavamos la loza, todos empuercamos ropa, todos lavamos. Desde más o menos los 12 años, cada uno lava la ropa”. Por su parte, actualmente hoy Luz valora negativamente no haber socializado actividades domésticas y de autocuidado a sus hijos acordes a su edad. Reconoce como un error haber asumido que realizar todo el trabajo doméstico era parte del cuidado ofrecido a su familia; contrasta la participación activa y autónoma que tienen sus nietos en el TDCNR cuando la visitan esporádicamente. En torno a este escenario, Margarita también identifica desde la experiencia con sus nietos que es más factible un cambio cultural desde la transición generacional.

En casos como los de Lucía o Fernanda, el ciclo de vida familiar tuvo como referente el retorno a la ruralidad luego de la residencia en Bogotá. Este tránsito implicó para las participantes mayor demanda de TDCNR, la adición del trabajo agrícola productivo y no productivo a sus jornadas laborales, menores espacios y actividades recreativas para los/as niños/as y mayor distancia con la familia extensa. Esto confirma que la ausencia de redes de apoyo -institucionales y comunitarias- para conciliar la vida familiar y las actividades del mercado laboral es un factor relevante para estudiar el TDCNR en el contexto rural (Osorio y Tangarife, 2015). Sin embargo, la migración documentada en esta investigación podría

indicar que estudiar la amplitud de la brecha de género en el TDCNR en este contexto, mayor que en la urbanidad (Osorio y Tangarife, 2015; Hincapié y Parra, 2015; Duque, 2015), requeriría contemplar, además de los roles de género androcéntricos, las demandas de productividad para el campesinado en términos generales. En el caso de las participantes, los factores que incrementaron para ellas el tiempo destinado al cuidado y el trabajo doméstico tuvieron cierta solvencia con el fácil acceso a servicios de cuidado públicos para sus hijos -asumiendo que en Bogotá este servicio requirió ser remunerado en varias ocasiones- (dicha facilidad contrasta con la ausencia casi total de los mismos cuando las participantes fueron niñas). Sin embargo, aunque el costo de vida disminuyó y aumentó la percepción de seguridad, Luz expresó insatisfacción ante esta decisión familiar dadas las primeras demandas mencionadas.

Actualmente, la realización del TDCNR como actividad asumida con exclusividad por las participantes es relativa y ya no definitiva como en el inicio del ciclo de vida familiar, dado que tan sólo en algunos casos la experiencia de algunas mujeres da lugar a observar la continuidad de la división sexual tradicional del trabajo: Lucía, cuya actividad principal es la realización del TDCNR -únicamente lo realiza remuneradamente una vez a la semana-, considera que su única dificultad es el hecho de que no gane dinero, a pesar de ocupar todo su tiempo en el mismo. El trabajo agrícola productivo, que le ha posibilitado a Rosa ser la principal proveedora económica de su hogar -aunque la jefatura de hogar es reconocida para su esposo-, ha coexistido con la continuidad de la responsabilidad exclusiva del TDCNR. Bajo esta continuidad, el no reconocimiento de este trabajo es persistente, como lo recuerda la anulación del esfuerzo de Yenifer por parte de su esposo: “usted no hace ni mierda, aquí el marica soy yo, el que trabaja, el que hace”.

En otros casos, paulatinamente las parejas han adoptado prácticas de TDCNR tendientes a la equidad, aunque la participación masculina en el mismo esta mediada permanentemente por condicionantes particulares. Margarita, por ejemplo, realiza conjuntamente este tipo de trabajo con su pareja cuando conviven en el apartamento de Bogotá; sin embargo, cuando él viaja a Quipile y se hospeda en la casa de ella, Margarita lo desarrolla con exclusividad. La parcialidad en esta redistribución también se presenta en Luz y su pareja: aunque buscan desarrollar colaborativamente el trabajo agrícola productivo y el doméstico en la mayoría de

los días, es ella quien realiza el aseo general de la vivienda una vez a la semana. En este hogar la disminución del TDCNR para la participante también ha tenido lugar desde motivaciones ambientales; planchar la ropa, por ejemplo, ha sido una práctica abandonada buscando la disminución del consumo de electricidad.

En suma, la diferencia estriba en que, aunque se mantiene la mayor participación y tiempo destinado por las participantes al TDCNR -aún en aquellos casos en donde se describió un acercamiento a la distribución equitativa del mismo desde la conformación de la pareja-, este ya no es realizado con exclusividad por ellas. Los jefes de hogar se han involucrado particularmente en el mantenimiento del vestuario y el suministro de alimentos, asumiendo que ellos *pueden* -tienen el conocimiento y la disposición-, aunque con menos frecuencia, realizar aún las tareas que consideran conjuntamente como menos favorables, como lavar los baños o hacer el aseo de pisos.

Estos paulatinos y parciales cambios en la distribución del TDCNR fueron reconocidos como significativos por las participantes, posibilitando dar continuidad a procesos productivos propios, disponer de más tiempo para actividades personales y ausentarse del hogar con tranquilidad, acercándose a la tendencia de la complejización del habitus de género de las mujeres campesinas, marcada por el tránsito al “ser para sí”, señalada por García (2016). Frente al mismo, el particular proceso de participación organizacional fue el factor mayormente asociado, y sólo en un caso el cuestionamiento de la realización con exclusividad por la participante del TDCNR tuvo lugar desde los conflictos con su pareja y la observación de la gran extensión de tiempo que él tiene para su descanso y recreación, implicando para ella mayor flexibilidad en torno a la distribución de su tiempo y la apertura a dar mayor relevancia a actividades personales.

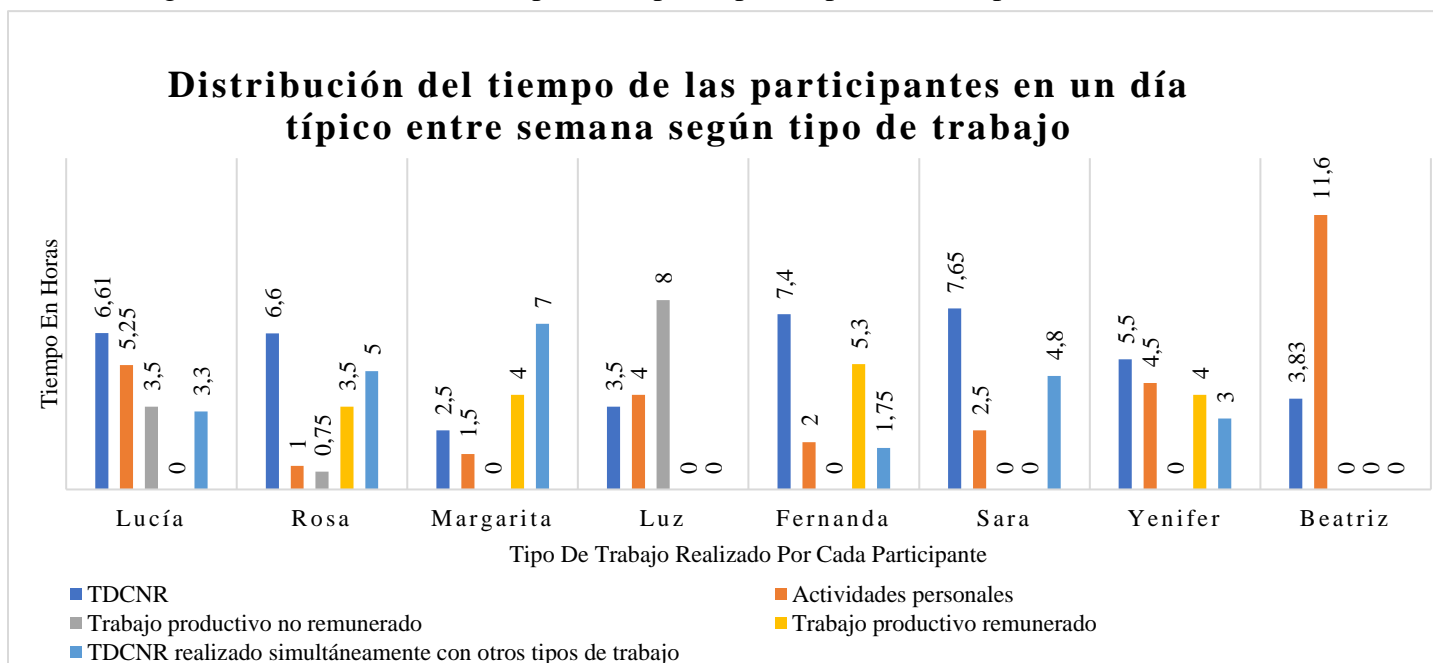
Finalmente, el apoyo de otras mujeres de la familia en el desarrollo del TDCNR es una constante en los casos de Margarita, Beatriz, Fernanda y Sara. En los dos primeros casos, sus madres participan en el suministro de alimentos, aunque no vivan con el núcleo familiar de las participantes. En la experiencia de Sara, el cuidado y crianza de hijos/as propios y los de su hija mayor han sido reasignados, dada la relación entre la etapa del ciclo de vida de los niños/as y las características del contexto (urbano/rural) (oferta educativa, costo de vida, seguridad).

Encuestas de uso de tiempo, una mirada a las actuales prácticas de TDCNR de las mujeres campesinas

Como se mencionó en la descripción de la metodología, las encuestas de uso del tiempo brindan a la investigación la posibilidad de describir las prácticas actuales de TDCNR a la luz del tiempo empleado por las participantes para su realización, caracterizándolas desde su relación con otros tipos de trabajo (trabajo remunerado y trabajo productivo no remunerado) y actividades (personales), demarcando su posible simultaneidad. Es importante señalar que los diarios de actividades fueron aplicados de manera asistida (Aguirre y Ferrari, 2014) o retrospectiva (Moreno, 2017), tomando como unidad básica de medida 24 horas, registrándolas a partir de intervalos de 15 minutos para un día típico entre semana y un día típico del fin de semana. La codificación de las actividades para el análisis de los datos se realizó a partir de la clasificación acogida por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística en el desarrollo de la ENUT 2016-2017 (DANE, 2018b) para las prácticas comprendidas dentro del TDCNR.

La Figura 3 presenta la distribución del tiempo de las participantes para un día típico entre semana. Resalta que el TDCNR es el que ocupa en promedio la mayor cantidad de tiempo (5.5 horas) para las participantes en su realización exclusiva, sobre las actividades personales (4 horas), el trabajo productivo no remunerado (1.5 horas) y el trabajo productivo remunerado (2.1 horas). Sin embargo, la realización simultánea del TDCNR y otros tipos de trabajo representa un promedio de 3.1 horas. La desagregación de dicha simultaneidad permite identificar que 54,4% de ese tiempo se comparte entre el TDCNR y trabajo productivo remunerado, lo cual soporta las difíciles condiciones en las que las mujeres ingresan al sector productivo de la economía. Aún más, que el 45,5% de la simultaneidad implique la realización de TDCNR y trabajo productivo no remunerado da cuenta del no reconocimiento y valoración de las actividades agropecuarias de las mujeres, estimadas como trabajo doméstico o ayuda a sus parejas. Sin embargo, tanto en el día entre semana como en el día del fin de semana, los promedios de tiempo para el trabajo productivo no remunerado (1,5 horas y 1,3 horas, respectivamente) no superaron las cerca de dos horas y media documentadas por Bonilla (2010) en el área rural de la capital colombiana.

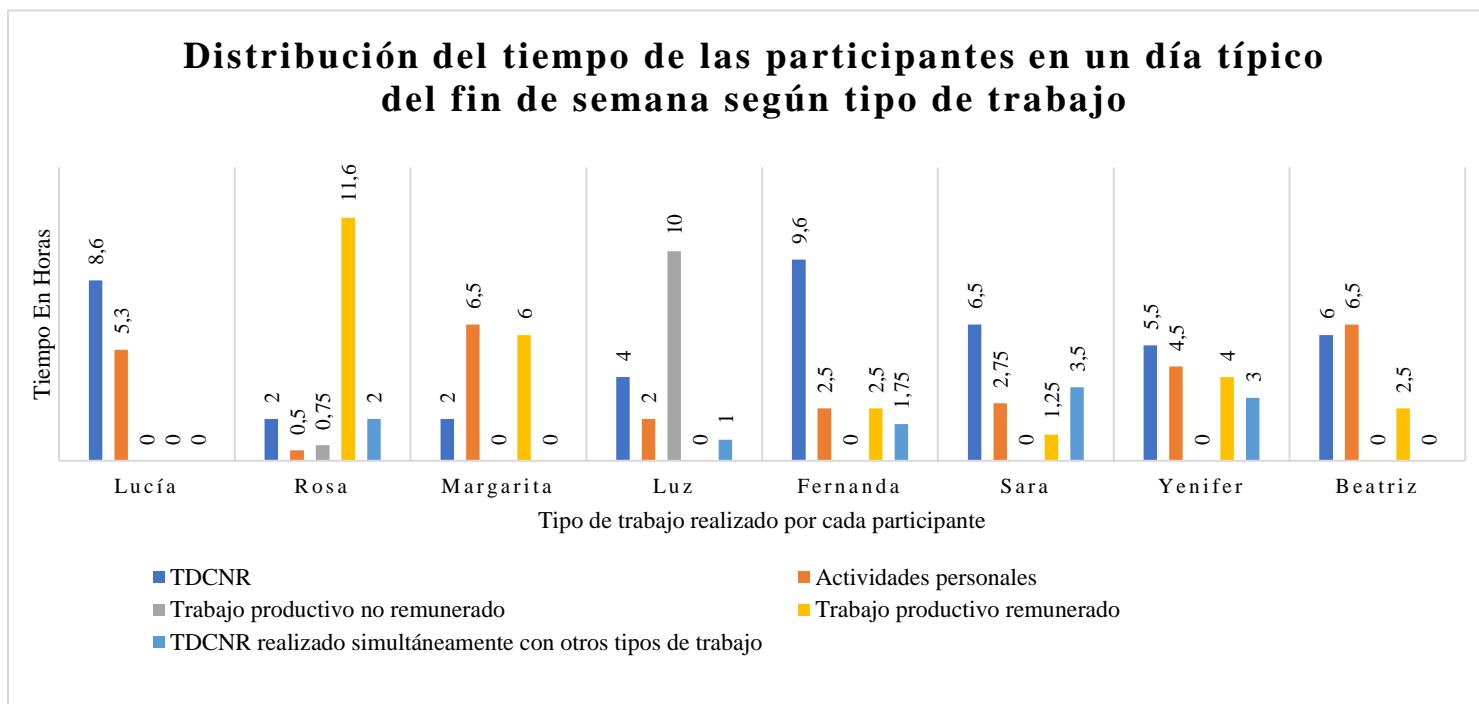
Figura 3. Distribución del tiempo de las participantes para un día típico entre semana



Fuente: Elaboración propia

La Figura 4 presenta la distribución del tiempo de las participantes para un día típico del fin de semana. En esta medición, la tendencia identificada para el día típico entre semana se mantiene: el TDCNR realizado de forma exclusiva ocupa un tiempo promedio superior, correspondiente a 5.5 horas, seguido por las actividades personales (3.8 horas), el trabajo productivo remunerado (3.48 horas) y el trabajo productivo no remunerado (1.3 horas). La simultaneidad de la realización de TDCNR y otros tipos de trabajo en esta medición no ocupa un lugar tan relevante en la distribución del tiempo de las participantes como en el día típico entre semana, asumiendo un tiempo promedio de 1.4 horas. De este el 53.3% corresponde a la realización simultánea de TDCNR y trabajo productivo no remunerado y el 46.6% al mismo y trabajo productivo.

Figura 4. Distribución del tiempo de las participantes para un día típico del fin de semana.

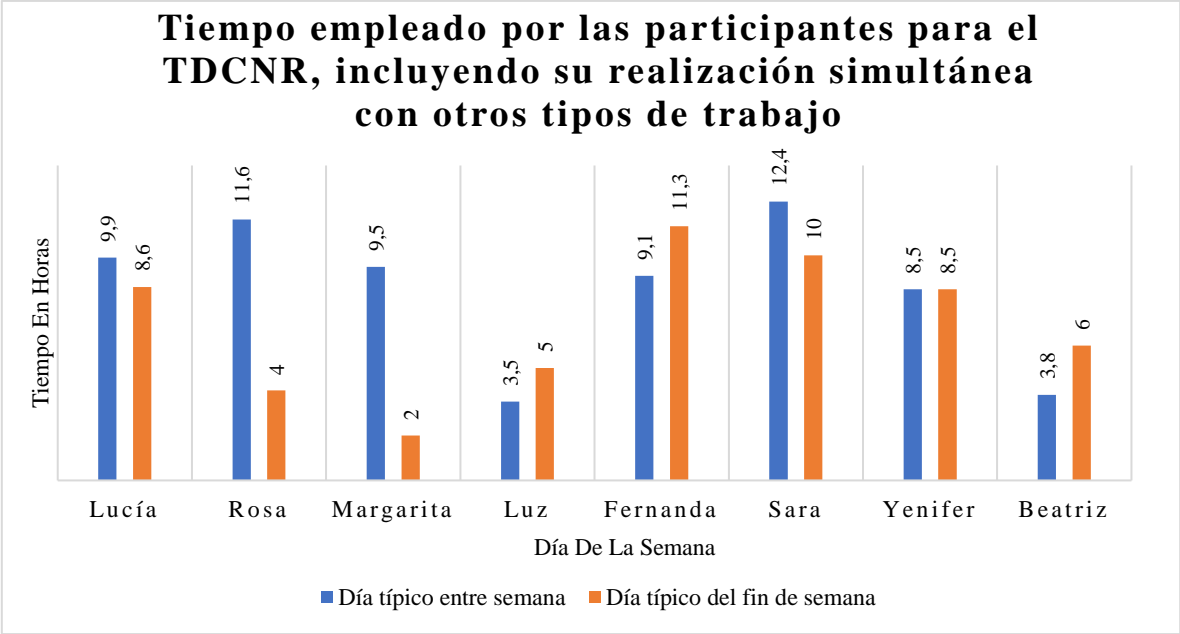


Fuente: Elaboración propia

La Figura 5 presenta el tiempo total empleado por las participantes en el TDCNR en las dos mediciones, teniendo en cuenta la sumatoria del tiempo simple y de su simultaneidad con otros tipos de trabajo. El promedio para el día entre semana fue de 8.5 horas y 6.9 horas para el día del fin de semana. En la primera medición el tiempo promediado supera el promedio diario documentado por la ENUT 2016-2017 (DANE, 2018b) para las mujeres campesinas (7 horas y 52 minutos); sin embargo, la medición del fin de semana es inferior a este promedio. Esto señala la importancia de diferenciar y medir la variabilidad de las prácticas de TDCNR en estos dos espacios, dada la constatación del cambio en las rutinas de las mujeres y de las familias campesinas. A su vez, en la mitad de los casos (cuatro) las participantes dedicaron más tiempo a este tipo de trabajo entre semana que en un día de fin de semana; en un caso el tiempo empleado en las dos mediciones fue el mismo y en tres fue superior en el día de fin de semana. La única participante que tiende a realizar TDCNR con exclusividad fue Lucía, dado que labora como trabajadora doméstica remunerada un día a la semana; en su caso, el tiempo total destinado al TDCNR fue de 9,9 horas en el día típico entre semana y 8,6 horas en el día típico del fin de semana, siendo superiores tanto al

promedio reportado para las mujeres campesinas por la ENUT 2016-2017 (DANE, 2018b) como al promedio documentado (6 horas y 6 minutos) para el 33% de las mujeres que realizaron de manera exclusiva este tipo de trabajo de acuerdo a la ENUT 2012-2013 (Moreno, 2017).

Figura 5. Tiempo total empleado por las participantes en el TDCNR

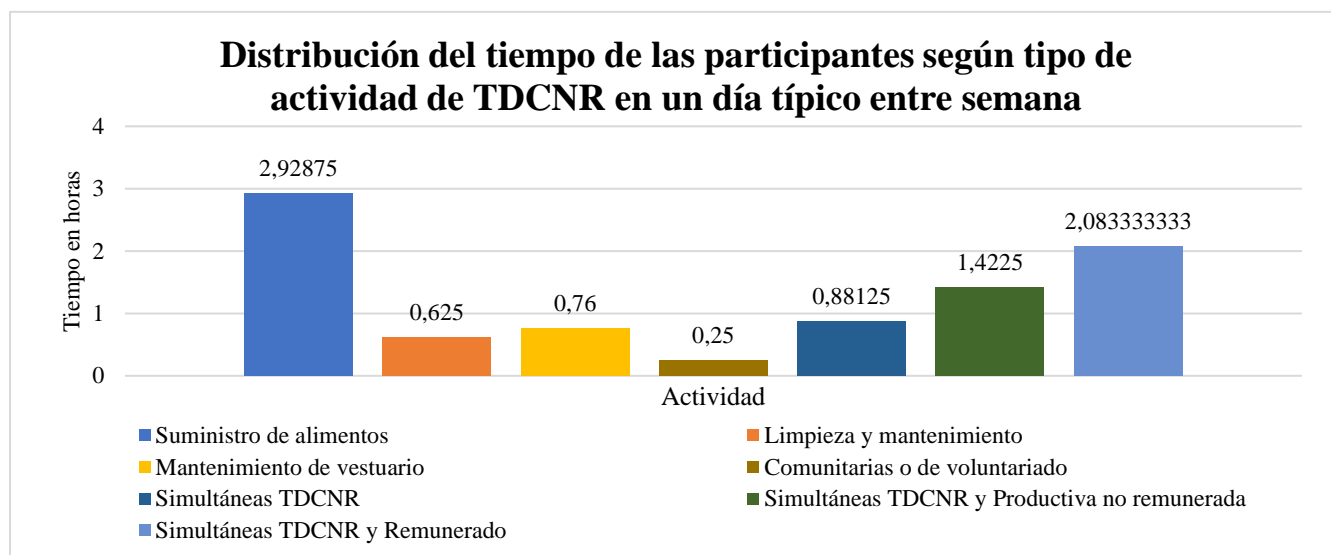


Fuente: Elaboración propia

Al hacer una revisión de la distribución del tiempo de las participantes según el tipo de actividad de TDCNR realizada se identifica que en un día típico entre semana la mayor cantidad de tiempo lo ocupa el suministro de alimentos, seguido por la realización simultánea de TDCNR y trabajo productivo remunerado. Una revisión detallada de esta simultaneidad permite identificar que mientras que las mujeres laboran remuneradamente, realizan frecuentemente suministro de alimentos y limpieza y mantenimiento del hogar. La simultaneidad de trabajo productivo no remunerado y TDCNR ocupa la tercera cantidad superior de tiempo; nuevamente, la práctica de TDCNR documentada en este registro fue el suministro de alimentos, esto teniendo en cuenta la distinción realizada de la preparación de alimentos para obreros y trabajadores agrarios como trabajo productivo no remunerado. Dentro de la realización simultánea de diferentes actividades de TDCNR se registraron el suministro de alimentos y mantenimiento de vestuario; mantenimiento de vestuario, limpieza

y mantenimiento y suministro de alimentos y cuidado de menores de 5 años. Así pues, el suministro de alimentos es en las participantes la actividad realizada con mayor frecuencia y la que implica mayor cantidad de tiempo para su realización.

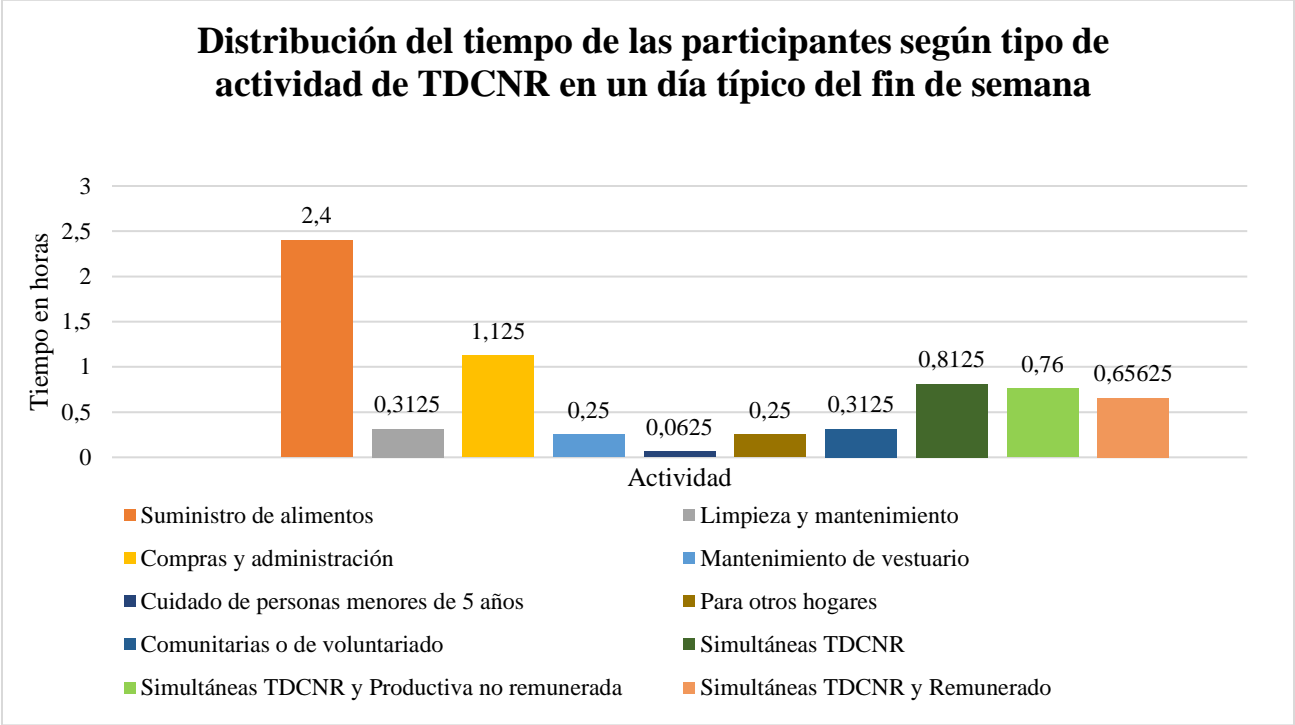
Figura 6. Distribución del tiempo de las participantes según tipo de actividad de TDCNR en un día típico entre semana



Fuente: Elaboración propia

La anterior tendencia identificada se mantiene en la distribución del tiempo de las participantes según el tipo de actividad de TDCNR en un día típico del fin de semana. Nuevamente el suministro de alimentos es la actividad mayormente desarrollada tanto en el tiempo simple, como en la simultaneidad con otros tipos de trabajo. Sin embargo, otras actividades de TDCNR desarrolladas con exclusividad sobresalen como la realización de compras y administración del hogar, el cuidado de niños/as menores de cinco años y la limpieza y mantenimiento del hogar.

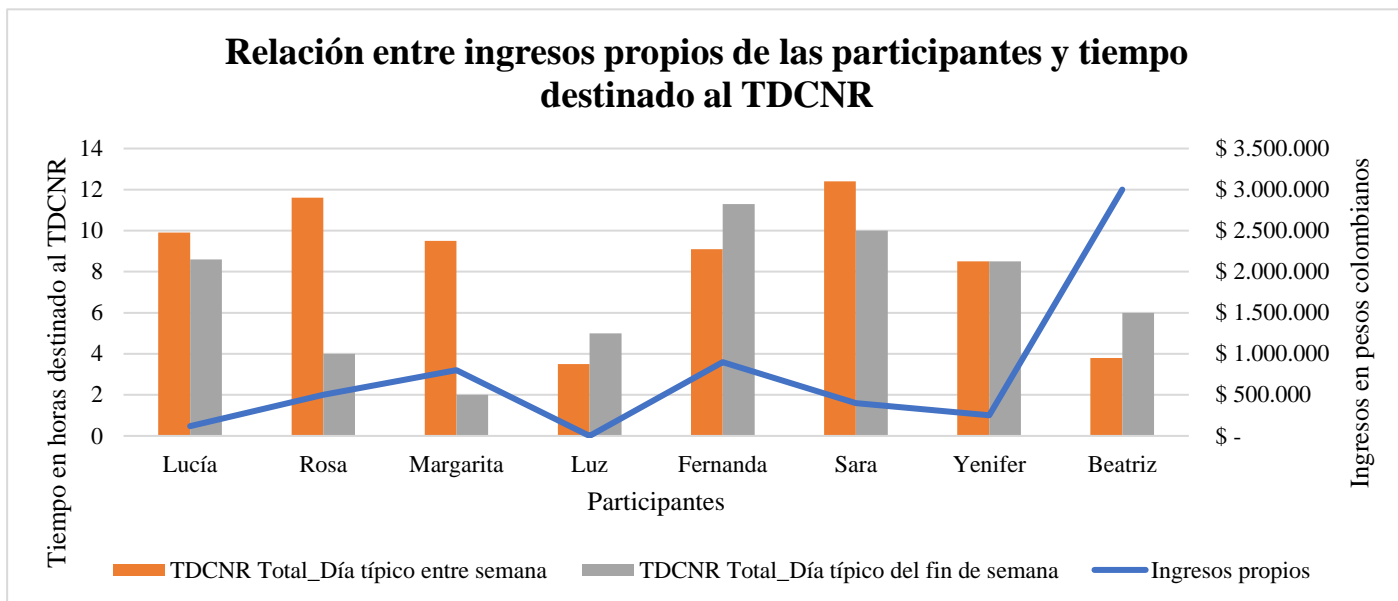
Figura 7. Distribución del tiempo de las participantes según tipo de actividad de TDCNR en un día típico del fin de semana



Fuente: Elaboración propia

Por otro lado, si bien la cantidad de participantes no posibilita hablar de una muestra estadísticamente representativa, los datos no permiten identificar una relación entre los ingresos propios de las participantes y la cantidad de tiempo destinado al TDCNR tanto en el día típico entre semana como en el día típico del fin de semana. Luz y Beatriz, quienes ocupan la menor y la mayor cantidad de ingresos, respectivamente, emplean tiempos similares para las dos mediciones, tal como lo demuestra la Figura 8. De esta manera, la correlación negativa entre los ingresos económicos y la dedicación de tiempo al TDCNR documentada por Moreno (2017) no fue corroborada en la experiencia de las participantes.

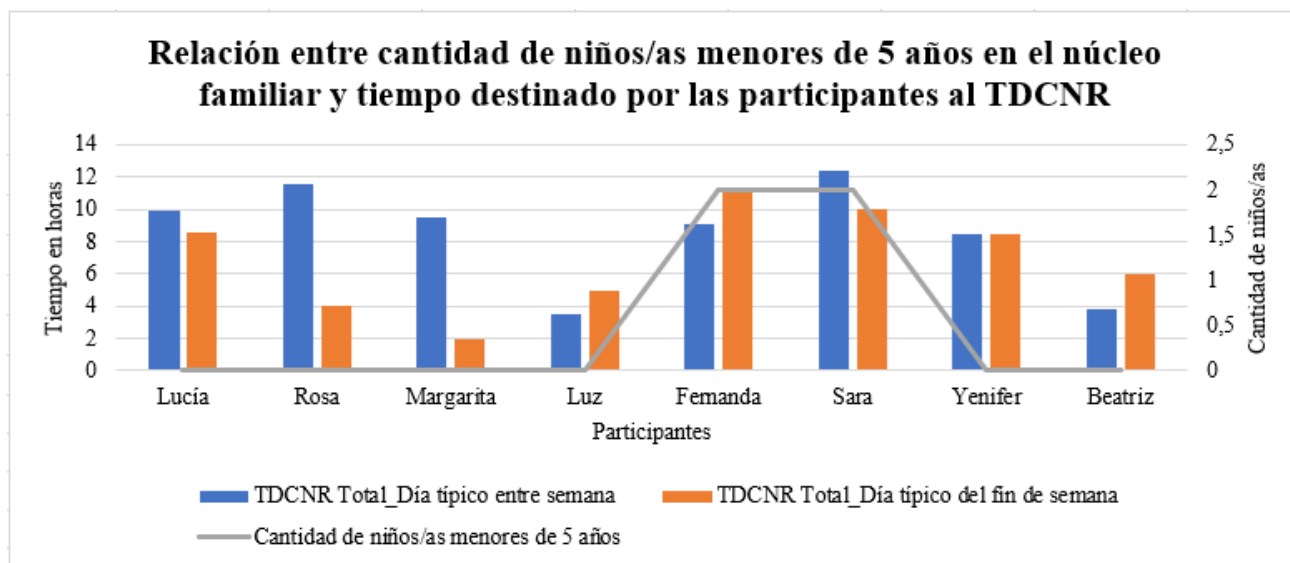
Figura 8. Relación entre ingresos propios de las participantes y tiempo destinado por ellas al TDCNR



Fuente: Elaboración propia

Respecto a la cantidad de niños/as menores de 5 años en el núcleo familiar, Fernanda y Sara son quienes realizan cada una el cuidado de dos de ellos/as. En el primer caso, la participante ocupa la mayor cantidad de tiempo empleado en el TDCNR en un día típico del fin de semana (11,3 horas) y en el segundo la mayor cantidad de tiempo empleado en el mismo en un día típico entre semana (12,4 horas) (Figura 9). Es importante señalar que estas dos participantes son quienes también tienen en sus familias 6 integrantes, siendo superadas únicamente por otra participante (Yenifer), cuya familia está compuesta por 7 personas. Estas dos variables, la cantidad de niños/as menores de cinco años y la cantidad de integrantes de la familia, fueron señalados por Duque (2015) e Hincapié y Parra (2015) como dos de las más significativas y determinantes de la cantidad de tiempo requerida por los hogares para la realización de TDCNR.

Figura 9. Relación ente cantidad de niños/as menores de 5 años en la familia y tiempo destinado por las participantes al TDCNR



Fuente: Elaboración propia

No se identifica una relación entre el nivel educativo de las participantes y el tiempo destinado por ellas al TDCNR, no siendo posible dar cuenta de la correlación negativa documentada para estas variables por Moreno (2017), Duque (2015) y Bonilla (2010). Las cantidades de tiempo inferiores empleadas para el TDCNR en las dos mediciones fueron identificadas en las participantes con niveles educativos inferiores. Finalmente, tampoco se observó para el grupo de participantes una relación entre sus edades y el tiempo empleado por ellas para la realización del TDCNR en las dos mediciones.

Abordaje del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en los procesos organizativos de ASOQUIPILEÑAS

Las diversas fuentes recuperadas permitieron identificar que al interior de la asociación no ha habido un abordaje explícito del TDCNR que posibilite la problematización de la división sexual del trabajo, si bien las asociadas consideran una constante que en los encuentros colectivos y casuales con las compañeras se hable frecuente e informalmente del cuidado de los hijos/as y el hogar; aunque esto no implica necesariamente una reflexión profunda en

torno a este tipo de trabajo, lo sitúa como relevante para las participantes. Pese a ello, se destaca el abordaje del TDCNR en encuentros grupales liderados por FEDEMUCC y OXFAM Canadá y su recuperación en la agenda electoral del municipio desde la visibilización de su valor económico en las cuentas nacionales y su imprescindible desarrollo para mantener la fuerza de trabajo desplegada en el sector productivo remunerado.

Reconociendo que el posicionamiento en el campo del género que las mujeres campesinas pueden adoptar al participar en una organización puede llegar a ser construido sobresalientemente a través de la interacción con agentes externos (Tafur, 2015), la participación diferenciada en los significativos procesos liderados por FEDEMUCC y OXFAM Canadá de acuerdo a los roles y antigüedad de las participantes dentro de la asociación ha implicado acercamientos también diferentes a la problematización de la división sexual del trabajo. Han sido las lideresas, las fundadoras y las asociadas más antiguas y participativas quienes han accedido a diálogos, talleres y socializaciones en donde se ha abordado el TDCNR. Ello corrobora que la movilización del habitus de género de las participantes y su tránsito hacia la homogeneidad depende del grado de significación de las interacciones entre los miembros y la antigüedad y roles ocupados dentro de la organización (Blanco, 2004).

Fernanda reconoce que frente a la problematización del TDCNR se ha socializado su necesaria realización equitativa en la familia: “del trabajo doméstico a nosotras nos enseñaron que debía ser equilibrado, eso lo hablamos en el encuentro de FEDEMUCC y en otros también lo hemos hablado”. En ese sentido, el relato de Luz presenta la relevancia de estas experiencias en los cambios paulatinos, aunque parciales, en la distribución de TDCNR en su hogar, mencionados en la sección anterior: “En la familia también han cambiado las decisiones, sabemos que tenemos que tomarlas los dos, se habla, se dialoga. Él me dice vamos a hacer esto y yo le digo si, si lo hacemos. En eso si ha servido, ha mejorado. Las tareas también han cambiado porque mientras uno va haciendo oficio, el otro va haciendo el desayuno y antes no era así. Antes siempre tocaba esperar que yo bajara a hacer de comer. Si él esta acá le toca organizar. Cuando no está uno es muy duro porque se recarga el trabajo. Todo esto nos ha servido para aprender”.

Por su parte, Fernanda también identifica una relación entre estas experiencias colectivas y el fortalecimiento de las relaciones familiares a través de estrategias de comunicación asertiva, relevantes en la distribución de las prácticas de trabajo doméstico y de cuidado y en su participación en la organización: “Pues nosotros hemos estado acostumbrados juntos a hacer las cosas, pero la organización me ha servido mucho. Yo a veces también era muy autoritaria y me enojaba porque no se hacían las cosas, porque no se hacían las cosas cuando yo decía y como yo decía, entonces eso me ha ayudado a mí a equilibrar el temperamento. Ha cambiado más la relación que las tareas mismas” [...] “si...porque por ejemplo yo me iba a los encuentros y yo llegaba y no encontraba mi casa vuelta nada porque yo le decía mire...si yo no estoy, sumercé tiene que aquí mirar por las cosas de la casa, el negocio y eso...y él lo hacía y no se ponía bravo porque me fuera ni nada”[...]“La calidad de vida de mi familia si ha mejorado con la Asociación. Todo lo que uno aprende uno lo aplica en la casa, les cuenta...entonces las cosas se van alivianando, las cargas...”.

Frente a los hallazgos de la FAO (1991, citado por Villareal, 2004) y Villareal (2004), la transición y la condicionalidad que los autores reconocen, respectivamente, frente los cambios que trae consigo la asociatividad de las mujeres campesinas en sus relaciones familiares y, particularmente, en la distribución del TDCNR, los resultados de la investigación señalan a estos dos procesos como complementarios y no excluyentes. En las participantes donde las interacciones con las compañeras han sido más significativas, la antigüedad ha sido mayor y roles ocupados dentro de la organización se han denotado como más relevantes, las relaciones familiares paulatinamente se han transformado, valorando positivamente y dando reconocimiento a los procesos de capacitación, las prácticas, las nuevas habilidades y los proyectos desarrollados por las mujeres, movilizandoy flexibilizando los roles de género, si bien parte de la transición ha implicado que algunas prácticas sean distintiva y rígidamente femeninas, signando la parcialidad de la redistribución de las cargas de los diferentes tipo de trabajos.

Allí donde el estudio de Medrano y Villar (1988) fue reconocido como el más cercano a los objetivos de la investigación, los resultados de la misma no convergen con los hallazgos del primero en tanto que los procesos organizativos si llegan a posibilitar el replanteamiento y las responsabilidades según el género respecto al trabajo doméstico reproductivo. El

cuestionamiento de la división sexual del trabajo es posible y está relacionado con las características de la participación, la antigüedad y los roles ejercidos por las mujeres dentro de la organización. Esta misma no necesariamente incrementa y exige más eficiencia en el trabajo tradicionalmente desarrollado por las mujeres, dado que la redistribución del TDCNR permite una mayor flexibilización de sus prácticas y organización de su tiempo. Si bien la presente investigación corrobora el potencial de los cambios culturales en la intergeneracionalidad, la transformación del habitus de género, de las prácticas de TDCNR y de la división sexual del trabajo también encuentra un lugar fecundo en las relaciones de pareja, aun cuando la jefatura de hogar no se vislumbra como compartida y se sitúa en el varón.

Finalmente, todas las participantes consideraron oportuno que ante el no reconocimiento de los hombres de la comunidad del TDCNR realizado por las mujeres y de ellas mismas de sus recursos personales, capacidades y trabajos propios¹⁵, es conveniente que la asociación planifique y desarrolle estrategias comunitarias que propendan por fortalecer la equidad y la redistribución de las actividades domésticas, dado que desaprueban que en los hogares las mujeres sean quienes más trabajan.

Implicaciones de la participación organizativa en el desarrollo del TDCNR de las mujeres campesinas

La participación de las mujeres en la organización se dificulta ante la carga de trabajo remunerado y TDCNR. En el primer caso la asistencia a encuentros colectivos puede llegar a implicar la simultánea comercialización de los productos de las mujeres, la interrupción de la participación en la reunión para cumplir con las metas productivas propias -asumiendo además que las largas distancias entre el centro urbano y las viviendas de las mujeres les implica una menor disponibilidad de tiempo y un control más minucioso del mismo- o el pago a una trabajadora que reemplace sus funciones en sus parcelas o centros productivos.

Por otro lado, ante la dificultad de conciliar la responsabilidad asumida por las asociadas frente a la realización del TDCNR en sus hogares y su participación en la organización, las

¹⁵ Margarita, particularmente, situó el auto reconocimiento de las mujeres de su trabajo y posición social como una condición precedente para la exigencia del reconocimiento de estos por los hombres.

soluciones intentadas han sido: a) no asistir a los encuentros grupales acordados b) negociación del tiempo: avisar a los jefes de hogar con semanas de antelación la fecha de la reunión para redistribuir las tareas con otros familiares durante el espacio de tiempo en el que las mujeres están ausentes c) reponer el tiempo de TDCNR: realizar la misma carga de este tipo de trabajo en horarios de descanso, implicando una disminución de las horas de sueño y tiempo personal: “El viernes, que la reunión era a las 4 de la tarde, yo me levanté, hice desayuno, almuerzo, eché ropa a la lavadora, barrí, organicé y me fui en el bus de 12 para estar a las 4 de la tarde”. En todos los casos cada reunión actualiza un conflicto basado en división sexual del trabajo que devela el poco acceso de las mujeres a tiempo libre y/o personal y tiempo destinado a la participación social y política, siendo el descanso de los hombres el comprendido en la mayoría de los casos como impostergable.

Así mismo, el trabajo de cuidado de niños/as menores de cinco años ha limitado la participación de varios miembros de una misma familia en los encuentros grupales organizados por la asociación, siendo la priorización del relevamiento intergeneracional de la misma una condición que distancia a las participantes de sus procesos organizativos. El relato de Fernanda da cuenta de ello: “si yo voy a participar, a Yeimy le toca quedarse con los niños. Entonces a veces yo me quedaba con los niños y ellos iban, yo los animaba para que se metan en el cuento, de pronto es más productivo para ellos que no para mí misma” [...] “A mi si me gustaría que ellos entren, así me tenga que alejar un poquito...ellos tienen un proyecto de vida que apenas están comenzando y tienen a quien levantar todavía, necesitan más apoyo ellos”.

Por otro lado, el desarrollo de las funciones de los cargos de la junta administrativa, en especial las de la presidenta y la secretaria general, han implicado una mayor cantidad tiempo destinado al cuidado comunitario. Dentro de los encuentros grupales, este tipo de trabajo, particularmente destinado al suministro de alimentos, es realizado por pocas mujeres -dos o tres-, implicando su ausencia temporal de la participación y la toma de decisiones, si bien se documenta que el espacio de la alimentación es percibido por las asociadas restantes satisfactoriamente como una práctica de cuidado, reconocida como poco frecuente y propiciadora de interacciones más cercanas entre las mujeres.

CONCLUSIONES

Frente a las limitaciones del imperante abordaje cuantitativo de la economía del cuidado del TDCNR en Colombia, la investigación partió de su comprensión como un territorio de las relaciones de género, entendido este último no como un atributo de los individuos sino como una posición ocupada dentro de una estructura de relaciones de fuerza que se disputan el reconocimiento social como un capital simbólico (Bourdieu, 2000). Así, partiendo de la brecha de género frente al TDCNR más amplia en el contexto rural respecto del urbano (Osorio y Tangarife, 2015; Hincapié y Parra, 2015; Duque, 2015), el objetivo investigativo contempló la descripción de las prácticas de trabajo doméstico y del cuidado no remunerado de mujeres campesinas como ámbito de conflicto entre la dominación androcéntrica representada por la jefatura de hogar masculina y la participación de ellas en la Asociación de Mujeres Rurales Emprendedoras de Quipile -ASOQUIPILEÑAS-, dando esta cuenta de una posición herética frente a la primera.

El abordaje biográfico de los procesos de socialización del género permitió reconocer la constitución de roles de género androcéntricos y una división sexual del trabajo tradicional en las familias de origen de las ocho participantes, caracterizadas por jefaturas de hogar masculinas, en la mayoría de los casos. La marcación de los espacios interiores y exteriores de la misma parcela familiar fue relevante en el desarrollo de prácticas basadas en la distinción de género: los hombres llevaron a cabo actividades asociadas a la fuerza o el trabajo extenuante fuera de la vivienda, implicando su no participación en las prácticas de cuidado un distanciamiento afectivo con sus hijos y parejas. Por su parte, las madres y las abuelas -ante la ausencia de las primeras- se constituyeron como el principal modelo de socialización del género para las participantes, consolidando desde la infancia el rol de cuidadoras. El trabajo doméstico fue desempeñado por ellas desde temprana edad y de manera progresiva en relación a la complejidad y esfuerzo físico demandado por las actividades, signando desde la infancia el carácter permanente del TDCNR en la vida de las mujeres (Carrasco, 2001, citado por Florez, Nava y Pacheco, 2015). El mantenimiento del vestuario y el suministro de alimentos fueron las prácticas apropiadas más prontamente.

Sin embargo, se destaca la socialización de la pluriactividad de las mujeres campesinas como una característica que sería relevante y regular en la historia de vida de las participantes,

identificándose la simultaneidad del TDCNR, los procesos escolares y el trabajo agrícola no productivo y productivo desde tempranas edades. La pluriactividad jugó un rol más relevante en las tres familias de origen con jefatura de hogar femenina, donde las madres/abuelas desarrollaron el TDCNR a la par del trabajo productivo. De esta manera, la pluriactividad como una característica que complejiza los procesos organizativos de las mujeres campesinas (Villareal, 2004) es claramente un proceso previo a los mismos.

Asimismo, la producción agrícola y la tenencia y uso de la tierra, como factores que favorecen la autonomía de las mujeres y posibilitan la transformación de las prácticas de género (Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas, 2013; Tafur, 2015; Villareal, 2004), fueron actividades desarrolladas desde la infancia y sin distinción de género en las familias de origen de las participantes, no constituyéndose como un proceso diferencial de la organización de mujeres campesinas. Sin embargo, frente a la pluriactividad y la participación agrícola de las mujeres como transformaciones culturales relevantes, fue frecuente la afirmación de la posición hegemónica androcéntrica mediada por la violencia basada en el género. Esta usualmente fue desaprobada por las participantes, marcando una distancia con sus madres/abuelas, quienes propendieron por aceptar pasivamente estas expresiones de dominación.

Por otro lado, se constató que el TDCNR es un factor de disminución de las probabilidades de continuidad de los procesos educativos de las mujeres campesinas (Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014). La desescolarización también estuvo relacionada con el ingreso al trabajo remunerado para hombres y mujeres, si bien para ellas el primer trabajo remunerado estuvo asociado al trabajo doméstico y de cuidado, en condiciones de explotación infantil y precariedad. El desarrollo de este trabajo de manera no remunerada también tuvo lugar en la infancia de las participantes como mecanismo de compensación del cuidado y/o apoyo económico de una persona externa al núcleo familiar. En términos generales, remunerada o no remuneradamente, el trabajo doméstico y de cuidado estuvo signado por su infravaloración, siendo empleado por las participantes como una estrategia para solventar deficiencias económicas y suplir la presencia estatal (Almeida, 2017).

En esta línea, el TDCNR tuvo como factor de incremento la menor infraestructura de bienes públicos en la ruralidad (corroborando los hallazgos de Hincapié y Parra (2015) y Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna (2014)) y la ausencia adecuaciones y servicios públicos en los hogares, implicando afectaciones a la salud, mayor esfuerzo físico y menor disponibilidad de tiempo de las mujeres de las familias.

En los tres casos en donde las familias de las participantes tuvieron holgura económica, la división sexual del trabajo mantuvo la distribución por género tradicional. En estas familias, aunque se pagó a mujeres externas al núcleo familiar por la realización del trabajo doméstico, la madre/abuela de las participantes fue quien asumió las tareas de cuidado de los/as niños/as. Este soporte externo también implicó un menor involucramiento de las participantes en las prácticas de TDCNR y estuvo asociado a un reconocimiento negativo de las mismas y a la continuidad en la vida adulta de la remuneración del trabajo doméstico a otra mujer. Asimismo, en estas familias hubo una flexibilización del androcentrismo relacionado con las normas, espacios de recreación y responsabilidades socializadas; ejemplo de ello fue el acceso al aprendizaje de roles administrativos para las mujeres dentro de los emprendimientos familiares y horarios de salidas equiparables para los dos géneros. En ese sentido, el cuidado se organiza como una experiencia socioeconómicamente estratificada dentro de la organización social del cuidado, en tanto que el grado de libertad para decidir la manera de organizar el cuidado de las personas depende de los recursos económicos disponibles. Como lo afirma Rodríguez (2015), si el dinero equivale a tiempo, la ausencia de capital en los hogares empobrecidos implica tanto la imposibilidad de adquirir servicios de cuidado en mercado como la de liberar el tiempo para otras actividades como el trabajo productivo en el mercado, procesos educativos, autocuidado y ocio.

No en todos los casos la llegada de un hijo/a implicó el inicio de la convivencia de las participantes con sus parejas; en estas condiciones, ellas asumieron con exclusividad el cuidado del niño o niña. Sin embargo, para la mayoría de las participantes, en la conformación de la pareja la percepción de cuidado, respaldo, seguridad y estabilidad económica fueron elementos que primaron para iniciar la convivencia, todos ellos sobre el vínculo afectivo. El apego a la familia y la casa fueron características asociadas a las mujeres desde la socialización primaria, presentes también en esta etapa del ciclo de vida de las

participantes; la incondicionalidad de la maternidad, la responsabilidad, la organización, la disciplina y la primacía de las necesidades de la familia sobre las propias fueron los significados asociados a las prácticas de TDCNR.

Así, en todas las historias de las mujeres resalta en la conformación de la pareja la continuidad de los roles tradicionales de género (proveedor/cuidadora) proferidos por las familias de origen, aun cuando las mujeres estuvieron empleadas o desarrollaron actividades productivas agropecuarias, asumiendo que la entrada de las mujeres al mercado laboral no afectó la división sexual androcéntrica del trabajo (Moreno, 2017; Monroy y Olarte, 2015). Prueba de ello es la responsabilidad asumida con exclusividad por las participantes del desarrollo del TDCNR, el cual fue realizado por las mujeres en las madrugadas, noches o fines de semana, siendo estos espacios destinados por los jefes de hogar para el descanso. De esta manera, el inicio de la familia y la expansión de la misma fueron los momentos que representaron mayor tiempo empleado en el TDCNR y una carga global superior de trabajo para las participantes, señalando una cercanía con los resultados de Florez, Nava y Pacheco (2015) e Hincapié y Parra (2015). Una gran cantidad de hijos/as con edades similares en las familias implicó una mayor cantidad de tiempo destinado por las participantes para el desarrollo del TDCNR.

Otra expresión de la continuidad del androcentrismo evidenciada fue la violencia basada en el género presente en cinco de los ocho casos en esta etapa del ciclo de vida familiar: distanciamiento de la red de apoyo emocional y económico, violencia verbal, física y sexual asociada al consumo de alcohol, administración de recursos económicos propios o la ausencia del aporte de los mismos y celos, fueron sus principales manifestaciones. Si bien nuevamente las mujeres se posicionaron desde el rechazo, se identificó la imposibilidad de expresarlo a sus parejas de forma asertiva y comunicar su insatisfacción con la continuidad de la relación de pareja, mantenida en tres casos por el bienestar de los/as hijos/as.

A pesar de la continuidad del androcentrismo en las relaciones de pareja, las prácticas de crianza de las mujeres marcaron un distanciamiento hacia el mismo, constatando que la socialización de roles de género alternativos a los hijos/as se configura como una motivación relevante en la vida de las mujeres (Bonilla, 2010; Alberti-Manzanares, Zavala-Hernández, Salcido-Ramos y Real-Luna, 2014). Esto no fue así en las pautas socializadas a los/as niños/as por parte de los jefes de hogar, quienes propendieron por dar continuidad en la

mayoría de los casos a prácticas androcéntricas. Asimismo, el cuidado proferido por ellos tuvo un carácter selectivo, como también la realización de prácticas de cuidado indirecto relacionadas con el trabajo doméstico, si bien el fortalecimiento del primero fue superior a la participación en el segundo aspecto, compartiendo los hallazgos de Wainerman (2002, citado por Pombo, 2010).

Ahora bien, las diversas fuentes y técnicas empleadas en el método etnográfico posibilitaron identificar que no hay un habitus de género grupal asimilado por todas las integrantes de ASOQUIPILEÑAS, dado que la constitución de una posición herética frente al androcentrismo es posible de observarse con claridad únicamente en las lideresas, algunas fundadoras y las asociadas con mayor antigüedad o con un cargo relevante o significativo dentro de la organización, si bien se reconoce una tendencia hacia la concordancia entre los habitus de las agentes movilizadoras y las disposiciones de quienes se reconocen en sus prácticas discursivas y no discursivas (Bourdieu, 2007), materializados en la complejización de la identidad de todas las asociadas, caracterizada por el tránsito al “ser para sí” (García, 2016) y una distancia de las prácticas androcéntricas como legítimas y naturales.

Allí donde en términos organizativos los intereses estratégicos lentamente han tomado protagonismo en la trayectoria de la asociación, como es frecuente en las organizaciones de mujeres campesinas en Colombia (Tafur, 2015), las asociadas con menor antigüedad propenden por centrar sus motivaciones para participar en la organización en el componente productivo. Ello ha implicado que consideren que participar en la asociación no ha mejorado la calidad de vida de su familia y no observen grandes avances en los procesos liderados por la organización. Contrariamente, quienes han participado en el paulatino crecimiento de la asociación y se percataron de que la autonomía económica de las mujeres es una medida indispensable para solventar sus necesidades básicas, pero no suficiente para disminuir su dependencia hacia los hombres y prevenir la emergencia de otros tipos de violencia basada en el género, actualmente avanzan por abordar el desarrollo integral de la mujer campesina Quipileña, centrando sus motivaciones en aspectos afectivos y sociales (como la construcción de vínculos con otras mujeres, el desarrollo de actividades recreativas diferentes al trabajo productivo y doméstico y la construcción de nuevos aprendizajes) y valorando positivamente

su experiencia dentro de la asociación en tanto que ellas como sus familias han adquirido habilidades relacionales y ambientales relevantes.

Las fundadoras y lideresas, entre quienes existen vínculos afectivos más significativos, cercanos y prolongados, tienden a señalar que el objetivo de la organización tiene un carácter social, relacionado, por ejemplo, al bienestar y el “empoderamiento” de la mujer, y que tal puede solo construirse desde el trabajo entre y para las mujeres e involucra su valorización y la transición de su participación exclusiva en el ámbito privado al público y económico. Asimismo, desde la fundación es para las asociadas con estas características la organización un espacio hereje ante la dominación masculina que implica la exclusión de la participación de hombres, pues existe la creencia colectiva de que ellos se apropian del trabajo y el esfuerzo de las mujeres y tienden a desestimar y dificultar sus procesos de liderazgo y organización. Es la asociación para ellas también un espacio que se distancia de un ideal unívoco de la mujer campesina; hay una clara referencia a defender y respetar la diversidad de expresiones del ser mujer y tan sólo una convergencia frente a la distancia que debe construirse con la feminidad tradicional. Este mismo posicionamiento hereje ha implicado para las lideresas de la organización asumir el rol de socializadoras de prácticas que respondan al mismo, como la visibilización de los derechos de las mujeres, la promoción de herramientas para la identificación de las violencias basadas en el género y la presentación valores y comportamientos relevantes para las relaciones entre ellas (particularmente en torno a la sororidad).

En palabras de la Secretaria de la Junta Directiva, al interior de la organización el posicionamiento hereje de las fundadoras y lideresas ha implicado una apuesta consciente por la construcción de vínculos entre las asociadas que superen la relacionalidad vertical impuesta por el patriarcado e implícita en diversos ámbitos del desarrollo social, político y económico. La asociatividad es en sí misma una práctica relacional basada en la igualdad, la no competitividad, la participación y la colectividad, crítica con los grandes capitales y posibilitadora de poder para las mujeres campesinas. Pese a todas estas claridades, en la experiencia de las nuevas asociadas y en el proceso de acompañamiento brindado por la lideresas, destaca en las primeras la consecución de la violencia de género como una experiencia privada y propia del contexto familiar y en las segundas la implementación de

estrategias flexibles, tácitas y poco profundas en el abordaje colectivo de posición contrahegemónica en mención. En estos procesos de transformación del habitus individual/androcéntrico hacia el colectivo/herético posiblemente estén presentes coacciones impuestas por los juicios y preferencias que los esquemas dominantes de interacción imponen en el contexto familiar y comunitario. En definitiva, estas coacciones pueden llevar a una disociación entre las vivencias en torno al género compartidas como grupo de mujeres y las cotidianas, dando cuenta en muchas ocasiones del contraste existente entre lo discursivo y las prácticas y/o entre lo público y lo privado, ausentando a las mujeres de la posibilidad de recibir apoyo social. Desde un acercamiento a la experiencia subjetiva, García (2016) permite comprender que frente a estas coacciones tiene lugar una externalización selectiva de los capitales simbólicos apropiados a partir de lo que Roccas y Brewer (2002, citados por García, 2016) reconocen como una estrategia de compartimentación de la identidad, que responde instrumentalmente a la necesidad de autoprotección y evitación de violencias de género.

La transformación parcial del habitus de género dentro del contexto organizacional identificada a través de los métodos etnográficos converge con la experiencia reciente y actual de las participantes en sus familias -documentada en los métodos biográficos-, en particular a la luz de las características de la participación en ASOQUIPILEÑAS de las ocho mujeres entrevistadas. Considerando que frente a la transición y la condicionalidad que la FAO (1991, citado por Villareal, 2004) y Villareal (2004) reconocen, respectivamente, frente los cambios que trae consigo la asociatividad de las mujeres campesinas en sus relaciones familiares y, particularmente, en la distribución del TDCNR, los resultados de la investigación señalan a estos dos procesos como complementarios y no excluyentes. En las participantes donde las interacciones con las compañeras han sido más significativas, la antigüedad ha sido mayor y roles ocupados dentro de la organización se han denotado como más relevantes, las relaciones familiares paulatinamente se han transformado y los roles de género se han flexibilizado, valorando positivamente los procesos de capacitación, las nuevas habilidades y los proyectos desarrollados por las mujeres, si bien parte de la transición ha implicado que algunas prácticas sean distintiva y rígidamente femeninas, signando la parcialidad de la redistribución de las cargas de los diferentes tipo de trabajos.

Paulatinamente las parejas han adoptado prácticas de TDCNR tendientes a la equidad, aunque la participación masculina en el mismo esta mediada permanentemente por condicionantes particulares (los hombres se involucran particularmente en el mantenimiento del vestuario y el suministro de alimentos y realizan, con menos frecuencia, las tareas consideradas como menos favorables -como lavar los baños o hacer el aseo de pisos-). Aunque se mantiene la mayor participación de las participantes al TDCNR y esta actividad se constituye como la que más tiempo demanda para ellas¹⁶, con un promedio total -sumatoria tiempo simple y simultaneo con otro tipo de actividades- para el día típico entre semana de 8.5 horas y de 6.9 horas para el día típico del fin de semana, este actualmente ya no es realizado con exclusividad por ellas como en su familia de origen y las primeras etapas del núcleo familiar propio.

Como datos relevantes, los diarios de actividades posibilitaron identificar que, tanto en un día típico entre semana como en uno típico del fin de semana, la actividad de TDCNR que demanda mayor cantidad de tiempo para las participantes es el suministro de alimentos, tanto en su realización simple como en su simultaneidad con otras actividades de TDCNR y otros tipos de trabajo. Asimismo, los datos no permitieron identificar una relación entre el ingreso propio de las participantes, su nivel educativo y su edad y la cantidad de tiempo destinado al TDCNR. Contrariamente, la cantidad de niños/as menores de cinco años y la cantidad de integrantes de la familia fueron variables presentes en las experiencias de las mujeres que destinaron mayor cantidad de tiempo en el TDCNR, siendo las mismas señaladas por Duque (2015) e Hincapié y Parra (2015) como determinantes de la cantidad de tiempo requerida por los hogares para la realización de este tipo de trabajo.

Resalta la confirmación por las participantes de la relación entre la transformación parcial del habitus de género dentro del contexto organizacional y su experiencia familiar actual, siendo para ellas el proceso de participación organizacional el factor mayormente asociado a la redistribución de las prácticas de TDCNR en sus hogares. Esto tiene sentido si se reconoce que la paulatina redistribución del TDCNR ha tenido lugar en las familias de las participantes que ocuparon los roles mencionados en la organización (liderezas, fundadoras y con mayor antigüedad), quienes han tenido acceso al abordaje explícito que del TDCNR se ha realizado

¹⁶ Sobre las actividades personales, el trabajo productivo no remunerado y el remunerado.

en los encuentros grupales liderados por FEDEMUCC y OXFAM Canadá. Esta participación diferenciada ha implicado acercamientos también diferentes a la problematización de la división sexual del trabajo, corroborando no sólo que la movilización del habitus de género individual de las participantes depende del grado de significación de las interacciones entre los miembros y la antigüedad y roles ocupados dentro de la organización (Blanco, 2004), sino que dichas interacciones también tienen la posibilidad de incidir en las prácticas de género de los sistemas familiares.

Así, en los casos donde se observa la continuidad de la división sexual tradicional del trabajo, la participación de las mujeres en la organización ha sido reciente y se ha enfrentado a las restricciones impuestas por las parejas para la asistencia a los encuentros y el desarrollo de los proyectos planteados (factor recurrente en Zuluaga-Sánchez y Arango-Vargas (2013), Villareal (2004) y Tafur (2015)). En otros casos, a pesar de pertenecer a la asociación hace varios años, la ubicación geográfica de las viviendas y la distribución de la carga global de trabajo que las mujeres desarrollan de manera cotidiana han sido las principales limitantes para participar en espacios de formación y encuentros, restringiendo su participación a la asistencia anual a la asamblea general y al desarrollo de sus proyectos productivos en sus veredas.

De esta manera, la frecuencia y calidad de la participación en la organización, que cómo se ha documentado tiene una relación relevante con la transformación del habitus de género de las mujeres y la redistribución de las prácticas de TDCNR, encuentran diversos limitantes dentro de la experiencia organizativa de algunas mujeres. La verticalidad de la estructura administrativa de la organización, la reelección de la junta directiva, el condicionamiento económico de la participación de las asociadas instaurado por los estatutos de la organización y la imposibilidad de que mujeres menores de edad participen pueden llegar a ser otros factores de riesgo para la transformación cultural que la asociación ha dispuesto como objetivo organizacional.

En la actualidad, la mayoría de las participantes ponen en juego la pluriactividad y la creatividad para conseguir aportar recursos económicos equiparables a los de sus parejas y autodeterminarse como independientes económicamente. Todas, además de identificarse como “amas de casa”, desarrollan simultáneamente otras actividades productivas

remuneradas y no remuneradas. Los diarios de actividades permitieron identificar que después del TDCNR como la actividad que ocupó la mayor cantidad de tiempo para ellas, la simultaneidad del mismo con el trabajo productivo remunerado y no remunerado ocupó un promedio de 3.1 horas en un día típico entre semana y 1.4 horas en un día típico de fin de semana, lo cual por un lado soporta las difíciles condiciones en las que las mujeres ingresan al sector productivo de la economía y, por otro lado, da cuenta del no reconocimiento y valoración de las actividades agropecuarias de las mujeres, estimadas como trabajo doméstico o ayuda a sus parejas. La posibilidad dada por los paulatinos y parciales cambios en la distribución del TDCNR de disponer de más tiempo para actividades personales, ausentarse del hogar con tranquilidad y dar continuidad a procesos productivos propios convive con la informalidad de los trabajos remunerados de las mujeres, que, si bien les permite flexibilizar la distribución de su tiempo, no logra encubrir la extensa dimensión de la carga global de trabajo de las participantes, generando desgaste emocional y físico y llevando a que tan sólo la mitad de ellas coticen al sistema de pensiones de manera independiente.

Finalmente, frente a las hipótesis planteadas inicialmente, los hallazgos investigativos cuestionan la radicalidad de la descripción del habitus de grupo como un proceso terminado o ausente en su totalidad; sitúa a las características de la participación organizacional como un proceso que posibilita una apropiación diferencial del capital simbólico para las participantes, siendo una variable relevante para el estudio de las centrales del problema de investigación; asume la existencia de mecanismos de censura en el sentido práctico de las alternativas que no corresponden al habitus de la dominación masculina, pero no solamente dentro de la familia, sino también en la comunidad y dentro de la misma organización; confirma la existencia de tensiones y expresiones de resistencia al cambio impuestas por la dominación masculina; y valida a la organización como mediadora en la transformación del habitus de género y de las prácticas de TDCNR en el contexto familiar: los procesos organizativos si pueden llegar a posibilitar el replanteamiento y las responsabilidades según el género respecto al trabajo doméstico reproductivo, contrario a los hallazgos de Medrano y Villar (1988). La transformación del habitus de género, de las prácticas de TDCNR y de la división sexual del trabajo no encuentra un único lugar fecundo para su transformación en

las pautas de crianza, también lo son las relaciones de pareja, aun cuando la jefatura de hogar no se vislumbre como compartida y se sitúe en el varón.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, R. y Ferrari, F. (2014). *Las encuestas sobre el uso del tiempo y el trabajo no remunerado en América Latina y el Caribe. Caminos recorridos y desafíos hacia el futuro*. Recuperado de Naciones Unidas, Chile: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5851/9/S1420397_es.pdf
- Alberti-Manzanares, P., Zavala-Hernández, M., Salcido-Ramos, B. y Real-Luna, N. (2014). Género, economía del cuidado y pago del trabajo doméstico rural en Jilotepec, Estado de México. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, 3, 379-400. Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/asd/v11n3/v11n3a7.pdf>
- Alcaldía Municipal de Quipile (julio de 2020). *Nuestro Municipio*. Recuperado de: <http://www.quipile-cundinamarca.gov.co/municipio/nuestro-municipio>
- Alcaldía Municipal de Quipile (junio de 2020). Mapa base del municipio de Quipile. Recuperado de: <http://www.quipile-cundinamarca.gov.co/municipio/mapa-base-del-municipio-de-quipile>
- Almeida, A. (2017). *“De la mata a la olla”: trabajo de cuidado y prácticas alimentarias en la provincia de Manabí* (Tesis de Maestría, FLACSO Ecuador). Recuperado de: <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/11389/16/TFLACSO-2017ANAG.pdf>
- Andréu, J. (2000). *Las técnicas de análisis de contenido; una revisión actualizada*. Recuperado de: <https://perio.unlp.edu.ar/tesis/sites/perio.unlp.edu.ar.tesis/files/S200103-Las%20t%C3%A9cnicas%20de%20An%C3%A1lisis%20de%20Contenido%20-%20Una%20revisi%C3%B3n%20actualizada.pdf>
- Arango, L. (2002). Sobre dominaciones y luchas: clase y género en el programa de Bourdieu. *Revista Colombiana de Sociología*, 7 (1), 99-118. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/11152/11818>
- Asociación de Mujeres Rurales y Emprendedoras de Quipile (2016). *Estatutos de la Asociación de Mujeres Rurales y Emprendedoras de Quipile*.
- Asociación de Mujeres Rurales y Emprendedoras de Quipile (2020). Asamblea General sesión ordinaria [Diapositiva de PowerPoint].
- Blanco, E. (2004). *Identidad y cultura emocional en las organizaciones del movimiento feminista mexicano. Una investigación en dos casos de la Ciudad de México* (Tesis de maestría, FLACSO México). Recuperado de: http://conocimientoabierto.flacso.edu.mx/medios/tesis/blanco_e.pdf
- Bonilla, A. (2010). *Trabajo doméstico y mujer rural: ... esta vida mía* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia). Recuperada de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/3907/1/489135.2010.pdf>
- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y fuente oral*, 2, 27-33. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/27753247>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

- Bourdieu, P. (2003). Participant Objectivation. *Journal of The Royal Anthropological Institute*, 9 (2), 281-294. Recuperado de: <https://rai.onlinelibrary.wiley.com/doi/epdf/10.1111/1467-9655.00150>
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Byun – Chul Han (2017). *La expulsión de lo distinto*. Buenos Aires: Herder.
- Comité de la Convención para la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer – CEDAW (2019). *Primer informe Sombra específico de Mujeres Rurales y Campesinas en Colombia*. Recuperado de: <https://www.cinep.org.co/Home2/component/k2/664-primer-informe-sombra-de-mujeres-rurales-y-campesinas-en-colombia.html>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE (2014). *Encuesta Nacional del Uso del Tiempo ENUT 2012-2013*. Recuperado de: <http://microdatos.dane.gov.co/index.php/catalog/214>. Consultado el 16 de junio de 2020.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE (2018a). *Boletín Técnico. Cuenta satélite de economía del cuidado - CSEC 2017*. Recuperado de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/cuentas/ec/Bol_CS_Econo_cuidado_TDCNR_2017.pdf
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE (2018b). *Encuesta Nacional del Uso del Tiempo (ENUT) 2016-2017*. Recuperado de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ENUT/Bol_ENUT_2016_2017.pdf
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE (2018c). *Análisis de Información CNPV 2018 en Cundinamarca*. Recuperado de: <http://www.quipile-cundinamarca.gov.co/municipio/nuestro-municipio>
- Durán, M. (2012). El estudio de caso en la investigación cualitativa. *Revista Nacional de Administración*, 3 (1), 121-134. Recuperado de: <https://revistas.uned.ac.cr/index.php/rna/article/view/477/372>
- Duque, C. (2015). *Economía del cuidado y asignación del tiempo al interior de los hogares* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia). Recuperado de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/51336/1/1110443317.2015.pdf>
- Esquivel, V. (2013). *El cuidado en los hogares y las comunidades*. Reino Unido: Oxfam Internacional. Recuperado de: <https://oxfamilibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/302287/rr-care-background-071013-es.pdf;jsessionid=D5FED45FC77790F7586E718892893840?sequence=2>
- Esquivel, V. (2015). El cuidado: de concepto analítico a agenda pública. *Nueva Sociedad*, 256, 65-74. Recuperado de: https://nuso.org/media/articles/downloads/4104_1.pdf
- Florez, N. Nava, I. y Pacheco, E. (2015). Trabajo remunerado y no remunerado según ciclo de vida en Colombia. *Investigas. Siete estudios realizados a partir de la encuesta nacional del uso del tiempo, Colombia, 2012-2013*, 142-169. Recuperado de:

- https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ENUT/INVESTIGAS_Siete_estudios_ENUT.pdf
- Galindo, E. (2017). Economía del cuidado: una expresión sustantiva de la economía. *Scripta Ethnologica*, 39, 87-108. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/148/14853734004.pdf>
- Gamero Cabrera, I. (2012). Los efectos de la dominación simbólica en el feminismo. *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, 13, 189-200. Recuperado de: <https://www.raco.cat/index.php/Astrolabio/article/view/256822/343830>
- García, B. y Pacheco, E. (2014). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*. Ciudad de México: El Colegio de México A.C. Recuperado de: <https://books.google.com.co/books?id=eAsqDwAAQBAJ&pg=PT19&lpg=PT19&dq=diarios+de+actividades+trabajo+dom%20C3%A9stico&source=bl&ots=Zj8IZITGJd&sig=ACfU3U1X9WYZ6niJE9eMSAIGSh5Ca8Hhig&hl=es-419&sa=X&ved=2ahUKEwiZgvbGmLDqAhWHiOAKHQHWDfsQ6AEwAnoECAwQAQ#v=onepage&q=diarios%20de%20actividades%20trabajo%20dom%20C3%A9stico&f=false>
- García, J. (2016). *Narrando la identificación feminista: la transición del ser para otros al ser para sí mismas* (Tesis de maestría, El Colegio de la Frontera Norte). Recuperado de: <https://www.colef.mx/posgrado/wp-content/uploads/2016/12/TESIS-Garc%20ADa-Alcaraz-Janet-Gabriela.pdf>
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Hincapié, A. y Parra, I. (2015). El trabajo de las “inactivas”: estructura del trabajo no remunerado de mujeres urbanas y rurales clasificadas como económicamente inactivas. *Investigas. Siete estudios realizados a partir de la encuesta nacional del uso del tiempo, Colombia, 2012-2013*, 34-61. Recuperado de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ENUT/INVESTIGAS_Siete_estudios_ENUT.pdf
- Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. (2017). *Violencia de Género en Colombia, Análisis comparativo de las cifras de los años 2014, 2015 y 2016*. Recuperado de: <https://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/57985/Violencia+de+G%20C3%A9nero+en+Colombia.+An%20C3%A9lisis+comparativo+de+las+cifras+de+los+a%20C3%B1os+2014%2C+2015+y+2016.pdf>
- Ley N. 1413. Congreso de la República de Colombia, Noviembre 11 de 2010.
- Mallimaci, F. y Giménez Béliveau, V. (2006). Historias de vida y métodos biográficos. En I. Vasilachis (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.
- Martínez-Salgado, C. (2012). El muestreo en investigación cualitativa. Principios básicos y algunas controversias. *Ciencia y salud colectiva*, 17 (3), 613-619. Recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/csc/v17n3/v17n3a06.pdf>

- Medrano, D. y Villar, R. (1988). *Mujer campesina y organización rural en Colombia*. FESCOL: Bogotá.
- Monroy, V. y Olarte, M. (2015). Estudio sobre el comportamiento de la división del trabajo en el hogar: particularidades por género en Colombia. *Investigas. Siete estudios realizados a partir de la encuesta nacional del uso del tiempo, Colombia, 2012-2013*, 118-141. Recuperado de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ENUT/INVESTIGAS_Siete_estudios_ENUT.pdf
- Moreno, E. (2017). *La economía invisible: división social y sexual del trabajo doméstico y del cuidado no remunerado y uso del tiempo de las mujeres en Bogotá* (Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Colombia). Recuperado de: <http://bdigital.unal.edu.co/56671/7/ErikaN.MorenoSalamanca.2017.pdf>
- Muñiz, M. (2010). *Estudios de caso en la investigación cualitativa*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León. Recuperado de: https://psico.edu.uy/sites/default/files/cursos/1_estudios-de-caso-en-la-investigacion-cualitativa.pdf
- Osorio, V. y Tangarife, C. (2015). *De cuidado y descuidos: la economía del cuidado en Colombia y perspectivas de política pública*. Escuela Nacional Sindical: Medellín.
- OXFAM México y Centro de Análisis e Investigación Fundar (2020). *Midiendo la desigualdad*. Ciudad de México: Oxfam México.
- Pombo, M. (2010). El trabajo doméstico y de cuidados no remunerado desde la perspectiva de las mujeres del Barrio Charrúa: desigualdades y resistencias en el ámbito de la domesticidad y la reproducción. *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, 6, 1-15. Recuperado de: <http://ides.org.ar/wp-content/uploads/2012/04/artic252.pdf>
- Pujadas, J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, 1(9),127-158. Recuperado de: http://www.postgrado.unesr.edu.ve/acontece/es/todosnumeros/num08/02_03/metodo_biografico_y_los_generos_de_la_memoria.pdf
- Quiroga, N. (2009). Economías feminista, social y solidaria. Respuestas heterodoxas a la crisis de reproducción en América Latina. *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, 33, 77-89. Recuperado de: <https://core.ac.uk/download/pdf/25824495.pdf>
- Quizos, A., Velásquez, A., García, B. y González, S. (2002). *Técnicas interactivas para la investigación social cualitativa*. Bogotá: Fundación Universitaria Luis Amigó.
- Reyes, P. y Hernández, A. (2008). El estudio de caso en el contexto de la crisis de la modernidad. *Cinta Moebio*, 32, 70-89. Recuperado de: <https://scielo.conicyt.cl/pdf/cmoebio/n32/art01.pdf>
- Rodríguez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva Sociedad*, 256 (2), 30-44. Recuperado de: https://nuso.org/media/articles/downloads/4102_1.pdf

- Rosato, A. y Boivin, M. (2013). Los tipos de análisis: etnográfico, comparativo y procesual. Diferencias, semejanzas y cruces. *VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social*. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires. Recuperado de: VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.
- Rutas del conflicto (2019). *Quipile: La tormenta que pasó por el “Cielo del Tequendama”*. Una mirada al conflicto armado en Cundinamarca. Recuperado de: <https://rutasdelconflicto.com/especiales/Quipile/index.html>
- Torres Carrillo, A. (2009). Acción colectiva y subjetividad. Un balance desde los estudios sociales. *Folios*, 30 (2), 51-74. Recuperado de: <https://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/RF/article/view/6135/5091>
- Sanz, A. (2005). El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentos personales. *Asclepio*, 57(1), 99-115. Recuperado de: <http://www.eduneg.net/generaciondeteoria/files/SANZ-2005-El-metodo-biografico-en-lainvest-social.pdf>
- Scribano, A. (2007). *El proceso de investigación social cualitativo*. Buenos Aires: Prometeo Libros Editorial.
- Stake, R. (1998). *Investigación con estudio de casos*. Madrid: Ediciones Morata, S.L.
- Tafur, M. (2015). *Las luchas y reivindicaciones de las mujeres rurales en Colombia: El caso de la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia, Anmucic* (Tesis de maestría, Pontificia Universidad Javeriana). Recuperada de: <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/17172/TafurRuedaMariana2015.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Villareal, N. (2004). *Sectores campesinos, mujeres rurales y Estado en Colombia* (Tesis de doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona). Recuperado de: <https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2005/tdx-1024105-223720/nvm1de2.pdf>
- Yacuzzi, E. (2005). El estudio de caso como metodología de investigación: teoría, mecanismos causales, validación. *Inomics*, 1, 296-306. Recuperado de: <https://ucema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/296.pdf>
- Zuluaga-Sánchez, G. y Arango-Vargas, C. (2013). Mujeres campesinas: resistencia, organización y agroecología en medio del conflicto armado. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 10 (72), 159- 180. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/cudr/v10n72/v10n72a09.pdf>

ANEXOS

Anexo 1. Relatos de vida

Los relatos de vida únicos de las participantes que se presentan a continuación hacen parte de una co-construcción producto de los diversos encuentros y técnicas desarrolladas, siendo elaborados por la investigadora y conocidos y validados por sus protagonistas. En dichos relatos, que emplean frases y palabras tal como fueron narradas por las participantes, sus nombres se cambiaron atendiendo a los Art. 27 y 29 de la Ley 1090 de 2006.

Lucía

Un fuego recorre el interior de Lucía. Es la fuerza de una mujer que a pesar de haber tenido que enfrentar el dolor muchas veces, sabe que no puede decaer. Nació el viernes 5 de febrero de 1971 en Bogotá. Su abuela Josefina le contó que al principio vivió con su hermana y su mamita. Sin haberse podido entender con su pareja, la mamá de Lucía debió trabajar por días en casas como empleada doméstica, mientras sus hijas se quedaban en la pieza en la que vivían con los teteros preparados que les dejaba. La situación se complicó y cuando Lucía tenía solo un año, mamá Josefina tuvo que cuidar de ella en Pandí, un pueblito tibiecito de Cundinamarca. Lucía vivió entonces con su abuela paterna, la tía Isabel, la tía Cristina y dos tíos poco apegados a la familia que eran el motivo de las lágrimas y las oraciones de mamá Josefina. Lucía nunca olvidará sus palabras: “cuando usted tenga hijos y los vean sufrir, va a sufrir al lado de ellos”.

En la casa era Joaquín, el hombre al que la familia le pagaba, el encargado de cortar la leña, limpiar las cocheras y cuidar a los marranos, los panales de abejas y las gallinas. Eso sí, mamá Josefina le fue enseñando a Lucía todo lo que una mujer debía saber y antes de los ocho años, ella cocinaba el almuerzo de vez en cuando, cosía, sabía lavar su ropa y algo sagrado: les llevaba el almuerzo a los trabajadores cuando llegaba a la casa del receso de la escuela. Mamá Josefina no quería sufrir con Lucía lo que había sufrido con Isabel, quien cuando se fue a casar no sabía lavar ni planchar; incluso llegó a insistirle que no se casara hasta que le enseñara primero.

Luego la abuelita de Lucía se fue a pagar arriendo al centro del pueblo y puso un negocio: vendía cerveza y masato, yogurt y kumis que ella misma hacía en su casa. Lucía sabía que era la consentida de mamá Josefina y recuerda con amor el vaso gigante de yogurt y el roscón que le llevaba siempre al colegio a la hora del recreo. Por eso no tenía ningún inconveniente con ir en las tardes a ayudarle a la caseta después de hacer las tareas. Como no ayudar a la abuelita que siempre le dio los mejores zapatos para estudiar, la mejor ropa y los más lindos vestidos, porque eso sí, a Lucía nunca le gustaron los pantalones. La infancia de Lucía junto a mamá Josefina fue feliz.

Las cosas cambiaron cuando a sus ocho años Lucía se fue a vivir a Arbeláez con su tía Isabel y su esposo, un policía. Cuando a él lo trasladaron a Bogotá, Isabel dejó a Lucía al cuidado de una señora que, aunque buena gente, respetuosa y elegante, no la hacía olvidar la soledad y las ganas de ir a buscar a su familia. A esta señora Lucía ya no tenía que cocinarle como a la tía Isabel, pero al llegar de la escuela debía planchar y arreglar la cocina para pagar la comida que le era ofrecida. Estando en Arbeláez Lucía se enteró de que su papá estaba en el pueblo, pero cuando llegó al lugar de encuentro el bus se estaba yendo. Ella no lo conocía, pero imaginaba que él la cuidaría y le daría todo lo que necesitaba.

La sangre llama y Lucía sabía que su abuela nunca la iba a dejar botada. El destino la llevó a Pandi justo el día que el carro del trasteo llevaba a la abuela Josefina a una nueva vida en Bogotá y Lucía sólo cambió de carro su maleta. Al llegar a la capital colombiana, Lucía continuó estudiando un tiempo. Hoy se lamenta de haber pensado que lo importante era trabajar para ganar dinero y desea que sus hijos sigan estudiando para ser alguien en la vida: “nosotros no tenemos la oportunidad de darles a ustedes estudio, ustedes tienen la posibilidad de darse estudio ustedes mismos y no matarse tanto como nos ha tocado a nosotros”.

A sus doce años su primer trabajo se lo consiguió su tía Amparo: entró a trabajar como empleada doméstica en una casa que funcionaba también como jardín infantil. La patrona la levantaba a las cuatro de la mañana diciéndole que ya eran las cinco, hasta que una profesora le enseñó a escondidas a leer las horas del reloj y desde ahí Lucía trabajó 18 horas... siempre terminaba todo el oficio a las 11 de la noche. Cuando en las mañanas terminaba el aseo de los pisos, debía recibir a 6 niños y niñas pequeños, a quienes cuidaba desde las 8 hasta las 4

de la tarde. Ese trabajo le duró como un año porque la señora la intentó castigar con golpes y su hijo, un niño que estudiaba artes marciales, llegaba a la casa a practicar con ella.

Al poco tiempo Lucía empezó un nuevo trabajo, pero las cosas no serían igual: ella le dejó claro a su nueva patrona que su tía Isabel ya no sería más quien recibiría su salario, pues era ella quien trabajaba. Tampoco quería que le diera a ella las quejas de sus errores, sería ahora Lucía la responsable de sí misma. En esta casa Lucía vivió tres años sin mayores problemas y hasta aprendió a utilizar las máquinas de lavar la ropa. Todo marchó de esa manera hasta que conoció a Pedro por allá en el año 88. Los fines de semana de descanso fuera de la casa se hicieron más largos y Lucía regresaba a su trabajo hasta el día lunes.

Un día, cansada del trabajo y con algunos problemas por sus salidas, decidió renunciar. Lucía llamó a Pedro buscando su apoyo y sin pensarlo dos veces él la recibió en su casa. En ocasiones Lucía se lamenta de esta decisión y piensa que tal vez lo mejor era haberlo dejado ir... Sin embargo, los primeros años fueron para ella bonitos y diferentes a lo que vive ahora. Cuando llegó a la casa de Pedro, aprendió a administrar el dinero que él le daba de su trabajo, no sin conflictos con su suegra, pues era anteriormente ella quien compraba el mercado y hacía las tareas del hogar. Un año después, teniendo 20 años y 8 días, Lucía tuvo a su primer hijo y fue una tía quien cuidó su postparto. No olvidaría tampoco el delicioso sancocho que le preparó su suegra el día que conoció a su nieto. Pero la abundancia no duró mucho y pasaron días de hambre, sin que Pedro le permitiera comunicarse con su familia para pedir su ayuda. Tiempo después empezó a trabajar nuevamente, sabía que necesitaba su dinero propio. Esto sólo fue posible gracias a que la mamá de Pedro volvió a vivir con la pareja para cuidar de sus dos hijos, pues el segundo llegó un año después del primero.

Mientras Lucía recordaba las palabras de su abuela, para quien los fines de semana eran sagrados para los hombres, ella aprovechaba su tiempo libre para lavar la ropa de toda la familia y hacer el aseo general. En su tiempo libre Pedro jugaba con los niños o les ayudaba con las tareas. A sus hijos Lucía les enseñó desde pequeños a tender sus camas y, más o menos a la edad de 8 años, a lavar su ropa interior. Cree que tal vez por ser hombres nunca les enseñó otras tareas del hogar. Hoy piensa que lavar la loza no los hace menos hombres, como muchas mujeres cercanas a ella piensan aún.

Después de haber tenido su tercer hijo, en el 2005 la familia empezó a vivir en la Vereda Santa Marta Alta de la Inspección La Sierra del Municipio de Quipile. Las cosas no cambiaron mucho, mientras Pedro trabajaba como agricultor y esporádicamente como albañil, Lucía se hacía los oficios del hogar, cuidaba a sus hijos y se encargaba de la alimentación de los trabajadores. Siempre ha tenido claro que no le gusta el campo y que el trabajo duro deben hacerlo los hombres.

Desde hace unos años la relación de Lucía con su esposo ha tenido que enfrentar muchas dificultades. Infidelidades de los dos y golpes y violencia sexual hacia ella. Reconoce que Pedro desde el inicio de la relación siempre ha sido muy celoso y posesivo; ella debe pedir permiso para salir y frecuentar a otras personas. Las cosas cambiaron desde que Lucía lo demandó y puso una caución por maltrato ante la policía. Esto la ha hecho sentir más fuerte y segura, permitiendo que pueda proponer otras normas en su casa. Cree que Pedro ha sido un buen papá, pero siente que era más libre antes de conocerlo.

Por eso cuando Lucía participa en las reuniones de la asociación de mujeres a la que pertenece, no puede evitar que las lágrimas inunden sus ojos cuando se habla de maltrato. Aunque lleva un año en la organización y le cuesta confiar en sus compañeras por temor a los rumores, cada encuentro es un descanso de lo que vive en su hogar. Cada uno de ellos suele terminar en conflicto cuando llega a su casa y su marido reprocha el tiempo que estuvo fuera y juzga a las personas con las que se reunió. Pese a que está dispuesta a retirarse de la asociación si así lo decide su esposo, continúa en esta porque la anima pensar que puede tener un proyecto productivo propio que la ayude a mejorar la calidad de vida de su familia y le permita tener su dinero propio, pues lo único que recibe es el salario del día a la semana que trabaja como empleada doméstica en una vivienda del municipio.

Rosa

Rosa tiene 52 años. Sus raíces son profundas: desde que nació hasta el sol de hoy ha vivido en Santa Marta Alta, una vereda de Quipile. Recuerda que de niña nunca estuvo presente su papá; su mamá solita trabajó siempre. En el burrito que tenía se iba hasta Sinaí Alto, como a una hora de camino, rajaba palos y hacía 3 bulticos para vender la carga de leña o se iba todo el día a trabajar a la Sierra. Mientras tanto, Rosa y su hermana Margarita iban del colegio a

la casa. Cuando estaban en esta siempre permanecían solitas, con apenas el desayuno que les alcanzaba a dejar hecho su mamá. Por eso Rosa siempre pensó que su papá hubiera podido ayudar con dinero; su mamá también habría trabajado menos, teniendo más tiempo para ellas.

A Rosa le tocó muy duro en su infancia. En verano no caía aguüita del cielo y tenía que caminar media hora hasta llegar al nacedero para cargar galones para poder comer. Tampoco había luz en ese tiempo y una espermilla era la que alumbraba en las noches. Desde los ocho añitos empezó a hacer de comer y a punta de fogón de piedra era que preparaba las sopas y los frijoles. Ya a los diez aprendió a lavar la ropa y los pisos de tabla de la casa. Nunca faltó el azadón cuando no había más que hacer. Hasta la hora que tardaba el recorrido a la escuela la aprovechaba con su hermana para recoger la leche que compraban para vender en el pueblo: de 20 a 25 botellas de leche eran llevadas al hombro hasta la Sierra.

Fue hasta los 15 años cuando Rosa estudió porque hasta ahí llegó la plata. Luego le tocó irse a trabajar al pueblo. Cocinaba sola para 18 comensales y había días en que le llegaba la una de la mañana haciendo tamales, que luego tenía que llevar a la estación de policía. Los sábados también aprovechaba y a la par que ayudaba en la cocina, vendía gaseosas, cerveza y aguardiente en una tiendita. La cosa fue así hasta que a los 16 conoció a su esposo, Roberto. Él siempre ha sido agricultor, un hombre trabajador. Un año después tuvo a su primera hija, y 5 meses después de nacida, tuvo su segundo embarazo, una niña también. Nunca paró de trabajar. Con una niña en brazos y la otra en su vientre, cocinó desayunos y almuerzos para obreros, en las tardes cogió café y nunca descuidó su hogar. Tres años después, su primer hijo nació a los 21 años y fue hasta que nació el cuarto, a sus 24 años, que ella decidió vivir con Roberto. Quería mucho a su mamá y no deseaba dejar de apoyarla.

Primero organizaron con Roberto una piecita con tablas y sólo tenían una cama. Él se iba a trabajar al jornal y ella cuidaba de los niños y niñas. Cuando pudo, empezó a trabajar nuevamente y se los llevaba al cultivo. Cuando llovía, sacaba el plástico gigante que tenía y los guardaba del agua. Fue comprando y vendiendo terneros y con lo que los dos trabajaban poco a poco pudieron ir ahorrando para comprar el lote en donde ahora viven.

Cuando ella faltaba en casa, Roberto cuidaba a los niños, les ayudaba a hacer las tareas y cocinaba el almuerzo. Sin embargo, desde que lo conoce sabe que a Roberto le gusta tomar

y nunca olvidará la tarde en que llegó, la golpeó a ella y a una de sus hijas, tiro una carretilla camino abajo, cogió las puertas a patadas y hasta rompió el equipo de sonido que con tanto esfuerzo habían comprado. Tampoco puede dejar de recordar el día en que le estaba enseñando a tomar a su hijo mientras ella trabajaba en el pueblo vendiendo comida hasta bien entrada la noche.

Fue hace 14 años cuando Rosa quedo embarazada por última vez. Una tristeza muy grande envolvió a la familia cuando teniendo siete meses de embarazo, la preclamsia hizo que tuviera que decidir entre su vida y la de la niña. Su hijo menor, Felipe, sólo tenía 5 años y 3 meses cuando tuvo que acompañarla a Bogotá, donde estuvo hospitalizada por más de un mes. Nunca supo si la niña nació viva o muerta y por su cabeza sólo pasaba el cómo estarían sus hijos e hijas en Santa Marta. Casi no comían, los cultivos se estaban perdiendo y le terminaron implorando que volviera a la casa, aunque sólo fuera para acompañarlos.

Los años han pasado y los cuatro hijos e hijas mayores de la pareja son independientes y tienen sus propios hogares. Hoy Rosa ve tranquila a su hijo mayor cuidar a sus hijas mientras su esposa trabaja hasta quince días lejos de casa. A ella sólo le queda Felipe, su quinto hijo de 18 años y su mano derecha. Felipe ayuda en los cultivos, está pendiente de lo que necesite su mamá y todos los fines de semana la acompaña a Anolaima, La Mesa o al centro de Quipile a vender la mora que producen. Saben que, aunque implique un mayor esfuerzo, ganarán más si no la venden a un intermediario. Roberto una vez intentó acompañarla a vender mora, pero no consiguió que nadie le comprara y desde ahí ni más; continúa trabajando en jornales. Rosa sólo puede suponer que lo que gana lo gasta entero en cerveza, porque nunca apoya la compra del mercado de la casa. Así que lo ve en las mañanas cuando le sirve el desayuno y en las noches, cuando comparten la comida. Rosa piensa que después de los 34 años que han compartido juntos, la relación con su esposo ha cambiado bastante. Lo siente distante y considera en ocasiones que continúa con él por su hijos e hijas. Quieren mucho a su papá.

Los días se pasan entre el trabajo en los cultivos, las largas caminatas de venta en los pueblos, la cocina y los demás deberes de la casa y los encuentros con sus compañeras de ASOQUIPILEÑAS. Aunque con mucha dificultad para distribuir sus tiempos, pues sólo cuenta con la ayuda de Felipe, Rosa ha asistido a todos los procesos que se han desarrollado durante los cuatro años que lleva la asociación, siendo ella una de sus fundadoras. Una vez,

gracias a la asociación, recibió unos abonos para su cultivo; por eso que su principal motivación para continuar participando sea la posibilidad de fortalecer su proyecto productivo. Además de eso, compartir con las mujeres, tener nuevos aprendizajes y distraerse del estrés del trabajo son otras de las razones para continuar en la organización. En ella ha aprendido que las mujeres no deben dejarse maltratar, siendo quienes más trabajan. Ve en la asociación un gran potencial para apoyar a las mujeres ante situaciones de violencia en sus hogares: en su vereda hay mujeres que son embarazadas para que no tengan otros pretendientes, muchas que no pueden salir de sus casas y otras a las que les pegan sus parejas.

Margarita

Margarita nació hace 55 años en La Sierra, Inspección de Quipile. Sus papás vendían la delicia del pueblo: la mejor fritanga que podía encontrarse en la zona. Así que, en las tardes, cuando Margarita llegaba del colegio, mientras sus papás estaban en el negocio familiar, ella, su hermana y su hermano menor pasaban el tiempo haciendo las tareas u organizando sus cuartos. Siempre esperaban a que el fin de semana llegara para jugar con amigos y vecinas; el almuerzo era un plato gigante de la especialidad de la casa.

Aunque los papás de Margarita contrataron a una mujer que realizaba el trabajo doméstico, era su mamá quien se encargaba del cuidado de las niñas y el niño, estando pendiente de las tareas y las reuniones en la escuela. Margarita y su hermana también debían lavar su ropa y apoyar en la cocina. Reconoce que siempre vio como normal que su papá o su hermano no ayudaran en estas tareas. Por eso ahora se siente orgullosa de sus nietos; ellos saben lavar y cocinar.

Cuando Margarita tenía doce años su papá empezó a tomar mucho. Las peleas, los gritos, la violencia y el cansancio de ser la responsable de la casa y la nueva tienda hicieron que su mamá la llevara, junto a sus hermanos, a vivir un tiempo donde su abuela. Pero las cosas fueron cambiando después de esa salida y ya las enfermedades no permitieron que su papá continuara tomando y fumando; la mamá de Margarita incluso empezó a manejar las cuentas y el dinero de la familia. Pese a todo, Margarita recuerda que sus papás siempre trataron de enseñarle a ser responsable, organizada y disciplinada. Y mientras su hermano acompañaba

a su papá en el campo o aprendía a conducir, recuerda los cursos de modistería o tarjetería a los que la inscribieron.

La vida de Margarita cambió cuando estando en décimo quedó embarazada de su novio. Tuvo que retirarse del colegio y sintió un gran dolor cuando no pudo graduarse con las compañeras con las que había crecido. Su hija, Sara, nació en Bogotá. Su madre y una mujer a quien pagaron cuidaron su postparto. Vivió con su pareja, Roberto, pero después de seis meses él decidió irse y ella volvió a casa de sus padres en La Sierra. Ellos contrataron a una mujer para que cuidara a Sara y Margarita pudo volver a estudiar. Sin embargo, al llegar del colegio tenía que cuidarla y cumplir simultáneamente con sus deberes académicos, aunque nunca faltó la ayuda de su mamá y su hermana; eran su papá y su hermano quienes corrían cuando de cambiar pañales se trataba.

Cuando Margarita terminó su bachillerato y empezó a trabajar en una cooperativa, se independizó y le pudo pagar a una señora para que cocinara, lavara y arreglara toda la casa. Ella seguía cuidando de su hija en las tardes. Tiempo después Roberto volvió a sus vidas. Aunque él no estaba muy convencido de querer convivir con Margarita y ella siempre supo que él era machista, celoso, tomatrigo, parrandero y mujeriego, los tres empezaron una nueva etapa. Roberto viajaba constantemente comprando y vendiendo café, dando siempre el dinero para todas las necesidades de la casa. En esta, sólo puede recordarlo viendo televisión y fumando. La relación terminó luego de cinco años cuando Margarita descubrió que él tenía otra pareja.

De vuelta a convivir únicamente con su hija, en el 2000 Margarita tuvo que enfrentarse a la liquidación de la cooperativa en la que trabajó por once años. En ese tiempo había podido ahorrar para comprar una casa y por un año vivió de su renta. Se sorprendió al encontrarse todos los días lavando, planchando y cocinando y viendo cómo gastaba el dinero que llegaba sin sentir que avanzaba. Así que, aprovechando su experiencia en la cooperativa, decidió montar un negocio: empezó a vender elementos para la cocina, muebles...de todo un poco.

Pero el tiempo en el que no trabajó le sirvió también para explorar una parte dormida de sus habilidades. Había estado en la defensa civil y juntas de acción comunal, pero este momento fue especialmente importante porque ahí crearon junto con otras mujeres de la inspección a

MILSIVIR, una organización de mujeres que por 20 años ha buscado la integración de las mujeres y el desarrollo de proyectos productivos con un enfoque ambiental. Las “Mujeres Incluyentes, Luchadoras, Soñadoras, Innovadoras, viviendo con integración y respeto hacia la vida, la tierra, la comunidad, la naturaleza y el medio ambiente” surgieron a partir de los botaderos de basura a cielo abierto que crearon para ese tiempo en el pueblo. La creación de la organización coincidió con la primera toma de las FARC del pueblo y cuando la policía tuvo que salir, las mujeres se tomaron la estación para construir los cultivos de lombrices y hacer la clasificación de las basuras.

Durante ocho años trabajaron tres días a la semana reciclando en el lote y la construcción que ellas mismas gestionaron, hasta que en el 2008 la guerra volvió al pueblo: familias enteras se fueron amenazadas y muchas mujeres dejaron de participar. Poco a poco la distancia se fue acortando después de la guerra y hoy Margarita lidera MILSIVIR, gestionando talleres y organizando encuentros. Se reúnen todos los miércoles sagradamente para caminar hasta la casa colectiva que tanto cuidan, celebran sus cumpleaños y hablan siempre de sus vivencias, los hijos e hijas, el trabajo y el maltrato hacia las mujeres campesinas.

Hace también cerca de dos décadas que conoció a Rodrigo. Él ha sido un soporte en su vida. Aunque trabaja en Bogotá entre semana, sabe que donde estén pueden contar el uno con el otro. Los sábados Rodrigo llega a la Sierra y Margarita lo recibe en su casa, le ofrece su comida y cuida que su ropa este impecable. A veces van al campo y comparten con familia o amigos un plato de comida. Los domingos viajan a Bogotá para quedarse en el apartamento que con esfuerzo compraron. Los dos cuidan de él, aunque a veces cuando ella llega Rodrigo ya ha hecho el aseo.

Desde hace dos años Margarita empezó a ser parte de ASOQUIPILEÑAS. Fue por Beatriz, su compañera de colegio y amiga de toda la vida por quien Margarita decidió ser parte de esta organización. Aunque sabía que implicaría más tiempo y más trabajo para ella, Margarita ha participado en encuentros y talleres de la asociación porque está convencida que comparte con MILSIVIR su interés por la integración de las mujeres y su bienestar social y económico. Sabe que como líder puede coordinar proyectos entre las dos organizaciones siendo un puente entre la Inspección y las mujeres de otras zonas urbanas y rurales del municipio. Tiene la seguridad de que lo que aprenda en ASOQUIPILEÑAS le servirá para mejorar los procesos

de la organización que lidera. Aunque considera que hubiese podido estar más involucrada en los procesos que se han desarrollado en ASOQUIPILEÑAS, ha aprendido que para que los hombres reconozcan el valor y trabajo de las mujeres, primero ellas deben hacerlo. Los encuentros la han hecho pensar que las familias podrían ser diferentes y compartir las actividades del hogar posibilitaría que las mujeres tuvieran más tiempo libre o disponible para hacer otras cosas.

Hoy la hija de Margarita vive en Bogotá junto a su esposo y sus dos hijos. Ella continúa con su negocio ubicado en el primer piso de su casa y es entre semana su mamá quien la acompaña, cocina su almuerzo y está pendiente de sus necesidades. Aunque Margarita todos los días aprovecha cuando no llega gente para ir adelantando el oficio de la casa, le paga a una señora para que cada quince días haga el aseo general. Sus días van y vienen entre fortalecer su negocio, organizar los encuentros de MILSIVIR y acompañar los procesos de ASOQUIPILEÑAS. Margarita se siente feliz por ser una mujer activa y líder y recibir el apoyo de su madre, su pareja, su familia y las docenas de mujeres que la rodean de fuerza, amor y sueños.

Luz

Los primeros años de vida Luz los compartió con su mamá, su papá, sus 3 hermanos y su hermana en Bogotá. Siente que no fue feliz en esa época porque sumado a la falta de dinero, su papá tomaba mucho y su mamá no podía expresarse o exigir algo para ella o para sus hijos e hijas. Sin embargo, su vida se llenó realmente de amor, tranquilidad y felicidad cuando empezó a vivir con su abuelita materna, el tío Esteban, el tío Edgar, la tía Marta, la tía Luisa y la tía a la que todos llamaban “la gorda”. En la casa nunca faltó nada porque otra de sus tías, la que trabajaba en Barrancabermeja en Ecopetrol, apoyó todas las necesidades del hogar. Ella compraba el mercado, llevaba a la familia de paseo, les compraba ropa a las niñas más pequeñas y hasta le alcanzaba para pagarle a la muchacha, Claudina, que por años trabajó haciendo el aseo de toda la casa en el día, para luego irse a estudiar en las noches.

Al igual que su tía Luisa, Luz estudiaba en las tardes, así que en las mañanas se reunían para hacer las tareas. Cuando llegaban del colegio, ordenaban la cocina. Más tarde todos se acostaban en la cama de la abuelita a mirar televisión, mientras ella tejía.

Cuando Luz cumplió 19 años conoció a Oscar en la librería en la que trabajó por más de ocho años. Dos años después de compartir con él tuvieron su primer hijo, a quien cuidó la mamá de Luz mientras la pareja trabajaba. En la noche Luz lo recogía para encontrarse con Oscar en su hogar. Ese momento del día también era aprovechado por Luz para hacer el almuerzo del día siguiente. Era en los fines de semana cuando Luz podía hacer el aseo general de la casa y lavar la ropa; como no había lavadora en la casa en ese momento, ella lavaba hasta las nueve o diez de la noche en un patio cubierto, donde se sentía tranquila poniendo luz adicional mientras Oscar cuidaba a Camilo.

Aunque Luz siente que en ese tiempo era Oscar quien tomó las principales decisiones de la casa, pagar equitativamente las obligaciones y manejar su propio dinero le hizo sentir que era más independiente e igual a él. Los conflictos solían ser por el cuidado de Camilo: Oscar esperaba que él le pudiera ayudar con algunos trabajos pesados de la casa como trasladar materiales y Luz sabía que a sus 7 años él no lo podía hacer. Tampoco iba a permitir que lo castigara con golpes, ella había aprendido que el amor debía ser siempre la respuesta.

Fue en 1993 cuando la familia tomó la decisión de vivir en Quipile, a las afueras del pueblo en una finca grande y fértil. Aunque se dieron cuenta rápidamente que en el pueblo se gasta menos y hay más seguridad, fue difícil, por ejemplo, vivir seis meses sin luz porque no hubo mantenimiento pronto a un transformador dañado. Poco a poco Luz aprendió que en el campo nunca se descansa. Allí donde sobra el trabajo siempre hacen falta lugares donde descansar, la familia que se quedó en la ciudad y tiempo para visitar a las amigas.

Cinco años después de haber llegado a Quipile la familia recibió a su segundo hijo. A Nicolás lo vieron crecer con los aprendizajes que los años habían traído y con más tiempo para compartir con él. Esto no cambió que Luz pensara que hacerles todo a sus hijos era parte de cuidarlos y procurar su bien: tendía sus camas, embolaba sus zapatos, alistaba sus libros y organizaba sus uniformes. Por eso entiende que todo hoy a Camilo tenga que hacérselo su esposa. Agradece que Nicolás tenga que vivir con un tío y que eso lo haya obligado a aprender a defenderse sólo.

Hoy Luz tiene 53 años. Continúa viviendo con Oscar en la misma finca. Tienen cerdos, cinco perros y un proyecto de producción y comercialización de huevos. Todos los días Luz se

levanta a las cinco y media de la mañana, recoge huevos por 4 horas y luego de desayunar lo preparado por Pedro continúa con la recolección y alimenta a los cerdos. Mientras hace el almuerzo va lavando la ropa o barriendo la casa. Luego de almorzar y darle comida a todos los animales de la finca, finalmente Luz puede bañarse y arreglarse. Pero su trabajo diario no ha terminado. En las tardes limpia rigurosamente con la clara de un huevo todos y cada uno de los huevos que ha recogido, mientras Pedro pesa con la misma delicadeza los huevos y los clasifica para poder venderlos.

Luz es fundadora de ASOQUIPILEÑAS y actualmente es la fiscal en la Junta Directiva. Recuerda cómo hace cuatro años ella y algunas compañeras tuvieron que abandonar otra organización en la que participaban porque no toleraron que una de sus lideresas fuera violentada por un hombre. Desde ahí Luz ha aprendido que las mujeres no son sólo madres y amas de casa, sino que pueden ser importantes en la sociedad siendo empresarias, lideresas... Con la asociación ha construido muchos aprendizajes para sus proyectos productivos y el manejo responsable de los recursos ambientales. Pero creyendo que el principal objetivo de la asociación es el empoderamiento de las mujeres, se siente contenta cuando reconoce que poco a poco la forma en la que toman las decisiones con su esposo ha cambiado. Han aprendido a dialogar y negociar e incluso las tareas por hacer dentro de la casa se han venido distribuyendo de forma más equitativa: mientras que uno va haciendo el oficio, el otro va cocinando. Antes Pedro esperaba que Luz llegara del trabajo para que cocinara; hoy ella tampoco sabe que haría sin él. La norma más importante de la casa siempre está presente: El trabajo es de los dos y ninguno puede dejar al otro sólo.

Habla con términos claros cuando considera que puede estar viviendo violencia económica en su hogar al trabajar a la par con su esposo y no administrar ningún recurso económico. Por eso hace unas semanas le pidió que mensualmente le diera cien mil pesos de las ganancias del negocio. Tiene pensado ahorrar para comprar un mueble para la cocina.

Fernanda

Fernanda es una mujer de 56 años que nació y creció en Boavita, un pueblo de Boyacá. Sus primeros recuerdos la trasladan a estar recogiendo agua en calabazos en el río cercano con sus hermanos para luego aclararla con hojas y llevarla a casa, a una hora de distancia. Se

recuerda alistando los domingos las maletas con la ropa, los uniformes y los víveres de ella y sus tres hermanos menores; al día siguiente les esperaba un recorrido de una hora y media hasta la escuela de Lagunillas, partiendo siempre a las cuatro de la mañana para poder llegar a tiempo. Los cuatro se quedaban en la escuela a dormir y como Fernanda era la más grande, sabía que en la semana se encargaría de lavar la ropa y cocinar para los cuatro y su profesora. Hacer el aseo de la habitación de su maestra era también otra de las formas de poder retribuir el techo prestado. Por eso que las tareas a veces sólo tuvieran espacio en la noche junto a una vela.

Todos los fines de semana Fernanda ayudaba a su mamá a lavar la ropa de toda la familia y a limpiar la casa; pero también alistaba y llevaba la comida para los obreros y la familia, mientras sus hermanos traían más leña, cuidaban a los animales o recogían el abono. Por su parte, la mamá de Fernanda fue siempre la que llevó el control de la casa. La relación con su esposo fue muy difícil; él tomaba mucho, gastaba lo que ganaba en licor y era violento frecuentemente. Por eso que muchos de los hermanos se hayan ido a la casa tan jóvenes; el hermano mayor dejó la casa a los nueve años.

Al terminar la primaria, mientras que sus hermanos empezaron a trabajar con su padre, Fernanda fue internada durante un año en la escuela de monjas que había en el pueblo. Aunque su mamá quería que siguiera estudiando, su papá pensaba que si tendría hijos y familia de nada le serviría estudiar; él vio más útil su ayuda en los oficios de la casa. De ahí la decisión de Fernanda de irse a vivir a Bogotá a sus catorce años.

Ocho días, tan solo ocho días Fernanda trabajó como empleada doméstica interna: no aguantó las constantes humillaciones, no poder comer lo que había cocinado para toda la familia y un pago de tan sólo siete mil pesos. Nunca más volvería a trabajar como interna. Con el apoyo económico de su hermana, Fernanda empezó a cocinar y vender churros en las calles. Poco a poco pudo comprar sus cosas, ahorrar y enviar dinero a su mamá, que continuaba viviendo en Boavita. Un año después empezó a trabajar en una empresa de plásticos. Cuando cumplió la mayoría de edad supo que finalmente podía continuar estudiando y se inscribió en la nocturna. Definitivamente esta fue una de sus metas más grandes.

Sin embargo, Fernanda no finalizó su bachillerato. Había tenido amigos, pero no había olvidado las enseñanzas de su mamá. Tuvo presente que no debía dormir con nadie y que debía primar el respeto entre hombres y mujeres. Por eso cuando conoció a quien sería su esposo en su trabajo como aseadora en un laboratorio de medicina, construyeron una relación de confianza y compromiso y pronto tomaron la decisión de convivir. Al quedar embarazada, Fernanda interrumpió el grado quinto a los veintiséis años. Un año después la pareja recibiría a sus hijos gemelos.

Los primeros años la pareja continuó trabajando y era la mamá de Fernanda quien cuidaba a los niños cuando salían del jardín que con mucho esfuerzo pagaban. Este cuidado compensaba el apoyo económico que Fernanda ofrecía a su papá, luego de que un grave accidente comprometió su movilidad. Los fines de semana, la joven pareja se encargaba de los oficios de la casa: mientras ella hacía el aseo general de la vivienda, él lavaba la ropa de todos. Por su parte, los niños fueron aprendiendo a recoger sus juguetes, lavar su ropa interior y arreglar su cuarto. Fernanda piensa que Jorge siempre fue un buen ejemplo para sus hijos. Hoy ve orgullosa y tranquila que todos lavan, hacen el aseo de sus casas y saben cocinar.

Hace once años la familia se mudó a la vereda El Tiber en Quipile, luego de que ningún hijo de la pareja quisiera continuar estudiando. La finca La Orquídea ha sido cuidada con esmero: hoy tiene conejos, gallinas, pollos, cabros, peces y perros que acompañan a la familia. Por estos días la pareja está acompañada de Diego, su esposa y su hijo y su recién llegada integrante de la familia, siendo Fernanda quien cuida la dieta de su nuera. Diariamente es ella también quien alimenta a todos los animales de la finca, lleva las onces para la familia hasta los cultivos y va adelantando los oficios de la casa mientras está pendiente de las ventas de la tienda. Jorge trabaja todo el día en los cultivos, participa en el aseo general de la casa y es casi siempre él quien arregla la tienda que tienen a la orilla de la carretera. Ahora, como desde hace años, hay un solo bolsillo en la casa. Jorge le entrega a Fernanda el dinero que gana y ella es quien se encarga de las compras y los pagos del hogar. Fernanda se siente feliz de poder decir que junto a Jorge han sido una pareja como ninguna otra. Es realmente extraña una pelea; los dos saben que deben estar donde creen que es su centro, lo más importante de sus vidas. Por eso se acompañan y cuidan mutuamente.

Pero además del trabajo con los animales, la tienda y el hogar, Fernanda es una lideresa de su vereda y su municipio. Fue la vicepresidenta de la Junta de Acción Comunal de la vereda en la administración pasada y su comunidad la está animando a que nuevamente participe. Si bien cuenta con el apoyo de su esposo e hijos, siente que en la región el machismo manda: en muchas ocasiones los hombres no permiten que sus esposas participen y cuando lo hacen los líderes masculinos no tienen en cuenta sus opiniones o consideran que sus participaciones son conflictivas y buscan que los proyectos no avancen. A veces siente ganas hasta de conformar una junta de acción comunal integrada sólo por mujeres. Por eso valora tanto ser parte de ASOQUIPILEÑAS. Ella es una de sus fundadoras y actualmente hace parte del comité de conciliación de la asociación, aunque realmente nunca ha tenido que ejercer esta función. Ha participado con su proyecto productivo de elaboración y comercialización de achiras y lo ha llevado a los diferentes mercados campesinos que se han organizado.

Pero además de fortalecer su proyecto y aprender diferentes técnicas para el manejo sostenible de los recursos de su finca, Fernanda ha podido participar en diferentes encuentros y proyectos con otras organizaciones y mujeres en otros municipios. Ha aprendido de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, de las capacidades no reconocidas de ellas y de cómo defenderse de los diferentes tipos de maltrato sin utilizar la violencia como una respuesta a la misma. Piensa que la asociación ha traído calidad de vida para su familia porque ha mejorado su bienestar económico, pero también porque las relaciones con su pareja han cambiado. Las cargas se han aliviado para ella, principalmente porque desde los encuentros con FEDEMUCC en Bogotá reconoció que el trabajo doméstico debe ser equilibrado entre hombres y mujeres y que ellas pueden comunicar la necesidad de apoyo de manera asertiva. Ahora siente confianza en saber que puede asistir a sus reuniones y su esposo podrá hacerse cargo de la casa y el negocio. Tiene la certeza de que las mujeres de la región deben continuar preparándose y empoderándose, aunque muchas veces sean ellas mismas quienes aprueban las prohibiciones de sus esposos cuando las invita a participar y organizarse.

Sara

Hace ocho años Sara vive en Quipile, en la Vereda El Moral de la Inspección La Botica. Quien conoce a esta mujer de 49 años sabe que ella ha vivido varias vidas en una y que ha

recorrido muchos rinconcitos de Colombia, aunque en muchas ocasiones lo haya hecho huyendo.

Sara nació en San Martín, Meta. Vivió hasta los veintiún años con sus papás, sus dos hermanas mayores y su hermano menor, al que le llevaba tres años. Recuerda que desde los diez años llegaba de estudiar a ayudar junto con sus hermanas a recoger leña, llevar agua a la casa, lavar la loza o terminar de arreglar la casa. Eso sí, todo tenía que hacerse antes de las 6:30 pm; la familia se había acostumbrado a hacer todo temprano ante la ausencia de luz eléctrica. Sara también solía ayudar a ordeñar las vacas que estaban sueltas en el potrero de la casa y apoyar a sus papás en los cultivos de café; el recuerdo de sus quince años sería recogiénolo en un día tranquilo junto a su familia.

Cuando sus hermanas mayores se fueron de la casa, no faltaron los problemas con su hermano. Aunque fue creciendo y traía la leña o encerraba a los animales, siempre fue el consentido de la casa y nunca lavo la loza o cocinó. Cuando le gritaba que ayudara y que no la recargara de trabajo, su papá siempre contestaba “pero hija, ¿por qué le dice eso al niño?”.

La vida de Sara cambió cuando quedo embarazada a los diez y nueve años. Al comienzo el papá de su hija no quería responder y fueron sus papás quienes cuidaron de las dos. Su mamá le enseñó a cuidar a la bebé y estuvo pendiente de sus necesidades; siempre se preocupó porque sería de Sara cuando ella y su esposo ya no estuvieran.

A los 21 años volvió a su vida Luis, el padre de su hija. Cuando decidieron convivir, dos años de tranquilidad terminaron cuando supo que él había estado casado y había tenido una hija con otra mujer. Por eso a veces piensa que fue un error iniciar una relación con un hombre diez años mayor. La exesposa de Luis los buscaba e iniciaba constantemente procesos legales en contra de él; esta fue la causa de que la nueva familia transitara por diferentes pueblos y se mudara frecuentemente.

Sin embargo, la familia trató de llevar su vida con normalidad y pronto tuvieron a dos niños más. En el día a día Sara se ocupaba de la casa y la crianza de los niños y la niña, teniendo como único espacio de desahogo los momentos en que estaban en el jardín público. Él trabajaba como mecánico, recorriendo las veredas de los municipios donde vivían. Salía a las

seis de la mañana, pasaba a las nueve a desayunar, volvía a las doce a almorzar y finalmente regresaba a las cinco para descansar. Luis compartía con su familia los fines de semana, que aprovechaba también para comprar el mercado para la casa; fue siempre él quien manejó todo el dinero.

Pero los problemas y la inestabilidad emocional iban más rápido que las mudanzas y los días de Luis se tornaron cada vez más desesperantes y el alcohol estuvo cada vez más presente. En el 2000, viviendo en Arauca, Sara tomó la decisión de separarse. Arreglaron que él cuidaría de los dos varones, mientras ella se haría cargo de la crianza de la primera hija de la pareja. Después Sara vivió con su hija por un año y medio en Casanare, trabajando en un restaurante entre semana, donde podía llevar a su hija en las tardes para estar pendiente de ella. Sin embargo, un nuevo trabajo en un bar los fines de semana y tener que dejar a su hija con la arrendataria del lugar donde vivían fueron los motivos suficientes para entregarla al cuidado de su madre, quien para ese momento vivía en Bucaramanga.

Cuando Sara cumplió treinta años se encontraba de nuevo en San Martín. Allí se reencontró con Rafael, un amor de su juventud. Dudo mucho si era conveniente para su hija iniciar una nueva relación... siempre está el miedo de lo que le pueda pasar a las niñas. La hija y la mamá de Sara llegaron de Bucaramanga para vivir con la nueva pareja y la convivencia no tardó en ser agradable. Tomaron una finca y volver al campo significó para Sara cuidar de la casa como en su infancia, mientras él cultivaba café. Un año después la pareja recibió a su primer hijo y se mudó a Huila. El necesitar mayores ingresos implicó que Sara tuviera que aprender a echar azadón y trabajar al jornal. Aunque su mamá cuidaba a sus hijos mientras trabajaba, Sara se encargaba del trabajo doméstico. En los trece años que vivieron en el Huila, aprendió que las mujeres nunca ganan igual en el campo, aunque trabajen el mismo tiempo, hagan las mismas actividades y produzcan igual que los hombres. A pesar de eso, siempre sintió el apoyo de su pareja; entre los dos compraban lo necesario para toda la familia.

La historia de la pareja cambió cuando Rafael fue infiel nueve años después de haberse reencontrado, justo cuando Sara estaba embarazada de su quinta hija. Pero aquella fue una relación prolongada y hoy Rafael tiene un hijo de nueve años con otra mujer, por quien no responde económicamente. Sara siente que su hogar se deterioró por esta situación y aunque perdona a Rafael, cree que nunca podrá olvidar sus acciones.

Cuando en el 2012 la familia fue amenazada por un grupo armado ilegal, tuvieron que dejar Huila y empezar nuevamente de cero en Quipile, de donde Rafael era oriundo. Poco a poco la familia fue construyendo y ampliando su casa y la tienda, que hoy tiene canchas de tejo. En el hogar habitan Rafael, Sara, la segunda hija de la pareja, y la hija y los dos hijos pequeños de la primera hija de Sara. El primer hijo de la pareja, que hoy tiene diez y ocho años, vive en Bogotá con su hermana mayor. El acuerdo fue intercambiar la crianza de los niños y la niña teniendo en cuenta que en el campo no hay oferta de educación superior y que para los niños y niña de menor edad la ruralidad implica un costo de vida menor y un lugar más seguro y tranquilo para crecer.

Rafael trabaja al jornal y con su salario compra el mercado para todo el mes de la familia. Sara es responsable del trabajo doméstico en la casa, el trabajo comunitario y organizacional que lidera desde que llegó al pueblo y el cuidado de sus dos nietos de 3 años, su nieta y su hija, ambas de once años. Sabe bien que no le gusta depender económicamente y que siempre se presentan gastos imprevistos, por eso administra las ventas en la tienda, vende comida a cinco trabajadores, ofrece pipetas de gas y tiene un proyecto de gallinas ponedoras. Todos los días se levanta a las 5:30 am y aunque los fines de semana puede dormir un poco más, sábado y domingo representan mucho más trabajo para ella al estar los niños y niñas todo el día en la casa. Son ellas quienes le ayudan a lavar la loza y arreglar el desorden. Lo único que no les permite hacer por miedo a su seguridad es cocinar. Por su parte, Rafael cuida a los niños y niñas y la casa cuando Sara se ausenta por un largo tiempo.

Desde hace cuatro años Sara es la presidenta de la Junta de Acción Comunal de su vereda. Ella, su esposo y otros vecinos la fundaron un año y medio después de haber llegado a Quipile. Siente orgullo sabiendo que como lideresa ha gestionado una placa huella en su vereda, ha cambiado postes de luz eléctrica de madera por cemento, ha apoyado el cuidado de enfermos y ha organizado actividades comunitarias importantes. Participa activamente en dos organizaciones de víctimas del conflicto armado y hace un año es asociada de ASOQUIPILEÑAS. Aunque no ha participado tanto en esta organización de mujeres como quisiera, puesto que las reuniones son generalmente en la zona urbana del municipio, implicando largas jornadas de desplazamiento y ausencia del hogar, reconoce que la motivación principal para continuar siendo parte de ella es el desarrollo del trabajo

comunitario y la creación de nuevas amistades. Sabe también que con mucho esfuerzo los proyectos productivos de las mujeres traerán grandes resultados. Por eso no repara en levantarse una o dos horas antes de lo habitual para hacer el desayuno, el almuerzo, lavar la ropa y dejar toda la casa arreglada antes de salir a las reuniones en las que participa.

Yenifer

Nacida en La Mesa, un municipio ubicado a una hora de Quipile, esta mujer de cuarenta y cuatro años aprendió desde los once a trabajar la tierra; lo hacía por lo que hoy serían dos dólares o a cambio de comida. Emprendedora como siempre ha sido, la primera empresa que montó nació con la venta de doce huevos; el trabajo y las ganancias eran repartidos con quien hoy es su madrina de confirmación. En la casa la esperaba su mamá y sus hermanas y hermanos; su papá trabajaba al jornal. La infancia de Yenifer fue realmente difícil: había días en que la familia no tenía que comer porque el dinero que su mamá conseguía vendiendo a escondidas las frutas y los huevos que recolectaba en la finca no era suficiente, el que su papá ganaba desaparecía después de sus borracheras y a los seis o siete años una extraña infección en sus rodillas la hizo pensar que moriría. Sin poder caminar ya, recuerda como una bendición el dinero que una familia vecina le dio a su mamá para que la llevara al pueblo para recibir atención médica.

Dura también fue la muerte de su hermano en los trapiches. Los dueños de la finca compraron el silencio de su papá y su madre no pudo hacer nada más que lo que él decidió. Mientras sus padres lo enterraban, un obrero de la finca por poco abusa sexualmente de ella en la casa mientras cuidaba a sus hermanos menores. A las seis de la tarde llegó al entierro con su hermanito en brazos y de la mano con otra hermana. Aunque su mamá la regañó por haber salido de la casa, nunca pensaría que fue una decisión equivocada. Esa fue además la oportunidad de ver por última vez a su hermano mayor.

Los años también le enseñaron a Yenifer que haber sido la hija más acuerpada y fuerte de la casa tenía que servir para defender a su madre. Al interponerse entre ella y su papá ganaba de él palizas, pese a haber llamado varias veces a la policía y haber hecho que lo apresaran por ocho días. Tampoco va a olvidar las innumerables veces en que calló que él la llevaba al pueblo y a las tiendas para intentar casarla o venderla a amigos y familiares; se había cansado

de contarle a su mamá y sólo recibir incredulidad y reproches de ella. Cuando no aguantó más, se escapó de su casa unos días después de cumplir 15 años y resultó trabajando por un año como empleada doméstica interna en Bogotá, gracias al contacto de una prima. Ese día se prometió que nunca más su padre la golpearía.

Sin tener el permiso de sus jefes para estudiar, una de sus más importantes metas, Yenifer decidió volver al pueblo. Ese mismo lunes hubo un enfrentamiento entre las FARC y las fuerzas públicas en la vereda y en una pelea entre hombres de ese grupo armado ilegal y gente de la vereda, un vecino fue mutilado. Sin dedos y machetiado, nadie lo auxiliaba. Fue Yenifer quien consiguió transporte para llevarlo al hospital, hizo prontamente un torniquete y contactó a sus familiares. Desde esos tiempos la vocación al trabajo comunitario se revelaba; hoy día por lo menos una vez por semana destina mínimo dos horas para cuidar a una mujer discapacitada de la vereda: la baña, lava su ropa y acompaña. Cuando hay un enfermo y alguien en la vereda necesita prioritariamente ser desplazado es ella también quien está pronta a ayudar. El trabajo comunitario es tan importante para ella que incluso tiene claro que sus hijos e hijas deben aprenderlo; constantemente invita a los más pequeños a que la acompañen.

Cuando el conflicto empezó a calmarse en la vereda, Yenifer ingresó a trabajar en la escuela como auxiliar de cocina por seis meses. Joaquín, un hombre incapacitado en su trabajo de carga en una empresa de vidrios de Bogotá y conocido de toda la vida, sería quien por esa época comenzaría a acercarse cada vez más a ella. Todos los días acompañaba a Yenifer y a sus hermanas al terminar la jornada hasta su casa. Cuando trabajando en un trapiche perdió un dedo de la mano izquierda y su incapacidad se alargó fue cuando decidieron ser novios.

En diciembre de ese año, después de que unos hombres de la guerrilla la molestaron sin poderse defender, decidió irse nuevamente de su casa cuando de su familia solo recibió culpabilidad. El 31 de ese mes su novio pidió su mano ante sus padres y sin poder aguantar más lo que vivía en su casa le propuso a su prometido que se hiciera cargo de ella para poder vivir juntos. Más allá del amor, Yenifer sabe bien que Joaquín fue un hombre que trajo seguridad y protección a su vida; cuidado era realmente lo que sentía necesitar.

En Bogotá Joaquín retomó su trabajo en la empresa de vidrios y ella se ocupó del hogar. A los diez y ocho años tuvo su primer hijo y un año después la pareja decidió casarse. Los constantes accidentes en el trabajo de él hicieron que la pareja decidiera retornar al campo y empezaron a vivir en la finca del papá de Joaquín. En el trapiche, él siempre le dio la oportunidad a Yenifer de trabajar y utilizar en lo que quisiera el dinero que ganaba. Pero esto implicó que ella tuviera que levantarse a las tres de la mañana para cocinar el desayuno y el almuerzo de la familia y los obreros. El niño también tuvo que entrar a la escuela a los tres años para que ella pudiera ganar tiempo. Era el fin de semana cuando la familia se dedicaba a hacer el aseo de la casa: Joaquín cuidaba al niño mientras ella avanzaba en otras tareas, o ella cuidaba de él mientras Joaquín cocinaba. Cuando Yenifer no iba con sus hermanas a lavar la ropa a la quebrada que quedaba a cuarenta minutos de la casa, entre los dos lo hacían.

La última molienda del 2002 la terminaron el 24 de diciembre. Ese 31 Joaquín fallecería en un accidente en medio de un paseo familiar. Para ese momento la pareja tenía un niño de ocho años, otro de tres y esperaban en nacimiento de una niña. Yenifer tuvo que enfrentarse a trabajar en el campo con su barriga en crecimiento y debió aprender a dirigir a los obreros y vender la panela en la plaza de mercado. Al comienzo su hijo mayor decidió que sería el hombre de la casa, el que tomaría las riendas del hogar, ayudando siempre en el cuidado de su hermano y su hermanita, cocinando y arreglando la casa, además. El segundo hijo de Yenifer debió ingresar también a la escuela con tres años de edad y cuando ella volvió a trabajar como auxiliar de cocina a la misma institución, las hermanas recibieron a su tercera hija con tan sólo tres meses de edad.

Dos años después del fallecimiento de Joaquín, a la vida de Yenifer volvió German, compañero de la escuela. Desde que estaba casada la molestaba y cuando quedó viuda no dudo en reprocharle que si se hubiera quedado con él no hubiera pasado por tanto trabajo, haciéndola llorar. Aunque para Yenifer él ha sido una compañía constante y una solución para no desgastarse tanto, nunca se sintió enamorada o encontró en él el dialogo y la nobleza de su primer esposo. German tiene un estilo militar: pone las ordenes en la casa cuando y como lo considere. Ella ha aguantado infidelidades, borracheras e insultos para que sus hijos tengan un padre y los alimentos de cada día. No entiende por qué le reprocha lo que compra y la humilla diciéndole que él es el que trabaja, pero poco a poco ha aprendido a ser una

mujer más fuerte, haciéndole honor al dicho de Germán: “he podido domar a las mulas y los caballos, pero nunca a la mujer”.

Terminar el bachillerato e iniciar su proyecto productivo de orellanas hizo que Yenifer se sintiera más independiente y capaz. En la ASOQUIPILEÑAS, al estar acompañada de otras mujeres, ha sentido que puede ser una más fuerte y que tiene muchas opciones para su futuro. Participando en la asociación logró que su proyecto de orellanas recibiera un fortalecimiento por parte de la gobernación. A veces piensa que su participación no ha sido tan constante porque su casa queda realmente lejos del centro del pueblo y asistir a los encuentros en ocasiones se convierte en una odisea.

Beatriz

Beatriz tiene 53 años y estudia administración de empresas desde Quipile. Esta ha sido una de las mejores decisiones en los últimos años; supo reconocer varias de sus más importantes experiencias. Una de ellas la hace recordarse pequeña, aprendiendo a los diez años de su madre como llevar las cuentas y manejar el dinero del negocio familiar, mientras su papá recibía los bultos de café que traían los campesinos de sus fincas para luego venderlos en Bogotá. Recuerda ir al banco y depositar o retirar el dinero de la familia desde niña.

En la casa, la trabajadora doméstica, que laboró cerca de treinta años con la familia, cuidaba a la hermana menor de Beatriz. Era también ella quien por días lavaba los pisos, arreglaba la casa y lavaba y planchaba la ropa. Como la vivienda quedaba en la parte de atrás de negocio, la mamá de Beatriz tenía la facilidad de cocinar el almuerzo y estar pendiente del niño y las niñas. Era también ella quien los llevaba al médico y a Bogotá a comprarles la ropa en vacaciones. A su papá Beatriz lo recuerda como un alcahuete: siempre le compró todo lo que ella necesitó, les abría la puerta a ella y a su hermano cuando salían a fiestas en las noches y nunca permitió que ella cocinara o lavara por temor a que se lastimara.

La vida de Beatriz cambió para siempre cuando conoció en su último año de colegio a quien sería su esposo. Ante la imposibilidad de un médico compañero, Rafael, un odontólogo que hacía su año rural en La Sierra, no pudo evitar ofrecerse para realizar una conferencia en el colegio de la inspección. Como parte del comité de salud, Beatriz había convocado a los

profesionales para socializar estrategias de salud reproductiva. Por esa época no había mucha información sobre métodos anticonceptivos y su mejor amiga había tenido que retirarse un año del colegio después de quedar en embarazo; definitivamente no estaba de acuerdo con que las mujeres embarazadas o con hijos no pudieran continuar su formación académica.

El que Beatriz tuviera 16 y él 30 no evitó que ella ganara la apuesta que había hecho con sus amigas: después de una fiesta organizada por ella para recoger fondos para la despedida de su grado decidieron ser novios. Sin embargo, la diferencia de edad si fue importante para su mamá, quien no aceptó fácilmente a Rafael como el prometido de Beatriz. Aunque ella también dudó si podría casarse sin saber cocinar y realizar otras labores domésticas, la insistencia de Rafael terminó por convencerla y la nueva pareja empezó a vivir en Bogotá.

Al conocer a la familia de Rafael, Beatriz comprendió que se parecía mucho a la suya. Cuando estudiando bacteriología quedó embarazada de su primera hija, Beatriz tuvo el apoyo de una de las tres nanas de Rafael, una matrona boyacense. Sin embargo, la carga académica y los horarios superaron su energía y cuando la matrona decidió criar a su hijo en camino junto a su esposo, Beatriz debió interrumpir su proceso educativo. Fueron varias trabajadoras domésticas quienes a lo largo de los primeros años también apoyaron el cuidado de la niña y el hogar, mientras Rafael trabajaba en el consultorio y Beatriz cursaba la carrera de diseño de modas.

Luego de la culminación de su carrera a sus veintitrés años y el nacimiento de su segundo hijo, Beatriz montó un taller de confección. Ubicada cerca de la casa, la empresa estuvo activa cerca de doce años y llegó a emplear el mismo número de mujeres, todas ellas jefas de hogar. Si bien fue nuevamente una trabajadora doméstica quien apoyó la crianza de la niña y el niño, Beatriz les enseñó a los dos, como lo habían hecho con ella, a administrar el negocio familiar. Sin embargo, el trabajo fue abundante y extenuante y buscando proteger su salud, Beatriz terminó con la empresa.

Cuando el hijo menor de la pareja terminó el colegio y la mujer que había realizado el trabajo doméstico y de cuidado por veinte años decidió buscar otro trabajo que le permitiera también laborar en las noches para tener mayores ingresos para sus hijos, vino una etapa de cambios y aprendizajes para la familia. Todos tuvieron que empezar a hacer todo y Beatriz tuvo que

aprender para enseñarles a su hija y a su hijo como cocinar, lavar y cuidar de la casa. Mientras ella cocinaba, sus hijos ponían la ropa en remojo y cuando ella la lavaba, ellos la doblaban. Cada uno organizaba su cuarto. Otros días Rafael cocinaba; pero siempre era Beatriz quien lavaba los pisos de la casa.

Hace 12 años Beatriz y Rafael empezaron a frecuentar nuevamente Quipile cuando la odontóloga que trabajaba en La Sierra se fue por los enfrentamientos armados y la mamá de Beatriz vio la oportunidad perfecta para que su yerno trabajara los fines de semana. De la mano con el entrenamiento de fútbol de los niños de la inspección como obra social, Rafael empezó a participar en las instituciones públicas locales y las organizaciones sociales del municipio. Fue precisamente cuando inició su periodo en el concejo municipal que la familia debió pasar más tiempo en Quipile.

Actualmente la familia transita entre su casa en el centro urbano de Quipile, La Sierra y Bogotá. Los perros que tienen en la casa en Quipile hacen necesario que el aseo sea más frecuente y aprovechando que en el campo es más fácil encontrar a mujeres que trabajen, desde hace doce años han empleado a una mujer un día a la semana. Frecuentemente tienen la visita de la mamá de Beatriz, que disfruta cocinar junto a su yerno el almuerzo, quien puede pasar gran parte del día en la casa gracias a que su consultorio es contiguo a la vivienda. Rafael actualmente asesora a la alcaldesa de Quipile y lidera una organización de víctimas del conflicto armado.

Las mañanas de Beatriz transcurren entre arreglar el cuarto y la ropa, compartir el desayuno que su esposo prepara, arreglar la cocina y continuar con su formación como administradora de empresas. Usualmente Beatriz destina las tardes para las reuniones y gestiones sociales. Siendo la presidenta de ASOQUIPILEÑAS, visita a las mujeres de la organización en sus casas y crea puentes entre el trabajo local y de base de las mujeres y la incidencia en las instituciones públicas de la región. Desde que fundaron la asociación, Beatriz ha apoyado junto con las otras lideresas el desarrollo de los proyectos productivos de las mujeres del municipio. Sin embargo, hoy tiene la certeza de la importancia de trabajar también el desarrollo social, personal y familiar de ellas; es esta precisamente una de sus metas más relevantes en el corto plazo, pues reconoce que muchas de las mujeres de la organización laboran entre 18 y 20 horas al día entre el TDCNR y el trabajo agrícola.

Anexo 2. Actividades asociadas al TDCNR según la ENUT

Actividades asociadas al TDCNR según la ENUT	
Suministro de alimentos	<ul style="list-style-type: none"> • Preparar y servir alimentos para las personas de este hogar. • Levantar los platos, lavar la loza en este hogar. • Llevarle la comida a personas de este hogar a su sitio de trabajo, estudio u otro lugar fuera de esta vivienda.
Mantenimiento de vestuario	<ul style="list-style-type: none"> • Lavar, planchar o guardar ropa para las personas de este hogar. • Reparar ropa, manteles, cobijas, calzado, maletas, etc., para las personas de este hogar. • Elaborar prendas de vestir para las personas de este hogar. • Llevar o recoger ropa o calzado de las personas de este hogar a la lavandería, zapatería o remontadora
Limpieza y mantenimiento	<ul style="list-style-type: none"> • Limpiar esta vivienda • Cuidar mascotas, cuidar el jardín o limpiar algún vehículo del hogar. • Traer agua para el uso del hogar. • Traer combustibles para cocinar.
Construcción o reparación	<ul style="list-style-type: none"> • Construir o ampliar esta vivienda. • Reparar, hacer instalaciones o mantenimiento a esta vivienda. • Reparar electrodomésticos, muebles o vehículos de este hogar. • Llevar a reparar electrodomésticos, muebles o vehículos de este hogar.
Compras y administración	<ul style="list-style-type: none"> • Comprar o reclamar medicamentos para usted o algún miembro de este hogar. • Dirigir o supervisar las actividades de este hogar tales como: preparación de alimentos, • limpieza, construcción, ampliación o reparación de esta vivienda. • Pagar facturas, hacer trámites, poner o recoger encomiendas.

	<ul style="list-style-type: none"> • Buscar vivienda para tomar en arriendo o comprar. • Cobrar subsidios para usted o algún miembro de este hogar ante entidades públicas o privadas. • Trasladarse para efectuar alguna de las anteriores compras o pagos.
Con personas del hogar menores de 5 años	<ul style="list-style-type: none"> • Jugar. • Contar o leer cuentos. • Llevar al parque.
Apoyo a los miembros del hogar	<ul style="list-style-type: none"> • Llevar o traer a alguna persona de este hogar de 12 años o menos al sitio de estudio. • Llevar o traer a algún miembro de este hogar mayor de 12 años al sitio de estudio o trabajo. • Llevar o traer a algún miembro de este hogar a eventos, sociales, culturales o recreativos.
Otras actividades relacionadas con economía del cuidado	<ul style="list-style-type: none"> • Estar pendiente de alguna persona del hogar. • Alimentar (o ayudar a hacerlo) a alguna persona del hogar. • Bañar o vestir (o ayudar a hacerlo) a alguna persona del hogar. • Suministrar medicamentos, realizar terapias, rehabilitaciones o dar tratamiento a enfermedades a alguna persona del hogar. • Ayudar con tareas o trabajos escolares a alguna persona del hogar. • Acompañar a citas médicas, odontológicas, urgencias, terapias u otras atenciones en salud a alguna persona del hogar.
Para otros hogares	<ul style="list-style-type: none"> • Oficios del hogar (cocinar, limpiar la casa, lavar la ropa, planchar, hacer las compras, etc.) • Reparaciones menores en una vivienda, labores de jardinería. • Construir o realizar alguna ampliación en una vivienda. • Cuidar a personas de 12 años o menos que no estén enfermas o en condición de discapacidad. • Cuidar a personas de 60 años o más que no estén enfermas o en condición de discapacidad. • Cuidar a personas enfermas. • Cuidar a personas en condición de discapacidad.

	<ul style="list-style-type: none"> • Trasladarse para realizar una o más de las anteriores actividades.
Comunitarias o de voluntariado	<ul style="list-style-type: none"> • Hacer reparaciones, labores de limpieza o algún trabajo en beneficio de su barrio, vereda, centro poblado comunidad. • Realizar actividades de voluntariado (sin que le pagaran) a través de una institución sin ánimo de lucro como: asociaciones de padres de familia, sindicatos, partidos políticos, ONG, etc. • Otras actividades comunitarias y de voluntariado.

Fuente: DANE (2018b).